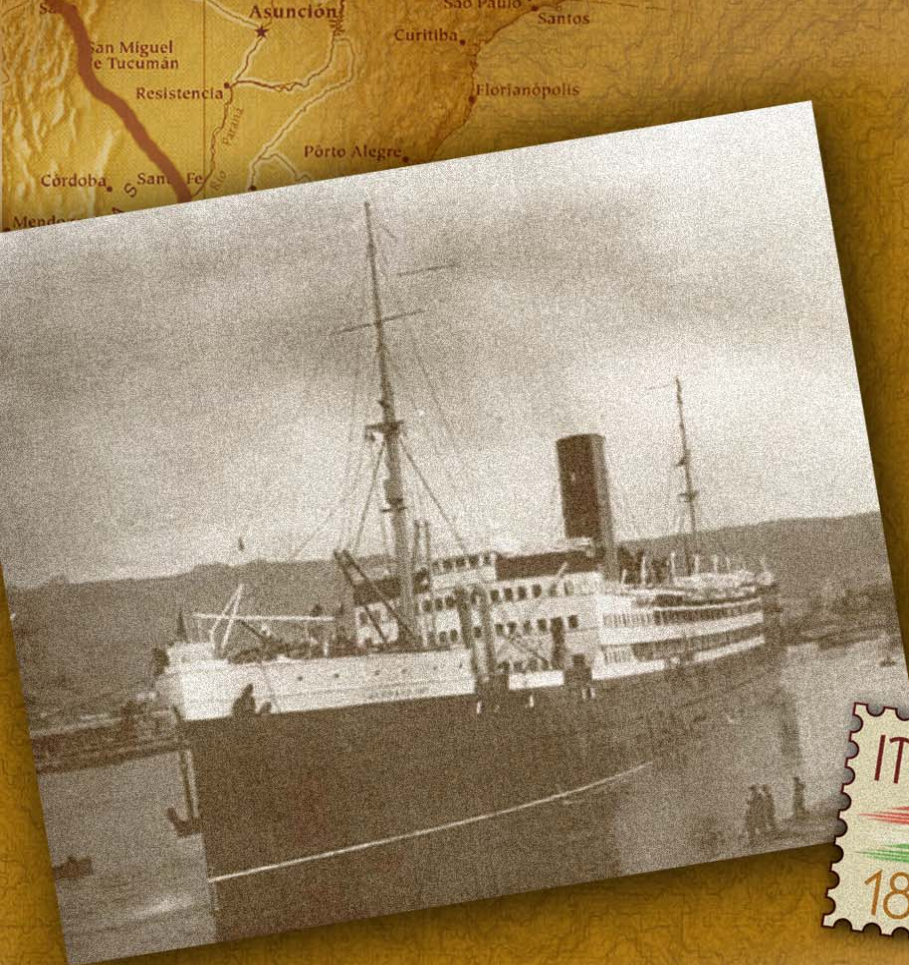




De la Bella Italia a la Selva Chaqueña Argentina

Relato anecdótico y autobiográfico de mi extensa vida prolongada por más de ochenta años entre vicisitudes, bienestar y familia.

HUMBERTO MARPEGÁN

*De la Bella Italia
a la Selva Chaqueña
Argentina*



Editado por el autor – Derechos reservados
Prohibida su reproducción total o parcial.
Impreso en **Moglia S.R.L.** – La Rioja 755
3400 Corrientes, Argentina
mogliaibros@hotmail.com
Octubre de 2008

*De la Bella Italia
a la Selva Chaqueña
Argentina*

Relato anecdótico y autobiográfico de mi extensa vida prolongada
por más de ochenta años entre vicisitudes, bienestar y familia.

HUMBERTO MARPEGÁN

DON HUMBERTO MARPEGÁN

1872 - 1959



*"...Me despido de todos los míos,
a los que ruego portarse bien
y nos veremos en el Paraíso".*

PALABRAS PRELIMINARES

El fenómeno social de la inmigración masiva tuvo en la Argentina fundamental gravitación, especialmente en la segunda mitad del Siglo XIX y en las primeras décadas del Siglo XX. Puede decirse que gran parte de su estructura social y económica, y de su cultura, sintieron el impacto de la afluencia de cientos de miles de inmigrantes procedentes del continente europeo. Esta inmigración, se volcó fundamentalmente hacia las provincias del litoral argentino y a las ciudades más populosas, como Buenos Aires, Rosario y en menor medida Córdoba.

Este proceso inmigratorio con centro en el continente europeo tuvo como destino no sólo a los países de América del Norte y del Sur, sino también a África del Sur y Oceanía. Involucró a una enorme masa de población que sólo para América y entre 1846 y 1924, alcanzó la cifra de unos cincuenta millones de inmigrantes. Entre los países de América del Sur que más se destacaron como receptores de este flujo inmigratorio, estuvieron Brasil y la Argentina.

Pero, ¿qué impulsó a familias enteras a abandonar sus países de origen y a lanzarse a la incierta aventura de iniciar una nueva vida en tierras lejanas y desconocidas? La mayoría de los autores que estudiaron este tema sostienen que fueron muchas las causas que provocaron este éxodo masivo. Entre las que

más se señalan está la creciente industrialización de los estados del centro y norte de Europa, en especial Gran Bretaña, y la aplicación de la división internacional del trabajo por parte de los países capitalistas productores de artículos manufacturados, en desmedro de las regiones productoras de materias primas.

Según el economista argentino Aldo Ferrer esta segunda revolución industrial que tuvo lugar a mediados del Siglo XIX, concentró la inversión de capitales en los centros industriales y produjo el empobrecimiento de aquellas regiones de Europa que aún mantenían una economía agropecuaria con muy escaso desarrollo industrial. Las poblaciones campesinas de estas últimas se vieron afectadas por la continua devaluación de su producción, la disminución de la tierra cultivable, y por consiguiente la caída del salario y el aumento del desempleo. Si a esto se le agrega el brusco aumento de la tasa de natalidad, el descenso de la tasa de mortalidad, la superpoblación consiguiente y el acaparamiento de las tierras por los grandes propietarios, se explica que esas poblaciones rurales empobrecidas y aún desesperadas por su situación, optasen por buscar mejores condiciones de vida en ultramar.

La continua llegada de contingentes inmigratorios a nuestro país a partir de la segunda mitad del Siglo XIX, obligó a las autoridades a encarar la organización y distribución de esos inmigrantes con el fin de emplearlos en la revolución agrícola que la Argentina estaba experimentando en esos años, y al mismo tiempo cortar los abusos de la colonización por cuenta de particulares que al comienzo de este proceso tuvieron un papel preponderante.

Así fue como durante la Presidencia de Nicolás Avellaneda se sancionó la Ley 817 de Inmigración y Colonización en 1876, cuyo objetivo era ejercer por parte del Estado un mayor control sobre la colocación de los inmigrantes, la distribución de la tierra a los colonos y la supervisión sobre las compañías

particulares de colonización. Más allá de los errores que tuvo la aplicación de esta ley, sobre todo con respecto a la distribución de la tierra, ella fue el marco legal dentro del cual surgieron numerosas colonias en nuestro país, entre ellas la Colonia Resistencia, que comenzó a recibir inmigrantes procedentes del Norte de Italia a partir de 1878.

Es en este contexto que debe dimensionarse la importancia del presente relato autobiográfico producto de la experiencia vivida por HUMBERTO MARPEGÁN, inmigrante italiano que arribó al Chaco en 1885 y que como muchos de sus compatriotas debió luchar duramente junto con su familia, para vencer al difícil clima de nuestra región y al cúmulo de adversidades propias de un territorio virgen donde recién comenzaba a echarse la semilla de la civilización. Este trabajo fue anticipado por el autor a un grupo de alumnas de la Escuela Normal "Sarmiento" que lo entrevistó entre los años 1951 y 1952 como parte de un seminario organizado por el Museo "Ychoalay". En esa entrevista, cuyo texto integra este libro, relató en forma abreviada algunos de los episodios que forman parte de esta obra.

Humberto Marpegán atravesó por todas las etapas que sufrieron los inmigrantes que, desarraigados de su tierra natal, se lanzaron a la aventura de encontrar un nuevo hogar donde trabajar y criar a sus hijos con dignidad. Pero más allá de ser este proceso un fenómeno colectivo, no deja de asombrarnos la fuerte impronta personal e individual y que vívidamente plasmó en su relato y acompañó a cada una de sus decisiones y desafíos.

De este modo este genuino testimonio de la vida de un pionero, constituye además una fuente histórica de gran valor, pues nos documenta algunos de los factores que incidieron en el origen del proceso migratorio. Lo mismo ocurrirá con las alternativas del viaje a América, adonde el autor se dirigió acompañando a su padre, después de una partida que estuvo

impregnada de la tristeza propia de una larga separación, episodios que son descriptos con mucho detalle y gran dramatismo.

En 1885 Resistencia se estrenaba como Capital del Territorio del Chaco bajo la Gobernación del Gral. Manuel Obligado. A través de la descripción que el autor nos hace de esta colonia, podemos comprobar que entonces nuestra ciudad era sólo un caserío apenas diferente del monte que lo circundaba, pero que según su opinión tenía un “futuro definido y seguro”. Aquí si pudieron padre e hijo comenzar las tareas agrícolas y avizorar un porvenir para ellos y su familia que esperaba en la lejana Italia. El relato de estos episodios iniciales de su radicación en el Chaco permite al autor evaluar las condiciones que entonces existían en nuestra Provincia y que auguraban su futuro. Así lo afirma en un párrafo: **“El que trabaja con ahínco y por cuenta propia progresa con rapidez gracias a la fertilidad de estas tierras, la explotación de sus bosques de maderas duras, como el quebracho, urunday, guayacán y otras fuentes de riquezas inagotables, y las extensas llanuras y esteros que pueden alimentar gran cantidad de ganado.”**

Humberto Marpegán contrajo enlace con Virginia Mauro y de esa unión, que según su expresión le permitió encontrar “la verdadera felicidad matrimonial”, nacieron: Luis Pedro José, Mario Emilio, Julio Ernesto, Mario, María Lucinda, Carlos Alberto, María Amanda, Humberto Segundo y Dora Virginia. De todos ellos hace al final del relato y con palabras que revelan un legítimo orgullo, una breve reseña de sus estudios, de las profesiones que cada uno abrazó y de sus respectivas familias.

Otro aspecto destacable de este escrito es el que refiere la vinculación del autor con la fundación de la Cooperativa Algodonera “Río Arazá”-una de las primeras del Chaco- y su protagonismo como vocal, presidente y secretario de la misma. Esto tuvo lugar en la década de 1920 cuando estas entidades comen-

zaron a librar una lucha sin cuartel en defensa de la producción del textil contra los grandes acopiadores, lucha que marcó el destino del Chaco como provincia algodонера por excelencia. El autor menciona aquí detalles de su actuación y del entusiasmo con el que los productores, no sólo del Chaco sino también de Formosa y del Norte de Santa Fe, se sumaron a este cultivo y abrazaron la causa del “oro blanco” como se bautizó al algodón.

En toda la obra, Humberto Marpegán se preocupó por destacar aquellos momentos de su vida que dejaron una enseñanza para ser aprovechada por sus hijos y por sus nietos. En cada uno de los episodios que nos relata y en los cuales tuvo directa participación, resalta aquella conducta que le permitió salir airoso de situaciones de la vida, no sólo en América sino también en su patria, cuando retornó para cumplir con el servicio militar. Y lo hace con un lenguaje claro e ilustrado con numerosas anécdotas, que contribuye a hacer muy amena su lectura.

Pero no sólo el Chaco fue el objetivo de la curiosidad del joven inmigrante. La circunstancia de haberse empleado como cochero de una familia en Buenos Aires en los primeros años de su vida en el país –más concretamente hacia 1888-, le permitió al autor ser testigo de cómo era la vida a fines de siglo XIX de la “Gran Aldea”, como la bautizó el escritor Lucio V. López, y dejarnos preciosos, testimonios de esa época y de sus experiencias en esa ciudad, aún ajena a las grandes transformaciones que la convirtieron en la urbe que conocemos.

Este escrito de Humberto Marpegán constituye un aporte de gran valor para el conocimiento de la época pionera del Chaco, porque describe a través de la vivencia del autor las peripecias de los inmigrantes asentados en el Chaco para trabajar la tierra y labrarse un futuro. Es una pintura fiel de los comienzos de la colonización agrícola en nuestra Provincia y de los sa-

crificios exigidos a quienes echaron los cimientos del Chaco actual.

Desde el punto de vista personal y humano, configura un ejemplo de vida que el autor transmitió a sus descendientes para ser atesorado como una herencia, mucho más valiosa que un legado material, pues se trata de una herencia espiritual cargada de ejemplos y enseñanzas sobre el valor de los lazos familiares, de los sentimientos religiosos y del trabajo como un elevado ideal de la existencia. Don Humberto Marpegán pasó sus últimos años hilvanando los recuerdos que forman parte de este trabajo y falleció en Resistencia el 12 de Noviembre de 1959 rodeado del cariño de sus hijos y nietos, algunos de los cuales viajaron desde distintos puntos del país para acompañarlo en sus últimos instantes.

Marcos A. Altamirano

PROLOGO

Referirnos a la vida pasada por el autor del presente relato, nos lleva a ubicarnos en las postrimerías del siglo pasado, su último cuarto y algo más de la mitad del presente, entre 1872 y 1959.

Como comprenderá el lector, una época aún bastante alejada de los adelantos tecnológicos actuales, en la que los medios de comunicación y transporte eran muy deficientes e inadecuados si los comparamos con los que hoy se hallan en uso, sobre todo si tenemos en cuenta su lentitud y falta de confort adecuado.

Sus primeros años de existencia, en una hermosa región de la alta Italia, cercana a la ciudad de Padua, en una de las regiones fértiles del valle del Pó-Adige, con sus montañas y cerros cubiertos de vegetación en verano y nieve en invierno, con hermoso clima montaños. Pasar de un paisaje y clima agradables a una región selvática y subtropical en 1885 poblada por algunos europeos y por una gran mayoría de primitivos habitantes de la región (aborígenes) en las Palmas del Chaco Austral, debió ser para el autor en plena adolescencia, 13 años, algo por demás impactante, curioso y desilusionante; mas la compañía de su padre, su juventud, voluntad de vida y progreso obraron el milagro de su pronta adaptación al medio y costum-

bres superando a fuerza de coraje y esperanzas los sucesivos avatares que la vida en América y su querida Argentina le iba presentando y que dejamos que el lector vaya descubriendo a través de la lectura de los distintos capítulos, por él escritos, cuando casi contaba los ochenta años de existencia, signada por una voluntad de trabajo y progreso envidiables.

Como muy bien lo manifiesta el autor en uno de sus párrafos esto ha sido escrito para **“conocimiento y ejemplo de mis descendientes”**.

Su capacidad de trabajo, su voluntad e inteligencia en su prolongada existencia lo llevaron a una autoeducación tal que ha sido el ejemplo viviente de sus hijos y cuantos tuvieron la oportunidad de conocerlo entre las amistades y las sociedades que lo contaron entre sus directivos y a los que dejó el alto concepto de su hombría de bien.

Concepto que forjó en su prolongada e inteligente existencia en la *“Universidad de la Vida”* y para la que vivió predicando con el ejemplo.

Los que lo prolongamos, en el presente relato sentimos el orgullo de ser descendientes directos de uno de los pioneros del Chaco Argentino y ejemplo de voluntad, trabajo y probidad.

HERMANOS MARPEGÁN

-1980-

INDICE

La Casa Paterna.....	17
El Viaje a América	25
Nuestra Vuelta al Chaco – Esta Vez Resistencia.....	39
Mi Nueva Ocupación en la Ciudad de Corrientes.....	47
El Traslado y Trabajo en Buenos Aires	51
El Casual y Feliz Encuentro con mi Madre y Demás Familiares en Buenos Aires.....	55
El Viaje de Buenos Aires al Chaco con mi Hermana Luisa.....	61
El Viaje Abordo hacia Italia para Cumplir con la Patria.....	65
Mi Incorporación a la Milicia.....	69
La Importancia del Servicio Militar.....	73
Mi Nombramiento de Cabo 1° con Facultades de Sargento.....	75
Mi Solicitud para Ir a Combatir al África.....	77
Acampamento y Tiro de Combate.....	81
Las Grandes Maniobras del Segundo Año de Servicio.....	91
Mi Retorno al Seno Familiar en América.....	97
Mi Casamiento.....	103
El Cuidado y Explotación de Nuestro Propio Campo.....	105
La Desaparición de Nuestros Bueyes – Su Pesquiza y Ardid para Rescatarlos.....	109
La Reacción del Hombre Fuerte de la Zona y la Acción de la Verdadera Justicia.....	119

DE LA BELLA ITALIA A LA SELVA CHAQUEÑA ARGENTINA

Otras Posibilidades de Progreso y el Deber Paterno	121
La División del Condominio y Nuestra Independencia Familiar.....	125
Mi Ingreso y Actuación en la Cooperativa Agrícola “Rio Araza”, Hoy Cooperativa Agrícola “Ministro Le Breton Ltda.”	131
Mi Actuación como Administrador de Villa Piccilli.....	135
Desarrollo Familiar	137
Palabras Finales.....	145
 APÉNDICE.....	 147
Reportaje a Don Humberto Marpegán.....	149
Algunos de los Poemas Escritos por Don Humberto Marpegán.....	157
Fotos.....	161
Síntesis de sus Actividades en la Comunidad.....	165
Coplas para el Abuelo	169

LA CASA PATERNA

Don Humberto Marpegán, hijo de Luis Marpegán y de Doña Mariana Pelizzari, nacido el 2 de julio de 1872 en Merlara, provincia de Padua, Italia.

Allá por el año 1852, mi padre desde muy joven se había radicado en ese pueblito de la alta Italia, donde tiempo mas tarde al casarse con Mariana Pelizzari, constituyó un hogar muy respetable, gozando del mayor aprecio de todo el pueblo trabajador agrícola en la zona, dedicándose también él a la explotación agrícola en gran escala.

De este feliz matrimonio yo fui el sexto hijo, y el segundo varón, por consiguiente era el niño mimado de todos. En ese ambiente de amor y cariño me desarrollé sano y fuerte, tan es así que a los seis años era ya el cochero de mi abuelita. Mi hermano mayor ayudaba a mi padre en la dirección de los trabajos agrícolas y mis hermanas a mi madre, en los quehaceres domésticos.

Era nuestra casa paterna un gran establecimiento con más de cien hectáreas de campo en producción. La casa se componía de dos pisos, con cinco habitaciones en cada uno de ellos. La planta alta era destinada a casa habitación de la familia. Vecina a la nuestra se hallaba la casa habitación de los empleados

que requerían las distintas tareas agrícolas.

A varios metros de distancia se levantaba el establo, cuya planta baja daba cabida a unos treinta animales, la mayoría de trabajo y en la planta alta al depósito de forrajes para los mismos. Completaban los edificios de la granja, un gran galpón en el que se guardaban los vehículos, las herramientas y útiles de labranza.

A distancia prudencial se encontraba un gallinero, un corral para cerdos, una huerta y un poco más cerca un horno para el pan, que permitían en esa época del año, alimentar a la familia.

Los viñedos eran uno de los principales cultivos de la granja, con los que se fabricaban vinos de distintas calidades que se vendían por bordaleza y que eran almacenados mientras se preparaban en una habitación contigua a la casa, a la que llamábamos "*cantina*", a pesar que nunca oí cantar a nadie en ella.

El campo en arriendo rendía al máximo y las producciones alcanzaban para cubrir todos los gastos, pudiendo la familia darse una vida holgada, favoreciendo mi rápido desarrollo en un ambiente de gran actividad y bienestar.

Contaba yo apenas nueve años y tanto mi padre como los demás de la casa decían que "*era todo un hombrecito*". Mi estatura por entonces era bastante elevada y mi comportamiento y cualidades sobresalientes. Nunca quise ser menos que otros por eso me esmeraba en todo lo que concerniere a mis quehaceres, estudios y comportamiento. En el colegio siempre fui de los primeros de la clase, constantemente era el primero en resolver los problemas. Conquisté así la simpatía de maestros y compañeros. La envidia sin embargo no tardó en llegar y al provocarme traicionándome mi genio los aporreaba, pues mi contextura física no permitía otro resultado en esas querellas con los compañeros.

Mi mayor preocupación después de haber almorzado era hacer mis deberes, para estar libre luego y ayudar en cualquier trabajo que requiera la campiña; pues además de historia y geografía me gustaba aprender los múltiples trabajos rurales efectuando cualquiera que estuviese a mi alcance.

Otra de las actividades que se efectuaban en la granja anualmente consistía en la explotación del gusano de seda, que era llevado a cabo por las mujeres empleadas especialmente para dicha labor. Para ello contábamos en el campo con plantaciones de moreras, cuyas hojas enormes y verdes eran devoradas rápidamente y transformadas en blancos capullos.

Relacionado con esto me ocurrió un accidente que puso en peligro mi vida. Estando mi madre vigilando la recolección de hojas de morera, tuve que alcanzarle la merienda. Las moreras se hallaban a escasa distancia del campo santo. Al poco rato y mientras nos encontrábamos merendando se desencadenó una terrible tormenta. Mi madre insistió que me fuera rápido a casa; pero gracias a mi desobediencia, más por miedo que por otra cosa, me salvé de que el viento huracanado y granizo me hicieran desaparecer a mí también como tantas cosas. La tormenta se desató tan rápida y violentamente que no permitió siquiera llegar a la casa de algún vecino cercano. Uno de los hombres en un arranque desesperado traspuso el muro del cementerio y abrió la puerta, corrimos desesperados a refugiarnos en una pieza que servía de cámara mortuoria; las puertas temblaban como hojas a pesar de ser sostenidas por dos hombres.

Un cuadro tragicómico se presentaba así en tan tétrico lugar, la visión mas desoladora que se puede imaginar tuvimos a los pocos minutos cuando al salir de nuestro circunstancial refugio, observamos de donde un rato antes abundaban las flores, no se veía otra cosa que las cruces peladas y una capa de hielo y en donde ante la vista del campo auguraba una esplén-

dida cosecha, presagiaba en esos momentos angustiosos solo soledad y miseria. El llanto de las mujeres era incontenible. ¡El peor el de mi madre! al contemplar cómo el trabajo del año se había desvanecido en escasos minutos. De las hojas de moras no quedaban ni rastros, y para no perder del todo lo que teníamos hubo que comprar a larga distancia y a los altos precios el alimento para los gusanos.

Un verdadero desastre, donde una hora antes era todo esperanza y que hubiese venido bien para sufragar los gastos que demandaba el trabajo y que restara algo para el mantenimiento y el progreso familiar.

Los árboles se habían deshojado, las viñas sin hojas ni uva. Del trigo que había comenzado a dorarse no quedaba una sola espiga, los maizales tiernos y vigorosos habían desaparecido como por encanto; el lino, la alfalfa y todo lo demás como si lo hubiera tragado la tierra. Todos quedamos mudos por un buen rato, y al ver que a mi madre le rodaban por el rostro gruesas lágrimas no pude menos que echarme en sus brazos y confundirnos en un solo llanto, dirigiéndonos cabizbajos hacia nuestra casa.

Allí nos esperaban mi padre y demás familiares tan tristes y afligidos como nosotros. Papá fue el primero en hablar con estas palabras: *“No hay que afligirse hijos míos, alguna razón habrá para que Dios nos castigue, hay que armarse de coraje y seguir luchando si queremos remediar el mal que hoy nos apena, tenemos capital y buen crédito como para seguir adelante con la esperanza puesta en unos años de bonanza”*.

La campaña vio otra vez a nuestros hombres trabajar con ahínco, empeñados en remediar las pérdidas sufridas. Pasaron tres años de los cuales tuvimos uno bueno y dos malos, por cuanto el tiempo no favoreció el buen desarrollo de la cosecha.

El colegio ya me preocupaba menos, pues ya había cumplido doce años y como no había en el pueblo estudios secun-

darios, los dejé para más adelante, si las cosas iban bien. Mientras, colaboraba en todas las actividades de la granja. Al año siguiente otro factor imprevisto e inesperado, la inundación. El deshielo y las lluvias en las altas montañas de los Alpes hicieron desbordar los ríos Adige y Frata, que corren muy cerca del pueblo. Se produjo entonces una creciente que amenazaba con llevarse los puentes, diques y romper los terraplenes laterales, atrayendo la atención de las autoridades y pueblo.

Los hombres se turnaban para reforzar los lugares donde los peligros de desborde eran más inminentes. Desgraciadamente todos los esfuerzos fueron en vano, pues el Adige se abrió paso por el terraplén situado cerca de Legnagno, que se encuentra a unos tres kilómetros de mi pueblo, Merlara; abriendo una brecha cuya extensión alcanzó unos trescientos metros. Esa enorme masa de agua arrastraba tierra, arena y piedras; arrasaba con todo a su paso, sembrando la comarca de desolación, angustia y temor.

Dos hombres que se hallaban de guardia en los lugares de desbordamiento fueron arrastrados por las aguas y desaparecieron; un tercero con más suerte logró asirse a las ramas de un sauce, salvando providencialmente su vida, luego de más de un día sobre el árbol, de cuya corteza tuvo que alimentarse, según dijeron algunos de los que auxiliaron, cuando la corriente ya no era tan impetuosa y permitió su salvamento.

El río Adige es de una anchura de unos doscientos a trescientos metros y tiene su origen en las altas montañas de las fronteras con Alemania y Austria, descendiendo a Italia por los Alpes, para desembocar en el alto valle del Pó, uno de los mayores ríos de la alta Italia.

El Adige y el Frata corren cerca de mi pueblo natal, casi paralelos. La presión ejercida por las aguas del primero durante la inundación, hizo que aumentara enormemente las del segundo, no resistiendo por supuesto los terraplenes de conten-

ción y defensa de mi pueblo que en contadas horas quedó totalmente inundado.

En la granja se estaba trapichando uvas para hacer vino, cuando a eso de las diez de la mañana, llegó mi padrino, a la sazón síndico del pueblo y muy amigo de mi padre, con la orden perentoria que debíamos desalojar los elementos y animales de la granja, así como los de la casa y personas, pues en pocas horas más todo estaría cubierto por las aguas desbordadas. De nuestra cosecha sólo alcanzamos a levantar el trigo y uvas cosechadas.

A unos mil metros de la casa se hallaba el canal que llevaba el agua a los arrozales que se hallaban en los terrenos más bajos. Por él comenzó a entrar el agua como un río torrentoso. Ya para el mediodía alcanzaba el patio de la casa. Mi padre con varias personas más cargó heno y alfalfa en una chata, mientras los demás familiares y empleados, en un andar febril trataban de poner a salvo al mayor número de elementos y animales, disponiéndolo todo para hacer abandono de nuestra granja lo antes posible.

A las cuatro de la tarde se inició la evacuación, arreando los animales adelante, seguidos por todos los vehículos que teníamos, tirados unos por caballos y otros por bueyes, rumbo hacia el distrito de Montagnana, mucho más alto que el nuestro. Recuerdo como si lo estuviese viendo ahora esa marcha triste y penosa con el agua hasta las rodillas y el llanto y tristeza dibujados en el rostro de todos, especialmente en el de mis padres. En la casa donde comenzaba a entrar el agua al partir, solamente quedaba mi abuelita con un peón que la acompañara, pues fue imposible convencerla y sacarla, manifestando a nuestros requerimientos que *“prefería morir a abandonar la casa”*.

Al día siguiente debió ir mi padre con dos carabineros en una embarcación para rescatarla y sacarla de semejante peligro.

A raíz de esta creciente se derrumbaron en el pueblo más de ochenta fincas. Era tanta la gente que huía despavorida que apenas conseguimos alojamiento para nosotros y no digamos para ubicación de los demás animales y elementos.

Esto fue el principio de un gran desastre, sin que pudiéramos calcular el tiempo que demandaría la creciente y el retroceso de las aguas.

Recién a los diez días dejó de crecer el nivel de las aguas, alcanzando la altura de un metro sobre el nivel del patio de la casa, nivel que se mantuvo unos diez días, al final de los cuales comenzó a descender lentamente para desaparecer de la zona inundada recién a los 35 días, fecha en que por fin pudimos regresar a la finca. Hallamos todo cubierto de lodo y barro en lo que correspondía a las plantas bajas de la casa y galpones. La humedad de las paredes era insoportable y duró varios meses en desaparecer. En el patio y chacra había también gran cantidad de piedras y arena. En contraste con ello la planta alta estaba como si nada hubiese pasado; lo que prueba que las construcciones que poseíamos eran de excelente calidad y resistencia.

Estas cosas no las debería referir, pues recordándolas lo único que siento es tristeza y amargura, pero sirven para demostrarles que el comienzo de mi vida no ha sido tan halagüeño y me ha servido para fortificar mi espíritu y prepararme para la lucha por la vida; máxime teniendo en cuenta el vivo ejemplo de mi padre que con su fe y esperanza nos alentó a todos en la adversidad. Haré constar de paso que allí la mayor parte de las tierras eran de terratenientes ricos que vivían en la capital de la provincia, y que de las mismas se ocupaban los administradores, y que estos no perdonaban jamás al agricultor, ni siquiera el tributo que debían pagar en alquiler; por el contrario si uno de ellos, dejaba de hacerlo, le embargaban todo lo que tuviera de valor y lo dejaban en la calle.

Mi padre antes de llegar a tal situación, pensó en tomar otras medidas para no caer en tales extremos. Sabiendo que en esa época había una gran corriente emigratoria para Brasil, pensó que América sería el lugar propicio para gente que como nosotros se ocupaban de trabajos agrícolas. Era tanta la gente que emigraba a Brasil, que cada semana partían trenes enteros repletos de familias hacia Génova; puerto desde el cual embarcaban para América.

Mi padre inició las gestiones para emigrar, pero no a Brasil sino a la Argentina; por consejo de algunos amigos que habían estado en San Pablo, y le transmitieron la noticia de que allí existía una enfermedad incurable y grave llamada fiebre amarilla.

EL VIAJE A AMÉRICA

Un buen día nuestro padre nos reúne a todos los familiares para decirnos que había resuelto, dada la difícil situación en que habíamos quedado luego de la inundación y varios años de malas cosechas, hacer un viaje a la Argentina, en busca de mejoras para todos y que de acuerdo con las informaciones recogidas, en aquella época era más fácil conseguir tierras cedidas por el gobierno para trabajarlas o dedicarse a otras industrias. En tales circunstancias se resolvió que yo debería acompañarlo en el viaje, mientras que mi hermano mayor quedaría a cargo de la familia, hasta que mi padre consiguiese ubicación para todos.

Todas las miradas se concentraron en mí como inquiriéndome si me animaba a acompañarlo como él había dispuesto. Tenía yo a la sazón, trece años y comprendía ya muy bien cual era nuestra situación y con la esperanza de que la suerte nos acompañara, le contesté que lo acompañaría con gusto, hasta el lugar donde nos reuniríamos todos, para labrar un porvenir mejor y venturoso pasar. Fue grande la satisfacción de mis familiares al escuchar mis palabras. Me llenaron de besos colmándose de alegría al ver que ya, tan jovencito, pensara en nuestro bienestar y futuro. Es por eso que les puedo asegurar que tal vez sea el único entre nosotros que no tuvo infancia.

Una vez que mi padre hubo planeado el viaje y conseguido los documentos necesarios para el mismo, vendió parte de los cereales y animales, lo que le permitió viajar con algún peculio, dejando el resto a cargo de mi hermano, para que siguiera explotando la granja y cuidando de la familia.

Mientras tanto mi madre y mis hermanas prepararon un avío de ropas para llevarlo para el viaje, una verdadera aventura para mí.

Terminados los preparativos, el 20 de setiembre de 1885 aguardamos ansiosos el 22 fecha inicial de nuestro viaje a América.

Esos dos días los dedicamos a las despedidas. Pueden ustedes imaginar los cuadros de éstas. ¡En esa época 1885! En que se confundían en apretado abrazo la alegría y el dolor producido por la separación brusca, luego de vivir treinta y tres años en ese pueblo, chico por cierto, pero tan lleno de afectos; en el que los habitantes todos nos considerábamos miembros de una gran familia. Allí sí que era real aquello de *"Todos para uno y uno para todos"*.

El 21 ya en vísperas de partir de viaje llegaron al anochecer varios parientes y entre recomendaciones y despedidas se hizo medianoche; hora en que nos acostamos a descansar, pues nos fue imposible conciliar el sueño, pensando cuan dolorosa es la separación impuesta por el destino.

En esa casa habíamos nacido los siete hijos y vivido juntos penas y alegrías, como tantos años teníamos cada uno de nosotros. Pero debíamos separarnos por primera vez y así fue que a las cinco de la mañana ya nos esperaba el coche en la puerta, vehículo de época tirado por dos caballos. La última despedida fue tan rápida como grande la emoción. Mi madre fue la última en despedirme. ¡Qué feliz recuerdo conservo de ese momento! Su abrazo, sus besos y su bello rostro bañado en lágrimas que me trasuntaban el más grande amor de mi vida. Pronto, muy

pronto perdimos de vista a todos los que afectuosamente nos saludaban con sus pañuelos en alto, al igual que el perfil de la casona y su patio donde había pasado mis primeros y felices trece años de existencia.

El día 22 de setiembre de 1885, llegamos con el coche a la estación ferroviaria de Legnagno, cuyo tren debía llevarnos directamente a Génova. Una vez despedidos de mi hermano, papá le volvió a recomendar el cuidado del resto de la familia y que no dejara de contestar a las cartas de acuerdo a la dirección que le enviáramos. Con una tremenda pitada de la máquina que anunciaba la partida del convoy, con el pañuelo en alto nos dimos el último ¡hasta siempre hermano!, perdiéndolo de vista poco después.

Cuanto más nos alejábamos más aumentaba mi dolor, deslizándose por mis mejillas gruesos lagrimones en un profundo silencio. Al notarlo mi padre me atrajo a su lado y acariciándome me dijo que no debía llorar, que la separación sería breve. Eso me tranquilizó, lo mismo que observar a nuestro lado gran cantidad de gente que viajaba a Brasil, habiendo entre ellos de todas las edades. Minutos después todo había cambiado, pues muchos comenzaron a cantar alegres canciones alegóricas referentes a la recolección del café, trasuntando sus rostros la alegría de ir hacia el país del café, donde podrían saborearlo a gusto, cosa que no podían hacer en Italia, pues sólo gustaban de él, diariamente, los ricos.

Pocos minutos luego, me hallaba charlando alegremente con varios muchachos de mi edad y así entre charla y charla sin darnos cuenta llegamos a Génova. Nos alojamos en un hotel cercano al puerto, separándonos del resto del pasaje del tren que viajaba a Brasil por cuenta del gobierno de ese país.

En cambio nosotros lo hacíamos por cuenta propia, pues en la Argentina en ese entonces no había inmigración organizada.

El día 23 a las dos de la tarde en el vapor Sirio zarpábamos de Génova rumbo a Buenos Aires; levando anclas con un total de tres mil pasajeros, entre los que se contaban hombres, mujeres y niños de todas las edades.

Mientras el vapor se deslizaba por las tranquilas aguas del océano, la multitud abordo se entretenía con los más diversos juegos, música y algunas bailarinas que rompían la monotonía de la quietud reinante con movimientos rápidos y acompasados.

Tal era el gentío sobre la cubierta cuando hacía calor, que apenas podía uno abrirse paso para ir de un lado al otro. Debemos tener en cuenta que entonces los barcos carecían de las comodidades que tienen los actuales. Por ejemplo, no tenían conservadoras frigoríficas, razón por la cual debían llevar unos veinte vacunos para faenar diariamente los que hiciera falta para el consumo del pasaje. Además transportaba dos vacas con cría, que suministraban la leche necesaria para los niños y enfermos. A propósito, recuerdo que gracias a un ardid mío, pudimos tomar café con leche todos los días, pues diariamente recogía las que el repartidor me daba para *"mi hermanito"*.

En cuanto a las comidas si bien eran abundantes, distaban mucho de tener el gusto y la higiene con que se preparaban en mi hogar; pero como no había otra alternativa que comer o pasar hambre y morirse, hubo que amoldarse y comer para llegar vivos a destino.

Durante los primeros días todo fue maravilloso para mí. Aún el inmenso e inconmensurable océano con su mundo de misterios, donde nos cansábamos de fijar la vista sin ver nada más que agua por horas, o contemplar las gaviotas y los tiburones que seguían al vapor para aprovechar los desperdicios que de él se tiraban.

El primer puerto al que arribamos fue el de Barcelona, luego Cádiz y otros que ya no recuerdo, antes de llegar al de

Río de Janeiro, en Brasil.

Todo lo curioseaba, todo era novedad para mí en la gente, en el barco. En cada lugar que llegaba siempre encontraba algo para ver, observar y aprender a mis trece años tan llenos de bríos.

Conversaba con mi padre largos ratos, recordando a nuestros queridos familiares que se hallaban cada vez más lejos, sintiendo a veces envidia de otros chicos como yo, que lo hacían rodeados de todos los suyos felices y contentos. Lo que más tristeza me causaba era la llegada de la noche, cuando acostado añoraba a mi madre que todas las noches me despedía con un beso y me abrigaba más con su cariño que con las cobijas. En ese momento me sentía tan desvalido que me echaba a llorar amargamente en silencio, habiendo llegado a maldecir a Cristóbal Colón por haber descubierto América y por cuya causa me encontraba allí en medio del mar sin tener conocimiento alguno de los países a donde íbamos. Sólo la esperanza de hallar un porvenir venturoso me alentaba y mantenía firme y decidido frente a tanta adversidad emocional.

La suerte nos acompañó, pues a pesar de haberse registrado casos de tifus, unos cuatro o más han tenido la desgracia de ir a parar al fondo del mar. A causa de ello las autoridades del barco tomaron medidas mejorando la higiene y las comidas.

Después de un mes de viaje cruzamos el Ecuador, donde llovía cada dos por tres. No bien aparecía una nubecita en el horizonte se largaba un chaparrón, que no alcanzaba sino en parte a aliviar el calor sofocante que hacía en esa zona ecuatorial.

Pocos días después entrábamos en la bahía de Río de Janeiro. Me causó admiración la existencia en el puerto de una gran cantidad de negros motas, que desde sus botes se arrojaban al fondo del mar a recoger las monedas que traían entre sus dientes y que alguien del pasaje había arrojado al mar exprofe-

so. El aspecto de la ciudad recostada en la inmensa bahía presentaba una visión hermosa y deslumbrante con un fondo de montañas. El pasaje todo se hallaba en la cubierta del barco donde apenas cabía. En mi afán por verlo todo me agarré de la cadena del timón, mientras me hallaba sentado en la baranda y el barco hacía maniobras de atraque que observaba absorto, no dándome cuenta que mi mano con la cadena deslizaban hacia una polea hasta que un intenso dolor me lo advirtió, di un salto y un tirón para zafar mi mano de tal situación, que de seguir me la hubieran amputado seguramente. Perdí el conocimiento y mucha sangre. El médico de abordaje me practicó las primeras curas, evitándome con ello una infección segura o una posible gangrena. Esta fue nuestra primera mala suerte en nuestro viaje a esas tierras de promisión y esperanzas.

El 28 de Octubre avistamos por primera vez Buenos Aires. Al llegar a la rada el barco fondeó a la espera de la inspección sanitaria que debían practicar las autoridades Argentinas. Estas no permitieron al mismo entrar por los casos de tifoidea que habían ocurrido, obligándonos a trasladarnos en pequeñas embarcaciones hasta la isla de Martín García, donde estuvimos alrededor de diez días, durante los cuales fuimos tratados muy bien, ya que además de someternos a diversos tratamientos con desinfectantes, nos hicieron bañar, cosa que no pudimos hacer desde que salimos de casa treinta y seis días antes, por carecer a bordo de comodidades para ello, excepción hecha para los de primera clase. Las heridas de mi mano mejoraban lentamente bajo vigilancia médica. Al undécimo día regresamos a Buenos Aires alojándonos en el hotel para inmigrantes, para ser distribuidos en el interior del país y dedicarnos a tareas rurales. En esta ciudad me ofrecieron trabajo en varios comercios con la promesa de habilitación cuando adquiriera conocimientos y experiencia en ello. A mi me hubiera gustado pero ¿Dónde quedaría mi padre? Solo y trabajando lejos de mí.... Era un hombre habituado a dirigir trabajadores rurales más que a tra-

bajar personalmente. Todas estas reflexiones pasaban velozmente por mi mente lo mismo que deseaba encontrar ubicación rápida y segura para el resto de la familia que vendría poco después.

Pasados algunos días mi padre había conseguido pasajes para ir a La Plata, de reciente fundación y de la que según informes recogidos sería llamada a ser una gran ciudad en el futuro. Pero hete aquí que el destino, la ignorancia de conocimientos geográficos de esa época y la ambición canallesca de ciertos individuos, torcieron y cambiaron nuestro camino elegido, la futura capital de la primer provincia Argentina.

Como nosotros no conocíamos nada, tanto nos daba ir allí como a cualquier otra parte. Imagínense cual hubiera sido nuestro porvenir de haber adquirido tierras en las proximidades de la ciudad que se convertiría poco después en capital de la provincia de Buenos Aires.

Mi padre preguntó su parecer respecto a nuestro lugar de destino a un empleado del hotel, el que seguramente era un sinvergüenza, pues le contestó: qué íbamos a hacer en un lugar donde no había trabajo. Mi padre quedó pensativo y el empleado continuó diciéndole: donde usted debe ir es al Chaco y especialmente a Las Palmas, donde hay una gran colonia Italiana con una fábrica de azúcar, con tierra excelente y un inmejorable clima. Al preguntarle si era un pueblo bien formado con médicos, iglesia, y todo lo necesario, respondió: es una gran ciudad en marcha. Al oír esto mi padre quedó amargado y le manifestó: ¿ahora qué puedo hacer que tengo los pasajes para La Plata?; respondiéndole: yo se los cambio si quiere. Mi padre pensó que sería un hombre honesto y aceptó más que ligero la proposición, pensando que la suerte le sonreía y la fortuna le prodigaría a manos llenas sus frutos. Un rato después apareció el individuo con los boletos nuevos con destino a lo que entonces se nos presentaba maravilloso: Las Palmas, Chaco, indicán-

donos que debíamos viajar recién el miércoles. Después de un tiempo vinimos a enterarnos la verdad sobre el interés que tenía ese empleado por mandarnos al Chaco. La compañía azucarera le pagaba cinco pesos por cada inmigrante que le mandara.

Nos había engañado miserablemente, no solo a nosotros sino a dos más que también viajaron en el vapor. El miércoles a la mañana nos llamó el empleado que debía acompañarnos cargando el poco equipaje que teníamos en un coche y emprendimos la marcha hacia el puerto, donde embarcaríamos enseguida. A las diez de la mañana el barco inició el viaje aguas arriba hacia el hermoso río Paraná. Salimos de Buenos Aires bien impresionados, admirando su bella costa, sus majestuosas ciudades o poblaciones ribereñas. No hablábamos casi con persona alguna por no saber castellano. Al otro día por la tarde nos internábamos en la ribera que era muy espesa y desolada. Al cuarto día de viaje le manifesté a mi padre y a los dos señores, que estaba seguro que ese individuo de la inmigración nos había engañado, y todos quedamos pensativos; cuando de pronto y sin saber porqué el vapor detuvo su marcha cerca de la orilla izquierda del río, ordenándonos que bajáramos que habíamos llegado al puerto Las Palmas. No me explico porqué llamaban así a un lugar donde lo único que había eran pajonales.

Bajamos a un bote en el que nos acercamos a la costa, mientras el vapor continuaba la marcha hacia Asunción del Paraguay, tal vez para que no pudiéramos arrepentirnos y retomararlo. Arriba de tal barranca se encontraba una especie de carro llamado "*alzaprima*", con tres yuntas de bueyes. En él pusieron unos cajones con mercadería donde debimos sentarnos comenzando la marcha, metiéndoles picana a los pobres bueyes.

La impresión de que habíamos sido engañados la confirmamos poco después, al ver que aquello no era nada más que una selva, donde ni siquiera había huellas de vehículos, sino

tan solo senderos que transitaban peones o indios. El carro iba cruzando el campo entre pajonales y espartillares, pequeñas llanuras rodeadas de montes vírgenes y algunas cañadas, que nos permitían avanzar muy lentamente.

El que conducía no nos dirigía la palabra y tenía más cara de indio que de cristiano. A la una de la tarde aproximadamente nos encontrábamos a mitad de camino, donde había un rancho con galería en el que descansamos mientras merendamos algo.

Seguimos viaje siempre por lugares semejantes a los ya vistos, sin mayores variantes. A eso de las cuatro de la tarde llegamos a un gran galpón de chapas de zinc. Bajamos obedeciendo a una orden del conductor que nos anunciaba que habíamos llegado a destino. Allí nos recibió el encargado, al que mi padre preguntó: ¿Dónde está el pueblo?, pues le informaron que allí había una gran ciudad donde no faltaba nada; a lo que respondió: *"Yo soy el médico, farmacéutico, cura, etc., etc., y el pueblo se encuentra a unos setecientos metros de aquí a la costa de ese monte"*. Al observar hacia ese lugar donde había montes de árboles frondosos nos dimos cuenta de la burda trampa en la que habíamos caído; como tantos otros que se hallaban allí desde hacía unos días.

No lo podíamos creer, pero allí estaba la triste y real prueba. El pueblo o ciudad que nos había pintado aquel empleado no era otra cosa, ni más ni menos, que una toltería de indios (primitivos habitantes de la zona), que habitaban chozas de paja y cañas de la región y que ocupaban una franja de unos quinientos metros de largo por cincuenta de ancho; gran laguna de aguas no muy claras. A todo este hermoso panorama se agregaban gran cantidad de insectos y parásitos como mosquitos, moscas, tábanos, polvorines y piques que no lo dejan a uno vivir en paz ni de día ni de noche.

Invito al lector a remontarse al año 1885 en plena selva

chaqueña, con la tan ingrata compañía de infinidad de insectos y alimañas para ver si resistiría pasar una noche en esas condiciones, sin los medios que hoy se tienen para combatirlos.

Tampoco faltaban enormes y ponzoñosas víboras como la cascabel, yarárá, ñacatiná, de la cruz, coral y una serie de culebras de todos los tamaños, así como también lagartos y yacarés muy abundantes en lagunas y ríos.

Por la noche, en la severa oscuridad y silencio del bosque, se hacían perfectamente oíbles los chillidos de monos e insectos, así como con frecuencia el rugido de alguna fiera que en sus incursiones a las tolдерías daban cuenta fácil de los perros cachorros de los indios. Como podrá apreciarse estábamos en plena selva chaqueña, indómita y hostil aún.

Podría narrar muchas cosas más, pero como muestra, basta. La vileza humana llega a veces muy lejos, una de esas fue la que habían cometido con nosotros. Total, qué le podía importar al empleado mandar gringos que apenas podían hacerse entender en castellano, a un lugar como ese: si él cobraría por cada uno cinco miserables pesos y además el ingenio necesitaba gente para las siembras de la caña de azúcar y recurría a este miserable ardid para conseguirlo.

Tuve la oportunidad de conocer varias familias de indígenas por intermedio de un cacique. Estos eran mansos, reducidos hacía ya algunos años, servían trabajando para unos pocos blancos que los explotaban. Hoy sus descendientes frecuentan los colegios y se instruyen junto a los niños sin distinción o diferencia alguna.

En la administración tuvimos que entregar nuestros documentos. A los dos días de estar allí ya no soportábamos más y nos atacó la idea de regresar. Trabajamos en las obras de desagüe en la zona donde se levantaría la fábrica, pensando en recibir por ello una paga con lo cual poder hacer frente a los gastos de traslado y futuros; pero el encargado no deseaba que nos

fuésemos y al solicitarle la liquidación nos respondió negativamente. Felizmente conseguimos que el encargado del depósito nos entregara los documentos y para aumentar nuestro capital hubimos de vender algunas de nuestras ropas que habíamos traído de Italia. Pensamos también que por intermedio del Cónsul Italiano que residía en Corrientes, podríamos conseguir que se nos abonase los jornales que la compañía nos adeudaba, y todos nos pusimos mentalmente rumbo a esa ciudad. Al atardecer emprendimos la marcha hacia el lugar donde días antes habíamos desembarcado, puerto Las Palmas, siguiendo un sendero apenas reconocible en medio de la espesura de los espartillares y chircales, atravesando lodazales y en lucha constante con los mosquitos hasta bien entrada la noche, que brillaba espléndidamente, tal vez Dios lo quiso así, haciendo que la luna iluminara más que otras noches nuestro camino de regreso.

A eso de las once de la noche, demasiado cansados, nos sentamos sobre los equipajes, comimos algo mientras nos defendíamos de las amenazas de las fieras que en cualquier momento podían aparecer, haciendo para ello una fogata. Así aunque cansados y dormitantes no pudimos pegar un ojo ansiosos por llegar a destino. Ya antes de que rayaran los primeros atisbos de la aurora, reanudamos la marcha guiados por el canto de un gallo que nos denunciaba la cercanía de una vivienda, encontrando al poco andar el rancho donde habíamos hecho un alto para merendar y que más o menos correspondía a la mitad del camino. Al reconocerlo, todos experimentamos una enorme satisfacción al comprobar nuestro buen sentido de orientación y el júbilo fue tan grande que olvidamos nuestro cansancio y nuestro sueño; avanzamos como si recién hubiésemos salido.

Luego de una caminata nada agradable por cierto, ya que se reproducían invariablemente nuestras luchas contra los insectos y la falta de caminos, pudimos a eso de las diez de la

mañana llegar por fin al río, qué digo, al puerto La Palmas, pues como dije anteriormente allí no había nada.

En ese lugar nos encontramos con otros dos compañeros de faenas, que habían llegado pocas horas antes, pues no quisieron esperar que les entregaran los documentos, cosa que mi padre no hizo ya que pensó que los documentos los necesitaría siempre. Poco tiempo después de estar en la costa, divisamos una pequeña embarcación a la que hicimos señas para que nos llevara y el resultado fue negativo. Para nosotros fue una desilusión y un sin número de picaduras de mosquitos y polvori-nes. Aproximadamente a la hora y media apareció del norte una embarcación mayor, que momentos después se hallaba atracando en la costa y descargando unas bolsas con naranjas. Como se dirigía a Corrientes, nuestro destino, el capitán aceptó llevarnos. Así al poco navegar nos libramos de los insectos y ya bastante descansados llegamos al Puerto de San Juan de Vera de las Siete Corrientes, al atardecer de un radiante día de sol. Nos alojamos en un hotel próximo y al día siguiente fuimos al consulado italiano. El cónsul nos recibió al rato, exponiéndole a mi padre nuestra situación, dándonos cinco pesos a cada uno para que pudiéramos pasar un par de días, mientras buscábamos ubicación y trabajo que en el puerto abundaba. Le agradecemos y nos despedimos.

Los compañeros que habían sido jornaleros, se ubicaron enseguida en el puerto, separándonos así de ellos y lo fue para siempre.

Nosotros esa misma tarde salimos a las orillas de la ciudad buscando tierra o por lo menos una quinta de frutales para empezar a trabajar. Al otro día volvimos a recorrer otros barrios vecinos conversando con la gente la que nos aconsejaba no internarnos en la provincia, porque por allí cerca no había tierra buena. En realidad a mi padre no le gustaba tampoco por ser arenosa y de escaso rendimiento; y para internarnos teníamos

miedo que nos pasara como en Las Palmas; además de tener los correntinos fama de borrachos y peleadores, cosa que no nos gustaba por naturaleza.

NUESTRA VUELTA AL CHACO – ESTA VEZ RESISTENCIA

Por la noche volvimos al hotel donde conversamos con el dueño, hijo de italianos, diciéndonos que al otro lado del río Paraná había una colonia de casi puros italianos, donde fácilmente conseguiríamos ubicarnos, pudiéndose conseguir tierras fiscales. Eran las siete de la mañana del día siguiente cuando tomamos el vaporcito que hacía la carrera Barranqueras, puerto de la colonia, Resistencia. Una vez en Barranqueras tomamos una volanta que nos condujo a Resistencia (Chaco). El mismo cochero era el dueño del hotel Roma, que se encontraba donde actualmente está el edificio del Sorocabana, frente a la plaza y al edificio del Banco de Italia y Río de la Plata, tomando hospedaje allí mismo. Luego de ubicarnos salimos a dar una vuelta por el pueblo poco poblado aún, aunque tenía en su centro una gran plaza que ofrecía como único adorno y vegetación pastos naturales.

Donde actualmente está el edificio de la Catedral, existía una pequeña capilla, asistida por curas franciscanos, evangelizadores del Chaco. Rodeando la plaza, había un médico, una farmacia, municipalidad, juzgado y gobernación. Resistencia parecía entonces una población con futuro definido y seguro, y

de vida muy barata. Al otro día fuimos a la gobernación para conseguir tierra fiscal que no estuviera lejos del pueblo; ofreciéndonos un lote de doscientas hectáreas que distaba unos ocho kilómetros y otro a unos treinta kilómetros, más allá de la línea de los fortines militares o sea en territorio dominado por los indios y muy lejos de las poblaciones de Colonia Popular y Makallé, no existiendo tampoco camino alguno entre ellas. Con los datos obtenidos fuimos al otro día a ver el primero de los ofrecidos que quedaba en el camino a Colonia Benítez, (en lo que es hoy El Tropezón) y Margarita Belén, donde pudimos constatar la falta de tierra fértil para agricultura; eran en su mayoría tierras bajas con esteros y montes, estos últimos en gran parte ya explotados. Me dirá el lector cómo pudieron estar explotados esos montes si la colonia era completamente nueva. Detallaré al término de los datos de mi vida, pues todo tiene su historia y lo que les pasó a los que fueron a poblarla después que fuimos nosotros.

Mientras tanto seguimos buscando ubicación en alguna tierra apta para agricultura. Por indicación del dueño del hotel, vino un señor a vernos para que fuéramos a poblar un lote de terreno y trabajar a medias, manteniéndonos durante el año y que luego con las utilidades se pagarían los gastos y repartiríamos los beneficios restantes en partes iguales. El terreno se hallaba en una inmejorable ubicación; una parte sobre el camino Barranqueras – Resistencia. Lástima grande que fuera poca tierra apta para la siembra, aunque estaba bien situada como dije, y como algo debíamos empezar, aceptamos. A fin de año veríamos si convenía o no seguir allí. En el acto nos entregó dos bueyes, herramientas y útiles de labranza y una libreta de una casa de comercio para proveernos de todo lo necesario para nuestra existencia, incluso carne. De manera que después de tanto andar nos dispusimos a vivir tranquilos, a pesar de que la conveniencia era poca, por cuanto la tierra laborable no era mucha y sin alambrar. Mientras trabajábamos buscábamos otro

lugar mejor.

Era fines de Diciembre y únicamente podríamos trabajar como sembrar la segunda cosecha, según informes de un vecino. Preparamos la tierra y sembramos la segunda cosecha, tres hectáreas de maíz e hicimos una linda huerta. Todo esto le contaba a mi madre en una carta y le enviaba la dirección para que nos escribiera.

Día por medio iba al pueblo a caballo a hacer las provistas al par que mi padre se ocupaba de los sembrados que crecían rápidamente gracias al calor y humedad ambientes. Por la tarde me dedicaba al cuidado de los animales y herramientas mientras mi padre se dedicaba a preparar la cena para ambos, cuando no lo hacía yo.

A veces me invadía una enorme tristeza al contemplar a mi padre, hombre de grandes empresas convertido en un simple cocinero y yo, estudiante, hecho un boyero. Me consolaba pensando que eso no duraría mucho pues debía venir el resto de la familia y con ella la felicidad que tanto anhelábamos y el bienestar; pues en la Argentina trabajo sobraba para pensar que con su remuneración podríamos iniciar una nueva vida y ahorrar dinero a la vez. El que trabaja con ahínco y por cuenta propia progresaba con rapidez gracias a la fertilidad de estas tierras, la explotación de sus bosques de maderas duras, como el quebracho, urunday, guayacán y otras fuentes de riquezas inagotables y las extensas llanuras y esteros que pueden alimentar gran cantidad de ganado.

El Chaco progresaba rápidamente gracias a sus condiciones naturales y a la acción de los extranjeros que con sus enérgicos brazos, su tesón y capacidad de trabajo e inteligencia, supieron aprovechar y explotar las ignotas riquezas que la zona les ofrecía. Entre ellos también nos hallábamos nosotros ansiosos de hallar la América soñada.

Como decía, nuestros sembrados crecían rápidamente pe-

ro desgraciadamente los animales de los vecinos hacían estragos de ellos, pues carecían las tierras que cultivábamos de alambrados, además verdaderas bandadas de loros hacían sus festines en el maizal comiendo y destruyendo gran cantidad de choclos. Le pedí al patrón una escopeta con la cual mataba una gran cantidad de ellos sin recogerlos, hasta que un vecino me manifestó que eran ricos para comerlos. Desde entonces los recogía y los cocinábamos. Se parecían a las palomas por su gusto, aunque no tan tiernos. Pasaron así unos meses largos y calurosos y cuando el maíz estaba a punto para cosechar lo hicimos a prisa. Una vez secado, con una desgranadora prestada de un vecino, obtuvimos una cantidad bastante magra de granos, que se vendió.

De acuerdo a lo convenido se repartió con el patrón las deudas que alcanzaba a 120 pesos cada uno.

Previendo el magro resultado de nuestro esfuerzo, habíamos ido a ver a un señor Pirán, hijo del General Pirán; que vivía a unos tres kilómetros de Resistencia, donde se dedicaba al cultivo de alfalfa. Nos manifestó que se hallaba preparando el terreno para la siembra y como mi padre era práctico en esas tareas nos tomaría desde ese momento, para no perdernos pues le habíamos impresionado bien. Mi padre por ahora trabajaría como jardinero y yo para trabajos de la casa, hasta la época de la siembra.

Aceptamos este ofrecimiento con un sueldo mensual inicial de treinta pesos cada uno, con casa y comida y paga que luego aumentaría con el cambio de trabajo, pues mi padre debía dedicarse a la preparación de la tierra, siembra y cuidado de la alfalfa, así como también de su corte, secado y preparación para la venta. Tendría bajo su cargo todo el personal necesario para dicha explotación. Yo me ocuparía de la limpieza de la casa y la cocina, debiendo preparar la comida para los tres. Quedamos en volver y quedarnos definitivamente al sábado si-

guiente. Ese día a la madrugada emprendimos la marcha hacia lo que sería nuestro nuevo hogar con los pocos bagajes que poseíamos, era el 8 de abril de 1886. Al día siguiente aprovechamos el franco dominical, nos dedicamos a escribir a nuestros familiares de Italia. Recuerdo que le decía a mi madre: *“Por fin te escribo con un poco de alegría, porque desde ayer nos encontramos bien ubicados en una buena y decente casa, ganando poco pero ganando. Esperando que cuando conozcan nuestra capacidad nos aumenten el sueldo. La cuestión es empezar. Siquiera tengo esperanzas de que vengan pronto con nosotros. He sufrido tanto desde el día que me separé de ti, que me es imposible expresártelo. Solo Dios lo sabe, porque él me acompaña continuamente. Mediante él he conseguido tranquilizarme, dándome la esperanza de abrazarte pronto, en esta bendita tierra donde Dios nos dará vida, bienestar y fortuna”*.

Transcurrirían los días sin mayores novedades ocupados cada uno en sus menesteres, solo que ahora recibíamos con cierta frecuencia noticias de nuestros familiares, lo que nos hacía vivir momentos de gran alegría, pues vislumbrábamos la posibilidad de que vinieran a la Argentina en breve plazo. Deseo, que también manifestaba mi hermano en su correspondencia, aunque solamente había transcurrido un año desde nuestra partida de Italia.

De acuerdo a lo prometido el patrón nos aumentó la mensualidad, hallándose mi padre ya en pleno cargo de la explotación de los alfalfares.

Aparte de mi ocupación con los servicios domésticos, me ocupaba con el patrón del corte con máquina de la alfalfa, otras veces lo acompañaba al pueblo en coche para hacer las compras, además de tener que ir diariamente de un galope hasta el pueblo a comprar la carne.

En esa época nuestro patrón estaba de novio con la Srta. María Valle, oriunda de Corrientes, de manera que varios días de la semana se lo pasaba en dicha ciudad, quedando yo a car-

go de todo en la casa.

Había ganado ya su confianza y aprecio, tanto que me trataba como a un familiar. Un día me dijo que probablemente se casaría o viajaría a Italia, preguntándome si lo acompañaría si se decidía por esto; a lo que le contesté que sí, gustosamente. ¡Se imaginan los deseos que tenía de ver a mi madre!

Iríamos a visitar a tu familia me dijo. De manera que viví unos días de gran ilusión y alegría esperando ansiosamente la novedad.

Pocos días después se produjo en Corrientes una revolución de carácter político y temiendo Don Luis por la vida de su novia, no encontró mejor motivo para casarse y venir a vivir tranquilo en su casa de campo del Chaco, muriendo con ello mi ilusión de ir a mi tierra natal, mi bella Italia.

Ya conocía a la esposa desde el día que vino de visita acompañada por la familia de Don Carlos Avalos, oportunidad en la que se quedaron a almorzar. Se imaginarán ustedes todos los preparativos que tuve que hacer en la cocina y el comedor, que se hallaban a mi cargo, teniendo entonces apenas quince años. Pude conocer allí sus buenas cualidades y ella las mías.

Me trataba con mucho cariño, lo que se pronunció cuando vino a vivir definitivamente luego de casada. Me enseñó muchas cosas y fue como una madre para mí. En esta oportunidad vinieron con una cocinera y una mucama, de manera que tuve más tiempo disponible para el cuidado del personal y los animales. Mas al poco tiempo, la señora cansada del mal servicio prestado por las empleadas, me dijo si yo la ayudaría; las despediría para estar más tranquila. Acepté puesto que yo estaba contratado para hacer cualquier trabajo de la casa. Ella lo hacía porque me conocía y confiaba en mí. En realidad el servicio doméstico de esta gente era una calamidad. Éramos pocos los que teníamos que comer, de manera que con poca ayuda de la señora me bastaba para todos. Así pasaron varios meses, quizás

un año, cuando la señora me manifestó que ya no se hallaba en el campo, lejos de sus familiares y distracciones, pudiendo pasarlo mejor y más distraída en Buenos Aires. Tenía razón, la diferencia era más que apreciable. Así fue que pudo convencer a su esposo. Don Luis me pidió que fuera con ellos. Me hubiese gustado ir, pero cómo iba a dejar solo a mi padre. En ese entonces estaba por venir mi hermano de Italia, de modo que le contesté que una vez que esto ocurriera me iría con ellos; y así quedó convenido.

Se fueron unos días a Corrientes, y a los pocos días volvió el patrón con el señor Francisco Velar; el que alquilaría el establecimiento para seguir explotándolo. Como tenía cochería en Corrientes le venía bien llevar la producción a dicha ciudad.

MI NUEVA OCUPACIÓN EN LA CIUDAD DE CORRIENTES

Una vez realizado el convenio entre ambos, le manifiesta mi patrón que me llevaría a Buenos Aires, contestándole que sin mí, no aceptaba la operación, por cuanto él era extraño, no conocía nada y yo podía dirigirlo en esas tareas. Para subsanar esa dificultad le puse en conocimiento que mi hermano pronto vendría y que podría reemplazarme. Se conformó y quedaron de acuerdo en que luego de la llegada de mi hermano podría viajar yo a Buenos Aires.

El Sr. Pirán y Sra. salieron para Buenos Aires. El trabajo de la cochería en Corrientes tenía alejado con frecuencia al nuevo patrón, quedando yo a cargo de todo en esas circunstancias.

Nos aumentó el sueldo, suprimiéndonos los víveres, que corrieron entonces por nuestra cuenta. Escribí y giré a mi hermano algún dinero para el viaje, dejándoles algo a la familia, pidiéndole que se embarcara lo antes posible, explicándole lo convenido con el patrón. Una vez recibida mi correspondencia preparó su viaje y vino llegando hacia los dos meses.

El patrón convino con mi hermano que quedara allí con mi padre, y que me llevaría a Corrientes como encargado de la cochería. Tenía yo 17 años.

Una vez en el nuevo cargo, se inició la lucha con los cocheros que eran todos unos bandidos. Sin embargo para conducirlos y que marcharan bien, como debían, tuve además que desarrollar todas mis condiciones, aprendí en pocos días el idioma guaraní, mediante el cual nos entendíamos mucho más fácilmente.

Comía con el patrón en casa de unos tíos de él, y dormía en una pieza al lado del escritorio de la cochería, pues debía faltar lo menos posible de ella, tanto de día como de noche. Periódicamente visitaba a mis familiares del Chaco y de vuelta traía unos cincuenta fardos de alfalfa en una chata, que con la balsa llegaban a la cochería en Corrientes.

Transcurrió cerca de un año, hasta que una tarde de verano, la señora de Pirán que había venido de Buenos Aires, a Corrientes a visitar a sus familiares, pidió a la cochería una victoria para pasear por la ciudad. Nos encontrábamos en la cochería el patrón y yo, cuando llegó el muchacho que enviaba la señora solicitando el vehículo citado, pero como no había ninguno de esos disponibles en ese momento, le envié un brecke con el cochero, lo único que quedaba.

Al verlo la Señora le indicó al cochero que ese no era lo que había pedido. Contestándole aquel: *"Yo no sé nada, don Humberto me mandó"*. Al pronunciar mi nombre, la señora le preguntó quién era yo. Él le respondió que era un joven a cargo de la cochería, que vino de Resistencia. Le manifestó que ella deseaba hablar conmigo, que fuera a verla. El Sr. Velar al oír esto, se acordó de su compromiso, ordenándole que le contestara que estaba muy ocupado que no podía ir. Sin decir más se retiró dejándome solo, por lo tanto sin poder abandonar mi ocupación. Por la noche volvió el mismo mensajero de la señora, manifestándome, que ella aún me esperaba. Momentos después aprovechando que debía ir a cenar, acudí a su demanda. Al verme me abrazó como si fuera su hijo; y me dijo: ¿Cómo te has

hecho desear tanto? La culpa es del Sr. Velar, que no quería que viniera, pues ya se figuraba que usted deseaba llevarme, pues a él le resultaría muy difícil encontrar otro encargado de confianza para reemplazarme, le contesté. Me manifestó entonces que traía orden expresa de su esposo Don Luis que *“dejara cualquier cosa menos a mí”*. Que estaba construyendo una de las mejores cocherías de Buenos Aires y me quería para ponerme al frente de la misma. Estoy dispuesto a ir de cualquier manera, le contesté.

Ella debía viajar al Chaco a su casa de campo, a buscar unos papeles que había olvidado, y me pidió que la acompañara. *“El lunes iremos a Resistencia, regresaremos el martes, pues el miércoles debo tomar el vapor a Buenos Aires”*. Al amanecer del lunes estaré en su casa, le contesté.

Volví a la cochería, en el portón me esperaba mi patrón muy enojado por mi ausencia. Le recordé el compromiso que tenía con el Sr. Pirán. Contestándome que no quería que me fuera, diciendo *“tenés que quedarte conmigo”*, se fue dejándome solo.

Cumpliendo con mi compromiso con la señora, antes de las siete de la mañana estaba en su casa y minutos más tarde nos hallábamos en el puerto tomando el vaporcito, navegando rumbo a Barranqueras. Una vez en tierra, con una volanta llegamos hasta la casa, aprovechando la oportunidad para estar con mi padre y hermano, platicar con ellos y a la vez convenir con la señora mi ida a Buenos Aires, lo que quedó resuelto.

El martes como estaba planeado vino la volanta a buscarlos. Me despedí de los míos, y con la volanta que vino a buscarme salimos rumbo al puerto de Corrientes. Por la tarde debía venir mi hermano para arreglar cuentas con mi patrón para que siguiera en mi lugar y que él mandaría a buscar el forraje cuando le hiciera falta o le avisaran.

EL TRASLADO Y TRABAJO EN BUENOS AIRES

Al día siguiente a la siete de la mañana tomamos el vapor que hacía la carrera Corrientes-Buenos Aires, con el que luego de un feliz viaje llegamos a la Capital. En el puerto nos esperaba el Sr. Pirán, el que nos llevó enseguida a la casa donde vivía con su esposa y dos hermanas solteras de bastante edad; muy buenas personas que llegaron a apreciarme mucho. Con el patrón fui a visitar la futura cochería que estaban levantando en la esquina de Callao y General Guido. Se trataba de un gran edificio con varias cocheras para alquilar a los que tenían coches pero carecían de ellas. En aquella época no existían los automóviles, pero sí caballos muy finos que requerían solícitos cuidados, por lo que había también un lugar especial para los caballos enfermos, que eran atendidos por un socio veterinario. La terminación de este establecimiento tardó unos seis meses. Tiempo durante el cual me dediqué a hacerme práctico en la ciudad, conocer sus calles, provedurías, estaciones del ferrocarril, donde debía adquirir el forraje y los distintos barrios. Para ello me habían facilitado un buen “*pin-go*”, con el que recorrí la ciudad de una punta a la otra.

En ese entonces Buenos Aires era una décima parte de lo

que es hoy (1954). Se tomaba como centro de la misma, la parte que se extendía de Colón a Callao y de Retiro a Constitución. La Boca estaba aislada de la ciudad al igual que Chacarita; y la parte norte era un pajonal y un enorme bañado. Desde Retiro al Tigre solo había un grupito de casas en cada estación del ferrocarril, constituyendo hoy los hermosos y pintorescos barrios de la gran ciudad.

Corría el año 1888 cuando se inaugura la cochería, de la que me hice cargo de su dirección, con tanta buena suerte que a los pocos días se habían alquilado todas las cocheras disponibles.

Corría por nuestra cuenta el cuidado y la mantención de los animales. El veterinario con sus familiares vivía en la planta alta del edificio, donde también tenía yo mis comodidades de vivienda. La buena marcha del negocio era notoria; aunque habían entrado en la enfermería algunos animales para su tratamiento veterinario y cuidados especiales.

El Sr. Pirán compró una americana y dos buenos caballos para nuestro servicio. Todas las mañanas lo iba a buscar para hacer las compras necesarias para el buen mantenimiento de los animales.

A fin de mes iba a cobrar las cuentas de mantenimiento y alquiler de las cocheras. Mi sueldo mensual era de ochenta pesos, muy bueno para la época; sueldo que giraba casi íntegramente a mi padre al Chaco, pues a mi me alcanzaba casi para comer y vestir bien con las propinas que recibía, pues entonces fumaba muy rara vez.

Al poco tiempo los patrones me llevaron a vivir a su casa, tal vez para tenerme más a mano. Las dos hermanas me llegaron a apreciar mucho por los servicios que les prestaba, soliendo a veces acompañarlas al teatro, por supuesto cuando me invitaban.

En el período de vacaciones de verano me llevaron a San Isidro, donde tenían un hermoso chalet. Mis vacaciones eran a medias, pues debía viajar todos los días para atender la cochera. A tal efecto me consiguieron un abono para el tren. Algunas veces me acompañaba Don Luis, cuando debía proveerse los forrajes para los animales.

Los domingos la señora me daba cinco pesos para que paseara y a la vez cuidara al Sr Don Luis. Se pueden dar cuenta la confianza que en mi depositaba la señora. Ni que hubiese sabido que desde chico cuidé a mi padre por varios años. ¡Y ahora tener que cuidar a un esposo! ¡Es que Don Luis no era un patrón sino un hermano mayor o un padre! Tan es así que un día transitando los dos a pie por Florida nos encontramos con el General Mitre, del cual era muy amigo. Hizo en ese momento la presentación del caso como si yo fuera su hijo. Tal era la forma de tratarme, aún delante de personalidades. Ello me hacía sentir muy feliz y contento en su hogar.

Recuerdo que una vez me tomó una gripe rebelde; la señora y señoritas encargaron a la mucama y cocinera que me atendieran muy bien, con mucha solicitud, pues les dijo que mis padres se hallaban muy lejos. Tuve la suerte de mejorar y curar bien gracias a sus cuidados.

Mientras, mi padre y mi hermano seguían trabajando en el Chaco con el Sr. Velar dedicados a la producción de alfalfa. Este forraje necesita para desarrollar y persistir, buenas tierras, abonarla periódicamente y mantener los alfalfares libres de malezas. Como por razones de economía eso no se hacía, los mismos se transformaron en verdaderos yuyales y no valía la pena gastar en su corte; vale decir no rendían más, el señor Velar resolvió retirarse del campo. Fue entonces que mi padre resolvió quedarse con la propiedad y explotarla por cuenta propia; escribiéndome a mí para que arreglara el asunto con mi patrón Don Luis Pirán, que era el dueño del campo.

Hice conocer el deseo de los míos al señor Pirán, el que generosamente nos cedía el campo imponiendo como única condición la obligación de pagar los impuestos.

El entusiasmo de los míos fue tal que de inmediato comenzaron a preparar la tierra para sembrar varios cereales; al mismo tiempo que escribieron a los que quedaron en Italia diciéndoles que se fueran preparando, que en breve girarían para los pasajes. La tranquilidad y la felicidad me invadieron al pensar en nuestra reunión después de cuatro años.

Si para nosotros fue la decisión de su viaje una alegría, para ellos no fue menos y comenzaron a liquidar las cosas que no hacía falta traer. A nuestro requerimiento de si la iban a traer a la abuelita, pues dudábamos que pudiera aguantar lo largo y penoso del viaje, nos contestaron que sí; que ella manifestó que no quería morir sin ver a su hijo y a sus nietos que se encontraban en América. En virtud de lo cual viajó cumpliendo su deseo a los ochenta y cuatro años de edad. Todo esto lo supe por mi hermano que se mantenía informado, aunque no sabía con certeza la fecha del viaje ni cuando arribarían a Buenos Aires de paso para el Chaco, cosa que me tenía ansioso y muy preocupado en mi empleo en la cochería.

EL CASUAL Y FELIZ ENCUENTRO CON MI MADRE Y DEMÁS FAMILIARES EN BUENOS AIRES

El último día de carnaval me invitó mi patrón para ir al corso a dar una vuelta con el coche. Acepté gustoso, quedando en ir a buscarlo a las 21 horas. Como a las 19, me dirigí de la cochería a la casa, pero como por las calles centrales había muchísima gente, tomé por la Avenida Colón hasta Retiro. Ahí mismo se encontraba el Hotel de Inmigrantes al que solía ir a menudo para ver si llegaba algún conocido de Europa, para conversar un rato sobre mi patria. Ese día como me quedaba tiempo aún, al pasar por él me detuve un momento y mientras conversaba con un paisano observando a la gente que entraba a la oficina de inmigración, vi pasar por delante y a poca distancia dos mujeres que venían del brazo en las que reconocí a mi madre y a mi abuelita y detrás de ellas a mis dos hermanas. Me quedé como petrificado, inmóvil, sin poder articular palabra por un momento. Recién cuando las vi entrar por el portón de la oficina recobré mis sentidos momentáneamente perdidos y corrí para entrar en pos de ellas, pero choqué con la intransigencia del portero que no me lo permitió por ser la hora de la cena. Al decirme esto pensé que debían pa-

sar directamente al comedor. Como éste daba sobre la calle y tenía amplios ventanales fui hacia ellos para ver si lograba ubicarlas. Así fue que al llegar a la tercera ventana para ver mejor y asido de las rejas alcancé a divisar a las cuatro que estaban tomando asiento en una mesa. Les hice señas, llamándola a mamá, no haciéndome caso por no reconocerme y creyéndome un extraño titubeaba en levantarse. En ese momento y dada mi insistencia intervino un señor que le dijo que se aproximara a la ventana que total estaba la reja de por medio. Al acercarse le pregunté si no me conocía, contestándome en italiano: "*Signore si non me dice qui e, io non posso indovinarlo*". Contesté: "*Alora tu non conossi al tuo figlio*". Se quedó muda un instante y mirándome fijamente dijo: "*Tu sei Humberto*". Si, contesté. Si no hubiese sido por la reja se hubiera echado en mis brazos desde la ventana. En eso se acercan los demás y entonces les pedí que salieran.

Mientras me quedé pensando en la casualidad de ese felicísimo encuentro, pues como dije antes sabía que debían venir pero ignoraba cuándo saldrían y llegarían a Buenos Aires. El instinto humano o sino solo Dios sabe por qué me guió hacia la Inmigración esa tarde del último día de carnaval.

Cuando salieron nos confundimos en un profundo e interminable abrazo. Las lágrimas corrían a raudales a las que acompañaba una emoción sin fin.

Cenamos en un hotel que quedaba enfrente, donde también tomé hospedaje. Acto seguido me despedí de ellas, no sin pena de abandonarlas en ese momento tan feliz. Corrí al coche y llegué a la casa en busca del patrón como a las diez de la noche.

Encontré a la familia preocupada por mi demora, pensando que me habría ocurrido algo. Les conté todo lo acontecido, quedando todos sorprendidos por la poco común forma del encuentro; encareciéndome las llevara al otro día para conocerlas.

Así lo hice; llevando a mi madre y mi hermanita menor Luisa. Las recibieron cordialmente.

La señora quiso por todos los medios que mi hermanita se quedara conmigo para que le cuidara el hijito de pocos meses. Una vez convencida mi mamá accedió pensando que estaría al lado mío- Al día siguiente la fui a buscar al hotel y la traje a la casa.

El vapor al Chaco debían tomarlo al otro día en el puerto, donde fuimos a despedirlas con mi hermana.

En el Chaco las esperaban, pues tenían conocimiento de la llegada con el vapor por un telegrama que les hicimos. Por fin después de tanto tiempo pudieron mi padre, mi madre y demás familiares reunirse en esta bendita tierra que nos prometía un venturoso porvenir. Es cierto que quedábamos mi hermana y yo separados, pero solo a un paso, que podíamos dar en cualquier momento. Papá se hallaba de parabienes pues con ellas en casa, además de gratísima compañía, podría dedicarse libremente al campo y obtener una mayor producción.

Mi hermana se adaptó rápidamente a su nuevo trabajo, ganando la confianza y aprecio de los de la casa. Por mi parte hubo un cambio, pues el señor Pirán alquiló la cochería y puso una oficina con un socio, el Sr Raúl Arilaos, en la calle Florida y Cangallo, donde debí cumplir funciones de encargado de la misma. Aquí mi trabajo era mucho más tranquilo, comparado con el continuo movimiento de la cochería.

Llegado el verano la familia Pirán fue a pasar las vacaciones a su casa de San Isidro, quedándome solo en la de Buenos Aires. Los domingos por la mañana temprano concurría a la casa de verano para pasarlo con la familia y acompañar a mi hermana, regresando por la noche; oportunidad en que al subir por la oscura escalera de la casa en más de una oportunidad me llevé buenos sustos al cruzarme de improviso un gato vecino que salía corriendo al verme aproximar en la oscuridad.

Al terminar las vacaciones la casa volvía a la normalidad. Pasaron así como dos años. Los míos del Chaco me reclamaban para colaborar con ellos en las tareas agrícolas que cada vez necesitaban más brazos.

Además ya me estaba cansando de la vida de la ciudad. Mi hermanita que era una linda piba, necesitaba atención y cuidados que no podía prodigarle. Amén que siendo un hombre celoso de mí mismo, mi trabajo y mi conducta que creía ejemplar; puede imaginarse cómo habré sido con mi hermanita. A propósito les relataré como anécdota: una de las señoritas había mandado a la mucama a hacer unas compras y ésta invitó a mi hermana a ir con ella. Accedió la señorita y salieron. La casualidad quiso que estando en la casa y viendo que tardaban más que el tiempo necesario para las compras, salí en su busca, hallándolas a unas tres cuadras en la vereda conversando con un joven. Al verme llegar y al primer reproche me siguieron hasta la casa. En la escalera le tomé el brazo a mi hermana y le recriminaba en cada escalón hasta llegar arriba. La señora y señoritas al oírlos, acudieron a ver que ocurría manifestándoles lo que pasaba, razón por la cual la había tratado así. Me manifestaron que había hecho muy bien y a su vez le dieron una lección sobre comportamiento y moralidad. Con este acto creo no solamente haber cumplido con mi deber de hermano mayor sino haber defendido mi dignidad. Después de este episodio pasó un tiempo de tranquilidad. No obstante me preocupaba la idea de volver al seno de mi familia, a la que podía ayudar con más provecho.

Mi hermana era toda una señorita, razón por la cual no quería seguir cargando con la responsabilidad de su cuidado, creyendo además que al lado de sus padres estaría mejor y sería más respetada. Yo tenía 19 años y era hora de que viera un poco más allá de lo que mis ojos podían.

Un día le dije a mi hermana si estaría contenta de volver a

casa, respondiéndome *"Mañana mismo"*. Me alegró oírlo, diciéndole que se preparara para salir dentro de unos diez días.

Así fue que en oportunidad de estar con el patrón le manifesté los deseos y razones que me inducían a ello. Me manifestó que lamentaba nuestro viaje, pero que él no podía privarnos de nuestra reunión con nuestros padres.

Quedó así resuelta nuestra ida al Chaco, en el primer vapor que saliera para ese destino. Escribí a mis familiares anunciándoles que saldríamos en el primer vapor del día 30 de septiembre.

Dos días antes de la partida el patrón nos arregló las cuentas respectivas y me entregó de regalo dos pasajes para nuestro viaje, quedando muy contentos y agradecidos por tan hermoso gesto. Muy rápidamente se nos pasaron esos días por la emoción del viaje. A las ocho de ese día nos esperaba el coche en la puerta. La despedida como todas fue triste, pues el cariño recíproco que se había establecido entre los patrones y nosotros luego de varios años de convivencia era grande, terminando por despedirnos en el coche con afectuosos saludos y buenos augurios.

EL VIAJE DE BUENOS AIRES AL CHACO CON MI HERMANA LUISA

Eso fue en el año 1891. Subimos a bordo del vapor Bruselas, que a los pocos minutos levó anclas y comenzó a marchar mientras nosotros nos acomodábamos. Luego subimos a cubierta y observamos el hermoso panorama de la ciudad desde el nuevo puerto del Río de la Plata. En aquella época la ciudad de Buenos Aires no sería la décima parte de lo que resulta ser hoy (1951). Sin embargo la cantidad de barcos y vapores de ultramar atracados en el puerto daban una idea ya de la importancia del mismo, que llegaría a ser el primero de América del Sur. Del mismo modo daban cuenta de la pujanza de la ciudad su movimiento comercial y extensión, que la situaban a la cabeza de las capitales hermanas.

Esto lo pude confirmar 61 años después. Mientras estábamos distraídos contemplando desde el río el hermoso paisaje que ofrecía la ciudad, el vapor de deslizaba sereno y rápidamente sobre las aguas del Plata para desembocar al rato en el Río Paraná, cuyas hermosas riberas encantaban a los pasajeros por la exuberante vegetación y un poco mas allá a lo lejos se divisaban alguna que otra población típica de la zona. Esa distraída visión se perdió con la llegada de la noche. A la mañana

siguiente llegamos a Rosario, ciudad de la provincia de Santa Fe, que a pesar de no ser muy grande llegaría a ser importante pues tenía puerto de ultramar por donde salían del país los cereales de la zona.

Luego de detenernos el tiempo necesario para que bajaran y subieran los pasajeros y cargas, el vapor siguió viaje al norte para llegar al otro día a Paraná. Pequeña ciudad, Capital de la provincia de Entre Ríos, muy pintoresca, ubicada sobre la alta ribera este del río, adornada por un hermoso y llamativo parque. Esta provincia poco tiempo después llegó a ser una de las más importantes del país por su producción agrícola-ganadera y de minerales. Un rato después continuamos viaje observando que cuanto más al norte íbamos las poblaciones ribereñas y los puertos eran cada vez más pequeños. La gente que ascendía y descendía, así como la carga y descarga del barco eran cada vez menores y por supuesto las detenciones del vapor también. Las riberas no presentaban la vegetación exuberante del primer día de viaje. Por fin luego de tres días llegamos al puerto de Barranqueras. Este era muy primitivo, pues solo tenía una triste planchada, alguna que otra casucha, poca gente y muy escaso movimiento. Esto se debía a que la colonia de Resistencia quedaba distante y comunicada por malos caminos, ya que en esa época los precios eran muy bajos y no compensaban los gastos. La población de la colonia se dedicaba a la siembra y recolección de tártago y maní, que es lo que compraba la única fábrica del Sr Rossi instalada cerca de allí. Demás está aclarar que el transporte era escaso.

En el puerto nos esperaban mi papá y mi hermano. Después de un cariñoso y prolongado abrazo de ambos, tomamos la volanta rumbo a casa, donde nos esperaban mamá y mis hermanas mayores, pues la abuelita había fallecido seis meses después de la llegada de Italia. Les puedo asegurar que fue enorme la satisfacción y la alegría que teníamos de vernos al fin reunidos todos después de tanto tiempo. Tranquilizados los

ánimos y siendo ya las 12 horas, nos sentamos a la mesa para almorzar felices y contentos. A su término brindamos en acto de agradecimiento al Todopoderoso por tan feliz reencuentro.

Al poco tiempo con la instalación de dos regimientos en la zona que demandaban muchos productos alimenticios, mejoraron los precios y se diversificó e incrementó con mi ayuda la producción agrícola y hortícola; siendo tan buenos los resultados obtenidos por nuestro esfuerzo que la familia ya pronosticaba o se hacía ilusiones de volver a la Patria.

Ello duró un par de años aproximadamente, pues como las cosas buenas duran poco, se produjo una revolución en Buenos Aires que derrocó al presidente de la República Juárez Celman, quien había subido al poder luego del General Roca del cual era yerno.

Todo el mundo sabe lo que trae una revolución. La moneda sufrió una enorme baja, se cerraron todos los bancos, se suprimieron todos los créditos debido a los abusos, desaparecieron las monedas provinciales, y se creó el banco único de la Nación cuyos créditos eran bien limitados y sobre bases bien sólidas. En fin, vino una decadencia general con su respectiva crisis. Nuestro proyecto era aguantar unos años buenos y luego volver a Italia, con dinero suficiente como para acomodarse bien allá. Pero todo salió al revés. Casi se abandonó esa idea cuando mi padre, pensando que yo tendría que hacer el servicio militar en Italia me propuso si quería ir. Dijo que podía hacerlo y que mientras, si mejoraban aquí las cosas, al terminar el servicio nos encontraríamos todos allá. En esos días recibimos una carta de la hermana que quedó en Italia, donde me comunicaba que si no iba y no me salvaba por el sorteo, me declararían desertor y no podría volver libremente a mi patria.

Reunidos todos los familiares para tratar este asunto, se resolvió que fuera a cumplir con la patria y que si las cosas aquí no mejoraban todos volverían. Como me había manifestado an-

teriormente mi padre, yo era libre de hacer lo que más me conviniera. Y en vista de lo resuelto en el consejo familiar, qué más quería yo a los 20 años que volver a la patria; ya que no era contrario al servicio militar.

Así quedó resuelta mi ida hacia fines de 1891, pues debía presentarme en los primeros meses de 1892. Quiero dejar constancia que lo que más apenaba era precisamente tener que separarme nuevamente de mi querida madre. Las preocupaciones que tendría sobre alistarme los elementos necesarios para el viaje y mi lejanía allá en la península y haciendo de soldado. La alentaba diciéndole que estaría cerca de mi hermana.

Como el tiempo se me pasaba rápidamente entre preocupaciones y trabajos, decidí ponerme en campaña para conseguir el pasaporte, pasaje y demás documentos necesarios para viajar. Conseguidos éstos reservé pasaje en el vapor de Buenos Aires - Génova, que salía el 10 de enero de 1892. Y así fue que el 6 de ese mismo mes y año comencé a despedirme de los parientes y amigos, y el 7 por la mañana me armé de coraje y empecé a despedirme de los míos. Primero de mi madre, luego de mi padre y finalmente de mis hermanos, confundiéndonos con cada uno de ellos en un fuerte y prolongado abrazo y hasta pronto en Italia... y salí rumbo a Buenos Aires con el vapor desde Barranqueras, llegando a destino el día nueve. Aquí lo primero que hice fue visitar a la familia del señor Luis Pirán, quienes se pusieron contentos al verme y conocer los motivos de mi viaje para hacer el servicio militar. Me aconsejaron sacar carta de ciudadanía Argentina para no tener esa obligación en Italia, pero como yo iba decidido a hacerlo, cambié de conversación prometiéndoles volver antes de embarcarme, cosa que no hice para no complicarme la existencia. Al día siguiente a las dos de la tarde zarpábamos del puerto de Buenos Aires Rumbo a Génova y escalas.

EL VIAJE ABORDO HACIA ITALIA PARA CUMPLIR CON LA PATRIA

A última hora debió suspenderse la salida del barco debido a la bravura del Río de la Plata, como consecuencia de un fuerte temporal. Partimos recién al día siguiente a las 16 horas del 11 de enero, día ventoso y soleado. A marcha lenta hasta salir de Puerto Madero, traspuesto el cual nos hallamos frente a un bravísimo mar que convirtió al tremendo vapor en un muñeco a merced de las olas. Eran tan grandes éstas que nadie podía estar parado en cubierta. Tan es así que todos los pasajeros tuvimos que acostarnos sin cenar debido a la fuerte descompostura del estómago que nos tomó. Al bajar de mi cama como a las nueve de la mañana siguiente mis piernas no me querían sostener debido a la debilidad provocada por los vómitos que me duraron toda la noche. Pasé al comedor para tomar un fernet tratando de aliviar mi estómago pero fue inútil y tuve que refugiarme rápidamente en un baño contiguo. No solamente a mí me había afectado la marea; todos los que viajábamos incluso el médico de abordó sufría sus efectos. Por la cubierta no se podía transitar debido a la gente echada sobre el piso, cubierta de los productos de la descompostura del pasaje y cuyos olores aumentaban la causa de los vómitos.

La infernal tormenta duró hasta llegar a Río de Janeiro, Brasil. Les garantizo que no podía aguantar más. Me pasé esos cuatro días tomando nada más que café negro. Por suerte el vapor se detuvo dos días para cargar carbón; tuvimos tiempo para reponernos así como para que pasara el temporal. Zarpando de allí por la madrugada, el mar estaba tan tranquilo en la bahía brasileña que parecía un libro abierto, prosiguiendo nuestro itinerario con toda felicidad. En la cubierta trabajaba un buen carpintero y como simpatizaba con esos trabajos, pasaba varias horas del día ayudando en lo que podía, pasándoseme los días entretenidos y haciéndoseme el viaje más breve.

Al día siguiente de partir de Río de Janeiro un joven que subió al barco en ese puerto, me preguntó si era Marpegán. Le conteste sí, y como se dio cuenta que no lo reconocía, me dijo que era Gamberlín; que si no me acordaba de las cachetadas que le daba en los recreos del colegio de Merlara, mi pueblo natal, recordando rápidamente que pertenecía a una de las familias amigas de allá. Había viajado para radicarse en Brasil el año anterior y como no se adaptaba se volvía a su casa. Este encuentro fue para ambos una gran satisfacción y alegría. Desde ese momento hasta la llegada a destino estuvimos juntos como si fuéramos hermanos. Así el viaje nos resultó corto y entretenido, acompañándonos hasta nuestras casas en el pueblo. Él se dirigiría a la casa de sus padres y yo a la casa de Elisa mi hermana mayor casada. En aquella época los pobladores de los pueblos italianos eran casi todos parientes o considerados como tales debido al largo tiempo de convivencia que hacía que se conocieran tanto que llegaban a tener afecto recíproco. Tanto que se ponían celosos cuando una señorita se casaba con uno de otro pueblo. Casi podría afirmar que la población de Italia era una sola familia. En cambio qué diferencia existía en los pueblos nuevos de América con la enorme mezcla de razas y nacionalidades.

No pueden imaginar cuán grande fue mi alegría al llegar a la casa de mi hermana luego de ocho años de ausencia. Felizmente ella, el esposo y sus tres hijos estaban muy contentos esperándome. Con ellos pasé más de dos meses, al cabo de los cuales debí presentarme al distrito militar para la revisión e incorporación. Mientras, tuve la oportunidad de conocer mejor el pueblo y su gente, con más criterio que a los 13 años cuando me ausenté. Me pareció a primera vista como si hubiera empobrecido, los colonos y trabajadores estaban como sumisos y ganando apenas para su triste alimentación y sujetos a los compromisos contraídos con los terratenientes, que en resumidas cuentas quedaban con la mayor parte de las variadas producciones. Y a pesar de ello, seguían trabajando como condenados o esclavos de sus amos.

Al ver y constatar esto pensaba, estos son como los bueyes mansos que no conocen sus fuerzas y su capacidad. Habían aumentado solamente los habitantes, por cuanto el aspecto era peor que antes. Sólo reinaba la tranquilidad y el amor al trabajo, que los hacía vivir tranquilos como siempre amando a su pueblo por considerarlo uno de los mejores del mundo. Claro que ello ocurría en el año 1892.

MI INCORPORACIÓN A LA MILICIA

El día primero de marzo debía presentarme al distrito militar de la provincia de Pádova, como dije anteriormente para revisión e incorporación. Nos juntamos ese día unos veinte muchachos del pueblo que teníamos la misma obligación y salimos rumbo al distrito. Llegados a éste y mientras nos hallábamos en una sala vestidos como al nacer, donde se encontraban varios médicos revisando, pasó un Coronel de carabineros el que mirándome fijamente me preguntó si quería ser carabinero. Confuso y asustado por la pregunta, conteste que sí. Tal vez sin pensar lo que decía. De inmediato me hicieron pasar a revisión médica de la que resulté apto de primera categoría. El coronel me manifestó entonces que iba a ser carabinero y dieron por terminado mi examen.

Salí a un patio y junto a otros del pueblo comenzamos a preguntar el destino de cada uno. Cuando les dije el mío de carabinero, me dijeron que fui un bárbaro en aceptar, pues eso me significaban cinco años de servicio. Con esto me amargaron la vida y como ya estaba anotado no tenía más remedio que aguantar el papelón.

Desde ese mismo día comenzaron a vestirnos y a enviar a cada cual a su destino. En un par de días casi todos habían

marchado, quedando solo unos cincuenta. Éramos todos destinados a carabineros. Yo andaba con una bronca de los mil demonios y no sabía cómo remediar mi error. A nosotros nos demoraron porque esperaban la contestación del síndico del pueblo con respecto a nuestra conducta, pues si esta no era buena, no podríamos ser carabineros.

Así pasamos varios días esperando. El coronel día por medio nos daba una lección de honradez y moralidad, hasta que un día después de la charla preguntó si había alguno que se hubiera arrepentido del destino elegido. Si era así, que diera un paso al frente. Lo hice ipso facto, y me preguntó porqué no quería ser carabiniere. Le contesté que al enterarse mi madre de mi destino había llorado amargamente y había manifestado que ella me necesitaba tanto como el gobierno. Luego de varias observaciones e indicaciones de la buena vida que se pasa allí y demás, volvió a preguntar si sostenía mi pedido. Contestándole yo que no quería darle a mi madre tal disgusto, siendo que ella necesitaba de mi ayuda. Con ello quedó conforme y me mandó de nuevo a la oficina para que me cambiaran de destino. De un salto estuve allí, donde me retaron. Pero conseguí que me cambiaran al segundo regimiento de granaderos. Al día siguiente me dieron mi equipaje y vestuario de granadero más los pasajes de Pádova a Fogga, donde se encontraba la guarnición.

Al otro día tomaba el tren con ese destino, pernoctando en Ancona, llegando a destino por la tarde. Fui asignado a la 12 Compañía del 2° Regimiento dei Granatieri de Cerdeña (Brigada Cerdeña).

Dejo constancia que otro soldado después que yo también pidió al coronel cambio de destino pero no tuvo igual suerte.

El 15 de marzo de 1892 fui incorporado al 2° Regimiento de Granaderos 12da Compañía del Tercer Batallón de la guarnición en la provincia de Fogga.

Las autoridades de la compañía y del regimiento al tener

conocimiento de que había vuelto de la República Argentina exclusivamente para hacer el servicio militar, me felicitaron diciendo que con ello demostraba ser un patriota italiano.

Rápidamente me adapté a la vida militar y por mis cualidades físicas y buen comportamiento gané la confianza y el aprecio de mis superiores y camaradas.

Luego de tres meses de instrucciones exclusivamente militares rendimos un importante examen de competencia resultando mi compañía la que obtuvo el primer puesto. Con esto obtuve mi primera alabanza, pues el capitán en presencia de toda la compañía manifestó que gran parte del éxito obtenido lo debían a la buena y eficaz actividad del conscripto instructor Marpegán Humberto, al que como mérito a la capacidad demostrada, el jefe de la compañía proponía el ascenso a Caporale (cabo). Dicha propuesta y el resultado de la competencia fueron publicitados en el Orden del Día del Regimiento cuyo jefe, el coronel, me hizo comparecer a su despacho para felicitarme como patriota y como buen soldado.

Esto me llenó de satisfacción al mismo tiempo que me sirvió de gran estímulo para continuar con mis actividades del servicio militar. Fui desarmado y nombrado aspirante a cabo para lo cual tenía que estudiar. Por lo tanto fui relevado de otros servicios.

El pelotón de aspirante a cabo después de tres meses de estudios teóricos debía rendir exámenes de competencia, luego de los cuales si había aprobado sería nombrado para el cargo de acuerdo a una orden de mérito. Al día siguiente se publicarían en la Orden del Día del Regimiento la lista de los ascendidos con el lugar que a cada uno le correspondería.

Al entrar el capitán de mi compañía al cuartel requería mi presencia. Avisado por un soldado corriendo, me cuadro frente al mismo quien me dice: *“ Il mmo caporale Marpegán; e per la mia compagnía un onore que il nostro aspirante a caporale sia ucito il*

primo di tuti il Regimiento. Io ringrazio e felicito per il tuo buon mérito e il propongo para il corso di aspiranti a Caporale Mayore”.

Dos días después se publica en la Orden del Día la lista de los aspirantes a caporale mayor. Mi nombre encabezaba esa lista. Pueden imaginar la enorme satisfacción que sentí, ya que había obtenido el mayor puntaje.

El cabo era la primera jerarquía de la tropa de línea, mientras que el caporale mayor está a cargo de un pelotón, cumpliendo la mayoría de las veces funciones de sargento. Acepté gustoso hacer este nuevo curso para mi espíritu militarista y por gustarme el orden y la disciplina en todos los órdenes de la vida.

De nuevo volví al estudio con más cariño y entusiasmo que antes, sabiendo que las obligaciones y responsabilidades serían aún mayores que hasta ese momento. Además ya desempeñaba el primer grado de la jerarquía militar y debía seguir estudiando y practicando con más ahínco si quería llegar al triunfo que aspiraba en el servicio militar. Sobre todo para mí, que me había costado desde la República Argentina para cumplirlo.

A los sesenta días justo de preparación física y estudio tuvimos los exámenes de competencia, obteniendo un resultado general óptimo. En cambio de alabanza me ascendieron al grado de Caporale Mayore con la facultad de ejercitar las veces de sargento para todos los servicios durante todo el período que me quedaba cumplir, el que alcanzó a treinta meses justo.

LA IMPORTANCIA DEL SERVICIO MILITAR

(Para ilustración de mis nietos)

Me permito darles algunos detalles de la importancia que representa para todo ciudadano el cumplir como corresponde con el servicio militar.

Las naciones se sacrifican para tener un buen ejército para su legítima defensa. Para que responda como es debido hay que empezar por educarlos, enseñándoles en primer término a ser correctos, obedientes y disciplinados. Respetuosos con los superiores a quienes deberán la más completa obediencia. Deben tratar de ser aplicados y aprender todo lo que se les enseña, así como ser buen camarada con los compañeros. Tratar de conocer bien el arma y su manejo, para obtener el mejor resultado cuando se la necesite. De esta manera se logra un ejército de primera categoría, lo que es indispensable para la buena defensa en caso necesario, convencido que al defender la Patria, no se hace otra cosa que defender a la misma madre.

MI NOMBRAMIENTO DE CABO 1° CON FACULTADES DE SARGENTO

A los pocos días del examen se me nombraba cabo 1° de mi compañía. Al hacerme cargo de mi nuevo grado, me di cuenta de la responsabilidad que a partir de ese instante asumía. Pero como contaba con mayor capacidad adquirida durante el curso realizado, no tuve gran problema en trabajos prácticos ni en las instrucciones teóricas para manejar un pelotón de cincuenta hombres. Tenía siempre a mis espaldas el oficial de servicio. Con ello, pueden darse perfecta cuenta que no podía hacer papelones. Para ello hay que desplegar energía y estudiar. Esto no me preocupaba, pues había aprendido y conocía perfectamente todas mis obligaciones. Era para mí un orgullo contar con el mayor aprecio y confianza de mis superiores y por otra parte con la estima de todos los soldados y cabos de mi compañía.

Los dos regimientos de granaderos formaban la brigada Cerdeña, y como tal les correspondía retirar los conscriptos de dicha isla y llevarlos a su destino en el continente, vestirlos y equiparlos en el depósito del distrito militar de esa zona.

Durante el segundo y tercer año de mi trabajo y ya como caporale mayor, fui destinado para ese trabajo. Era un cargo

especial para el que nombraban personal elegido por su capacidad y corrección. El primer año, después de prepararlos y equiparlos, tuve que conducir ochenta hombres conscriptos de Cagliari a un regimiento de infantería en Milano. El sargento de la compañía hizo otro tanto con sesenta soldados que llevó a Zeche, Calabria. A mí me ha venido muy bien este cargo, porque me ha permitido conocer Italia de un extremo al otro, inclusive Roma y el Vaticano. La isla de Cerdeña la crucé en ferrocarril de una punta a la otra. La componen dos grandes provincias. En el primer viaje partimos del puerto de Civita Vecchia para llegar al golfo y puerto de Aranchi. De allí en tren un día entero por la isla en trayecto montañoso y a media costa, con hermosos paisajes de montaña hasta llegar a Cagliari, que ya era una hermosa ciudad serrana. La capital de la otra provincia es la ciudad Sassari; un poco más chica que la anterior, aunque también pintoresca. Los habitantes de esta zona eran atrasados y de baja estatura, aunque una vez instruidos resultaban ser buenos soldados, sumisos, corajudos y correctos.

Recibíamos los conscriptos en el distrito militar y los llevábamos a los depósitos para entregarle a cada uno su equipo incluso un fusil. Mientras se los alistaba se les iba dando una instrucción a fin de que aprendieran siquiera a marcar el paso y marchar en columna, como para no hacer papelones a la entrega en los respectivos regimientos del continente.

Estos viajes duraban unos dos meses cada año. Con ellos alternaba un poco la continua actividad del cuartel y su rigurosa instrucción de los nuevos reclutas recientemente incorporados. Terminada esta comisión del servicio especial podía uno, si lo deseaba, hacer uso de 18 días de licencia como premio al deber cumplido.

MI SOLICITUD PARA IR A COMBATIR AL ÁFRICA

En aquella época el ejército italiano estaba combatiendo por la conquista de Abisinia, África. Allí mandaban solamente a los voluntarios y como había tantos pedidos no me llegó mi turno. Al año siguiente debía renovar el pedido, pero como me faltaban ocho meses para ser licenciado, preferí no hacerlo. Yo me había entusiasmado en conocer aquella parte del mundo, aunque sería poco lo por ver y disfrutar. Pero no podría hacerlo si deseaba vengar a un coronel italiano y quinientos soldados que habiendo acampado en su expedición en un valle entre Dogalí y Snati, fueron sorprendidos y masacrados durante la noche por una muchedumbre de Africanos que bajaron desde las altas sierras, utilizando incluso las mismas piedras de las montañas. De todos ellos se salvaron dos o tres con heridas que quedaron entre el montón de soldados muertos. Fueron recogidos por un refuerzo que acudió al día siguiente. Uno de ellos, un teniente, pudo contarnos que aquello fue una lucha indescriptible. Era un fuego vivo que los circundaba y casi al final de la lucha había un solo soldado que se defendía como un león; con la bayoneta calada porque se le habían terminado las municiones y ya desesperado por el número de atacantes, tomó el fusil por el

caño y comenzó a girar alrededor suyo con tal velocidad y fuerza que a cada vuelta caía un negro como fulminado. Se oía crujir los huesos y unos continuos lamentos terribles. Dice se había formado a su alrededor una rueda de cadáveres y que al final atacado por un grupo de negros rodó por el suelo, no pudiendo el teniente desde su posición ver el final de tan valeroso soldado. Luego de este triste relato me quedé más satisfecho de no haber renovado mi pedido.

Mi vida militar seguiría normalmente disfrutando del buen trato de mis superiores y del afecto y simpatía conquistados entre mis camaradas y soldados. Más tarde le tocó a mi compañía turno para vigilar una gran cárcel de un pueblo cercano. La comuna del lugar pagaba diez céntimos diarios a cada soldado como sobresueldo por dicho servicio.

Allí pasábamos la vida mejor que los burgueses. El capitán y dos tenientes la pasaban muy bien entretenidos en Nápoles. Los soldados y yo lo mismo, aunque siempre dentro de la corrección y la tranquilidad pues era el responsable del buen servicio. En muchas ocasiones la compañía quedaba enteramente a mi cargo en todos los aspectos: vigilancia, instrucción y establecimientos.

Sin embargo todo marchaba en orden y a tiempo, gracias al aprecio y rectitud inculcada a mis soldados que colaboraron siempre con esmero, aliviándome de tantas preocupaciones.

Como estábamos en destacamento de compañía, nos proveíamos de vituallas particulares. Así fue que el carnicero me ofrecía plata para que le permitiera hacer trampas. Le paré el carro de entrada no accediendo a ninguna componenda.

El panadero me daba mucha conversación y me convidaba con Vermouth. Esto me daba lugar a sospechar que algo raro había en su cortesía exagerada, tanto que un día de vuelta, pesé un pan en un almacén y faltaban 200 gramos para el kilogramo. Al día siguiente me quedé a esperarlo. Me parecieron los panes

más chicos y se lo advertí. Sosteniendo que no.

Volvió a pesar dos o tres. Todos daban el peso exacto. De nuevo llevé, esta vez para estar más seguro, dos panes a pesar a la farmacia y comprobé que a cada uno le faltaban 200 gramos. Entonces pensé que la trampa debía estar en la balanza. Efectivamente al día siguiente fui temprano al negocio, y mientras él se dirigió con el canasto a la cuadra (interior de la panadería) en busca de pan, levanté el plato de la balanza comprobando que debajo del mismo había una placa de plomo de 200 gramos que era justamente lo que le faltaba a cada pan. El panadero al verme hacer eso casi se desmaya. Me llevó adentro pidiéndome perdón y ofreciéndome la plata que quisiera; contestándole que a mi no se me compraba con plata, sino con un justo proceder. Le dije que por esta vez lo perdonaba, pero que se cuidara bien en adelante. Por poco no me besa de contento, jurándome fiel cumplimiento en lo sucesivo. Aclarándome que lo hacía porque otros se lo habían pedido a cambio de una recompensa, yo le dije: *“Muy mal hecho amigo, por cuanto usted protege a los pícaros, sin darse cuenta que podía haber tenido que pagar las consecuencias de tal actitud”*. Me aseguró que no lo volvería a hacer.

Les relataré a renglón seguido otra anécdota. Poco tiempo luego de pasada la anterior, volví con la compañía a la sede del regimiento en Foggia, pues habíamos sido sustituidos por otra compañía en el destacamento. Le tocó el turno de encargado de cocina de la tropa del regimiento, bajo la vigilancia del oficial de guardia del cuartel, al otro cabo 1° de la compañía. Era yo ayudante mayor del coronel, un teniente de mi misma provincia y como tal gozaba de su aprecio y confianza. Habiéndole manifestado en conversaciones que no me gustaría ocupar el cargo de encargado de cocina del regimiento, ya que ese cargo dependía de él; pues no quería tener problemas de compromiso con el personal de las otras compañías. El encargado de cocina comenzó por entregar diariamente medio kilo de carne a un soldado de la banda de música. Éste la escondía en el depósito

donde guardaban los instrumentos. Otro soldado viendo la carne en el lugar dió la novedad al oficial de guardia. Éste fue a inspeccionar el lugar hallándose con el cuerpo del delito. El soldado de la banda responsable le manifestó que se la vendía el cabo 1° encargado de la cocina. El oficial dio cuenta de ello a la jefatura del cuerpo, la que arrestó a ambos y condenó el tribunal a cumplir luego de terminado su servicio un año más en la compañía de disciplinas. Lo que da la pauta de con qué rigor se castigaban entonces las faltas disciplinarias.

En cambio a mí me nombraron encargado de vigilar los soldados aspirantes a músicos. Con ellos salía tres veces por semana de tarde hacia las orillas de la ciudad, para no ser molestado ni molestar mientras ellos tocaban unas tres horas. Yo me las pasaba visitando a los vecinos que me invitaban con frutas y vino.

Al otro cabo 1° condenado a un año más solo le faltaban tres meses para salir licenciado. Era toscano y vivía en Pisa con sus padres. El padre al enterarse que yo pasaría por esa ciudad conduciendo los soldados licenciados hacia Milán, me esperó en la estación ferroviaria para tener noticias de su hijo y de lo que había ocurrido. Traté de no alarmarlo diciéndole que eran cosas sin mayor importancia, que ya volvería. Este pobre padre lloraba amargadamente la falta de su hijo.

Quise relatar estos dos hechos verídicos, para que se dé cuenta el lector cuanto vale la honradez, el respeto por lo ajeno y la conciencia pura y limpia de manchas ruines.

ACAMPAMENTO Y TIRO DE COMBATE

Fue durante el otoño de mi primer año de servicio. En los primeros días del mes de agosto salieron de su sede los dos regimientos para hacer las maniobras y como me encontraba en la enfermería afectado de malaria no pude acompañar a los demás; demorando unos doce días en dárseme de alta. Conseguida ésta, el día siguiente preparé mi equipaje para ir a juntarme con el resto de la tropa que se hallaba acampada a unos ochenta kilómetros de distancia. Viajaron conmigo un cabo y cuatro soldados que también debían presentarse en sus respectivas unidades. Tomamos el tren por un trecho, mas luego tuvimos que caminar cincuenta kilómetros que eran por los que se habían desplazado las tropas en sus movimientos del ejercicio de combate de campo móvil. Así fue que al bajar del tren enfilamos el camino de las sierras llegando a las diez de la noche cansados, transpirados y muertos de sed a una población. Hallamos a la entrada del mismo un puesto de carabineros, los que nos facilitaron alojamiento. Luego de habernos calmado la sed con rica agua fresca que brotaba de un manantial, a mí como jefe del pequeño grupo se me dió una cama.

Me acosté tapándome con tres mantas y mi capote, pues debía secarme a fuerza de calor. Así que al poco tiempo de

acostado mi cama despedía vapor como si me estuviese quemando. Entre lo cansado que me hallaba por la marcha y el sueño que tenía, recién desperté a las siete de la mañana. Nos levantamos y tomamos medio litro de grapa para reponernos y poder continuar la marcha. Durante ésta íbamos comiendo algo, hasta que por fin a eso de las once llegamos al campamento de mi regimiento. Justo en ese preciso momento los soldados se disponían a comer, así que llegamos a buena hora. Por la tarde di cuenta a la Mayoría de nuestra llegada, mandándonos a cada uno a su respectiva compañía, con dos días de descanso.

Al tercer día, a las tres de la mañana tocó diana. Después de quince minutos el regimiento ya listo se puso en marcha. El otro regimiento lo había hecho la tarde anterior para tomar posiciones estratégicas, pues nosotros debíamos atacarlos. Calculen que debíamos venir por una ladera y bajar por una montaña, echarse y arrastrarse por el suelo, adelantarse corriendo a toda carrera y continuar con el tiroteo, con la mochila a la espalda y el fusil, que con el resto del equipo pesaban unos veinte kilos. Este trajín duraba hasta las 12 o 1 del día en que terminábamos todos cansados y muertos de sed y hambre. Al día siguiente y para ir más aliviado dejé en la carpa casi toda la ropa. Me cargué solamente las municiones y las cartucheras, sintiéndome así mucho más cómodo esperando que no me faltaran energías, pues deben recordar que habíamos llegado a pie luego de muchos kilómetros y en plena convalecencia, como para aguantar bien las fatigosas maniobras que me hacían sentir bastante mal. Tan es así que al tercer día volví a mi carpa extenuado y febril. Me higienicé lo mejor que pude e hice llamar al enfermero que constató que tenía fiebre elevada. Llamó al médico que vino, me revisó y me envió a la enfermería recetándome medio vaso de una toma con quinina.

La enfermería era una pequeña iglesia del pueblito. Me ubicaron en una cama al lado del altar, del otro lado del cual había en un catre tapado con una sábana un soldado bersaglie-

re muerto. Pueden imaginar cual sería mi estado de ánimo. Menos mal que sabía cual era mi enfermedad. Además el campamento estaba ubicado a la costa del cementerio sobre su tapial, de manera que nos hallábamos entre los muertos y vivos y de cansados más muertos que vivos. Era realmente como para darnos coraje. De allí me llevaron a una enfermería cuatro hombres en una portantina. Al pasar a un pequeño hotel unos oficiales que allí se hallaban preguntaron a quien llevaban. Al responderles a Marpegán, de inmediato vinieron a verme con el coronel médico, un capitán y un teniente médicos. Después de una buena revisión diagnosticaron, dado mis antecedentes, fiebre malaria. Me recomendaron dieta para que se manifestara mejor mi dolencia. Claro que yo no tenía nada salvo cansancio, ya que todavía estaba convaleciente de mi ataque de malaria unos veinte días atrás. Al día siguiente me proporcionaron medio vaso de quinina, de lo que tomé casi nada, pues consideraba que de la malaria no me quedaba ya nada. Lo que tenía era gran debilidad.

Me revisaban todos los días dándome algún medicamento que no tomaba para no curar enseguida y tener que volver a maniobras. Pasé así cinco días y como estaba bien dudaba que no me mandasen. Al día siguiente al visitarme los médicos les manifesté que no había podido dormir del dolor de espalda y cintura. Me revisaron detenidamente, pues me quejaba de que me dolía. Me indicaron fricciones que tampoco me hacía sino a la mañana antes de la hora de visita médica. Por el olor que desprendían quedó justificado que cumplía con lo indicado. Así conseguí prolongar mi permanencia en la enfermería unos cinco días más, cuando ya estaba seguro que al darme el alta me mandarían a la sede del regimiento. Porque si bien me sentía bien tenía una sensación de debilidad. El médico les manifestó que me encontraba de alta con 15 días de convalecencia en el regimiento.

Fue así que el día siguiente salí de alta y me encaminé par-

te a pie y parte a ferrocarril directamente a Fogga. Allí encontré a algunos convalecientes. Pasamos quince días entretenidos jugando a las bochas casi todos los días varias horas, pues no podíamos salir del cuartel, donde había una cantina en la que no faltaba nada.

A los doce días de estar allí, llegó de vuelta el regimiento que había terminado las maniobras. Los muchachos venían todos rendidos de cansancio y quemados por el sol. En cambio nosotros estábamos descansados y fresquitos, quedándome a mí tres días de descanso.

Con el regreso de las tropas al cuartel se dieron por terminadas las maniobras del año 1892. Luego de tres días de descanso general y la limpieza de todas las dependencias del regimiento, empezamos con el servicio de guardias e instrucción en la plaza de armas, donde a menudo efectuábamos largas marchas para mantener en condiciones físicas a la tropa.

Un día de esos salimos a las 4 de la mañana y volvimos recién a la entrada del sol. Nos encontramos con una orden del coronel. La compañía debía salir de inmediato hacia un pueblito que pedía auxilio. Se trataba de un problema entre pueblos colindantes en cuyo límite común había una casillita que guardaba un santo, del que no recuerdo el nombre, pero sí que se llevó muchas maldiciones de parte de los agotados soldados. Según datos recogidos, el pueblo al que no le pertenecía el santo, lo pretendía y lo robó una noche armándose luego entre ambos una verdadera batalla campal con varios muertos. El coronel efectuó un sorteo, tocándole a mi compañía cargar la mochila al hombro y partir hacia la estación del ferrocarril por dos razones: la premura del auxilio y porque comenzaba a llover. Por tren iríamos solamente un trecho de varios kilómetros, para continuar a pie el resto pues era una zona de montañas no muy altas. Pero sí fue una marcha de un continuo subir y bajar, para peor bajo una continua garúa que con el capote y todo nos con-

virtió en verdaderos patos. El capitán con su pesada manta marchaba lentamente a la cabeza de la columna y yo como guía delantero debía marchar a la cabeza de la hilera de izquierda, siempre a la misma distancia de él. Otro tanto hacía la fila que marchaba a la derecha de la calle. Habíamos marchado unas dos horas y estábamos tan mojados que casi no podíamos continuar por el peso del equipo, ropas y calle mojadas. En ésta, a cada kilómetro más o menos encontrábamos montones de piedras chicas desparramadas. Sobre ellas cada tanto el capitán era el primero que se echaba a descansar un rato, haciendo nosotros lo mismo. Ya algo repuestos y para no enfriarnos continuábamos la marcha bajo la persistente garúa. Como a la una de la mañana los soldados pedían que el capitán ordenara hacer un alto para alimentarse abriendo la lata de carne conservada y un paquete de pan que llevábamos de reserva en la mochila; pues casi todos tenían hambre y sentían frío. El capitán consciente de la necesidad de alimentarnos para combatir el frío, ordenó hacerlo. Todos contentos nos pusimos en esa tarea, pero como el frío era bastante intenso, ordenó al poco tiempo continuar la marcha. Seguimos caminando y al rato empezaron a cantar una canción alegre que les ayudaba a borrar su tristeza y cansancio. Aún hoy después de tanto tiempo la tengo presente y me hace revivir a la Patria y bajo disciplina militar.

Como a las siete de la mañana llegamos al pueblo y la gente al vernos comenzó a gritar: "*A venuto i granatieri! Viva i granatieri!*".

El capitán ordenó alto frente a la iglesia, y como había dejado de llover, mochila a tierra. Entró en la iglesia para hablar con el cura regresando al rato ordenándonos que entráramos, tomáramos asiento y esperáramos órdenes. Mientras salió para entrevistar a las autoridades del pueblo para conseguir local y unos braseros grandes como para secar nuestras ropas. Tocándome primero salir a la calle con cuatro hombres con fusiles cargados y bayoneta calada, por cualquier cosa que pudiera pa-

sar, a sondear el ambiente de los habitantes aun caldeado por los hechos ocurridos recientemente. Eran montañeses muy pobres y bastante ignorantes pero muy sanguinarios; aunque nuestra sola presencia fue suficiente para tranquilizarlos y lograr que devolvieran el santo a su lugar, con la condición de que nadie en adelante podría tocarlo sin la autorización previa del gobierno.

Cinco días y vuelta la tranquilidad a la población, regresamos al cuartel contentos y felices del deber cumplido. Hay un dicho que dice: *“La vida del soldado es una vida santa, porque con un poco de esfuerzo come, canta y alegremente la pasa”*.

El soldado como tal necesita un buen grado de preparación a fin de constituirse en útil engranaje de la gran máquina, quizás la más importante del universo. Sobre todo en estos momentos que el mundo entero vive convulsionado. Creo que el soldado hoy hace más falta que nunca, por cuanto el mundo viene empeorando y parece que la humanidad hubiera perdido toda noción de confraternidad, de cariño recíproco, para dar lugar al odio, al egoísmo, a los vicios de todas clases. Hoy son más amantes del juego que del trabajo, por eso sobrevienen las crisis, con escasez de todo. Y con ello, las crisis mundiales serán cada vez más insoportables si no se cortan los males radicalmente.

Terminadas las grandes maniobras, los regimientos vuelven a sus cuarteles a disfrutar de una vida más tranquila y a reponer energías invertidas y en parte agotadas en la mayor parte del verano. En el invierno volvimos a ocupar los puestos que nos reclaman, guardias, instrucciones, comisiones y otros servicios, velando siempre por la seguridad del pueblo o de la patria.

De esta forma el tiempo pasó rápidamente. Llegamos a mediados de febrero, y nuevamente me llamaron para ir en comisión a la isla de Cerdeña para preparar y conducir a los

nuevos conscriptos a sus destinos. Yo encantado con mi segundo viaje a la isla. Este año me tocaba la provincia de Sassari. Debíamos partir unos 25 hombres entre oficiales, suboficiales y tropa. Luego de ocho días de preparativos, nos cita el coronel a su despacho y nos hace unas recomendaciones sobre la moral, honestidad y nuestro comportamiento y corrección. Nos dijo: *"Los grandes granaderos no solamente deben ser grandes en estatura sino en todo sentido y como soldados deben servir de ejemplo al pueblo"*. Deseándonos al despedirnos buen viaje y recomendándonos que siempre es preferible recibir un elogio a una reprimenda o castigo por una falta cometida.

Siempre tomé mis obligaciones del servicio militar con cariño, rectitud, esmero y voluntad, condiciones que me valieron el aprecio y consideración de mis superiores y camaradas; teniendo aquellos siempre en cuenta para servicios especiales donde era necesario demostrar aptitudes y voluntad de servicio a la patria. A ella, siempre cantaba en momentos de ocio, al igual que a mi madre.

Mientras se preparaban los conscriptos pasaron unos ocho o diez días. Los padres venían a pedir que se les diera permiso a los hijos para que salieran de noche y los fueran a visitar. Esto estaba prohibido. Sin embargo conseguí del oficial de mi compañía que los dejase, siempre y cuando lo hicieran conmigo y bajo mi responsabilidad. Esto a mí me convenía porque me servía de distracción y me proporcionaba buenas cenas gratis, como invitado de los familiares no me salía ni un solo céntimo. Por el contrario con mi política ellos pagaban y además me agradecían la gauchada y la buena compañía que les hacía. De manera que si bien perdía unas horas de sueño, en general salía ganando amigos al darles muchos datos sobre el buen servicio militar.

Una vez terminado de equiparlos e instruirlos lo suficiente y distribuidos en varios grupos, los suboficiales los conducirían

a los respectivos destinos. Tocándome esta vez conducir 60 hombres a un regimiento de Infantería de guarnición en la localidad de Seche, que se encuentra en la provincia de Calabria, propiamente en el taco que forma la bota del mapa de Italia.

Me pasé dos días más en prepararlos y enseñarles a marcar el paso, pues para mi no sabían ni caminar con zapatos. Mientras, me entregarían la documentación y pasajes correspondientes.

Al tercer día nos embarcaron a las 7 de la mañana en el puerto del golfo de Aranchi. A la noche llegamos al puerto de Cívita Vecchia. Allí pernoctamos en el distrito militar. Al día siguiente tomamos el tren que nos condujo a Roma, llegando a ésta a las ocho de la noche. Como debíamos continuar viaje recién luego de tres horas de espera, aproveché este tiempo para visitar el Vaticano con un cabo. Por ser de noche solamente pudimos ver una parte. Con todo quedamos muy satisfechos de haber visto gran parte de la Catedral de San Pedro, sus pinturas extraordinarias y su grandiosa cúpula con su monumental y rica construcción.

Salimos de allí y al poco de andar nos encontramos perdidos. Por suerte hallamos un soldado de la guarnición Roma, que gentilmente nos acompañó hasta la estación del ferrocarril. Doce minutos después embarcaba mi tropa, salimos rumbo a Bari-Brindisi. Arribamos a destino a la tarde siguiente. Conduje a 60 conscriptos al regimiento 58 de Infantería y los entregué a las autoridades sin novedad. Me concedieron 2 días de franco (descanso).

Como la ciudad era chica y no había mucho que ver y menos para divertirse, al día siguiente una vez descansados lo suficiente, salimos hacia la sede de nuestro regimiento en Fogga. Llegamos por la noche e hice entrega de la documentación correspondiente que traía de Cerdeña al comandante de mi compañía. Como todo estaba en orden me felicitó por la misión

cumplida y me dio ocho días de licencia.

Luego de repuesto del traje, casi todo ese tiempo lo empleé para estudiar y repasar la nomenclatura de las armas y hacer su limpieza general para que sirviera de ejemplo a los soldados de mi escuadra. También me dedicaba a repasar los reglamentos de tipo individual y colectivo, así como el código de Justicia y Penal, que me eran indispensables para poder desarrollar con suficiencia mis clases a los soldados.

Terminada la licencia me hice cargo de los nuevos conscriptos de mi compañía, la que duraba unos 90 días corridos de pura enseñanza militar. Al término del período de instrucción todos los hombres del regimiento deben rendir examen y aprobada su idoneidad recién pueden ejecutar tareas en los distintos servicios junto con los soldados antiguos; tareas que no podían realizar durante el período de instrucción. Luego de las instrucciones se hacían prácticas de tiro, tácticas de guerra, escala de distancias, alza de fusil, etc. En una palabra no hay un solo día en el año que no se tenga nada que hacer. Por eso era frecuente oír decir que *“en el bendito sábado nos ordenaban limpieza al detalle y el domingo revista de armamentos y equipos, así que ni la fiesta se respeta”*. Por otro lado es mejor porque así el tiempo se nos pasaba más rápido que estando ociosos y pensando en los años, meses, días y horas que aún nos faltaban para ser licenciados.

LAS GRANDES MANIOBRAS DEL SEGUNDO AÑO DE SERVICIO

Con lo que termino de manifestar en los párrafos que preceden, rápidamente se vino aproximando la época de las maniobras que según el programa oficial del gobierno debíamos hacer ese año. Consistían en “*La toma*” de Roma, episodio que había ocurrido en 1870. En ellas debían intervenir más de cuarenta mil hombres, divididos en dos grupos: celestes y colorados.

Unos 15 días antes, el teniente ayudante mayor del coronel, me hizo llamar y al presentarme me preguntó: ¿Cómo te sientes mi amigo Marpegán con las maniobras que ya tenemos encima? Le contesté: Usted sabe muy bien mi Teniente que yo siempre estoy listo para todo. Hoy tengo buena salud y voluntad no me falta. Y replicó: Para que estés mejor que el año pasado te voy a ubicar en un buen puesto. Fue así, pues que a los pocos días se publica en la orden del día del regimiento: “*El Caporale Mayore Humberto Marpegán será desarmado y pasará a prestar servicio durante la maniobra como encargado de vituallamiento del Estado Mayor*”.

El regimiento en marcha formaba una caravana de 25 carretas con toldo tirada cada una por dos caballos. Como en ca-

da compañía teníamos a nuestra orden dos, y en ellas debíamos levantar y llevar todos los alimentos necesarios para prepararlos así como el horno de campaña para cocinar el pan y las marmitas para la comida. Además se llevaba una tropilla de vacunos sueltos, que pastaban en el camino, para faenar diariamente los que hiciera falta.

Tenía a mi orden directa tres carretas en las que llevaba todos los equipos de los oficiales, batería de cocina, barriles de vino y anís, mesas, útiles y todo lo que requería mi compañía para un caso de guerra.

El grupo de los colorados, o sea la mitad de las fuerzas, eran nuestros enemigos y marchaban en otra dirección a unos kilómetros de distancia del nuestro, que ostentaba el color celeste. Aquel se puso en marcha a las tres de la mañana atravesando campos y sierras por caminos escabrosos, pues mientras los colorados debían defender el territorio romano, nosotros los celestes debíamos tratar de tomar la ciudad con nuestras tropas. Diariamente se entablaban encarnizados combates que duraban horas. La movilización de los colorados generalmente empezaba a las 2 o 3 de la mañana para tomar posiciones estratégicas defensivas, mientras nosotros lo hacíamos generalmente a las 5. Nos distribuíamos en posición de combate avanzando tratando de no ser vistos por el enemigo para sorprenderlo, y entablando la lucha que duraba hasta las 12 o 14 horas, hora a la que se suspendía hasta el día siguiente.

La misión del grupo de aprovisionamiento es muy importante pues es la encargada de mantener y proveer los alimentos y equipos personales, los animales, armas y municiones en perfectas condiciones de operatividad.

La columna diariamente avanzaba unos 10 o 12 kilómetros a través de los caminos reales o rutas buenas, formando una larga hilera de un kilómetro o más de longitud, dirigida por oficiales y por los graduados (suboficiales). La misma acampa-

ba en los lugares previstos por las autoridades en los planes de maniobras. De esta manera, todos los días teníamos que levantar y armar nuevamente el campamento sin descuidar ningún detalle, y tener listo el almuerzo para la hora de la comida. Eso indicaba que había continuo trajín en el campamento y que todo marchaba en orden y perfectamente sincronizado, gracias al personal adiestrado para ello. Al llegar a la tropa se le proporcionaba a cada soldado una taza de agua con anís para reanimarlos.

La columna en marcha generalmente ocupaba la mitad de la calle y la otra mitad se dejaba libre para uso público.

La verdad es que mi agradecimiento al Teniente Mayore será eterno, pues me había salvado de la penosa y pesada tarea del combatiente. Si bien es cierto que diariamente debía caminar unos buenos kilómetros al lado de mis carros, lo hacía en caminos limpios y despacio. Además me daba cierta maña, como en el segundo día antes de iniciar la marcha que hice cargar todo atrás como para que pudiera con mi peso equilibrar la carga y así en un descuido del oficial trepaba de un salto al carro viajando en él. A la cuarta mañana de hacerlo un oficial que hacía la ronda de vigilancia me ordenó bajar. Le manifesté que el soldado carretero poco práctico había cargado casi todo el peso en la parte trasera del carro, que sería peligroso que bajara. Me contestó: ¡No es cierto, baje! Lo hice de un salto y la carga casi levanta el caballo al aire. Ordenando; ¡Suba rápido!, y mañana enséñele a cargar al soldado. De esta forma me alivié de caminar dos o tres días más, pues los oficiales se turnaban diariamente en esa tarea. Mientras tanto fui pensando otras formas de aliviarme en las diarias marchas. Encargué al carretero que distribuyera la carga lo más largo posible de manera que quedara bastante espacio entre la carga y el toldo, como para poder meterme allí acostado. Esto me vino de perillas pues en un descuido del oficial de un salto me zambullía en ese espacio acostado, pudiendo así pasar varias horas de la mañana sin ser

molestado ni marchar, por lo tanto sin haber sufrido mayormente; además de tener el año a mi disposición y al que aproveché solo moderadamente por no ser vicioso, ni permitirlo nuestra actividad militar.

Prosiguiendo el relato de las encarnizadas luchas entre los dos bandos, les referiré que los colorados cedían terreno muy difícilmente. Tan es así que casi finalizadas las maniobras sólo habíamos conseguido hacerlos retroceder hasta la ciudad de Ancone, próxima a Roma. Para el término de las mismas, nos encontrábamos luchando tenazmente en la bendita ciudad de Aquila. Luego de 22 días de fuertes acciones bélicas, casi a las puertas de la gran ciudad de Roma, los celestes de mi regimiento no pudieron tomarla.

Se ordenó el alto del fuego y con ello la finalización de las grandes maniobras del año. De inmediato se les concedió a las tropas 6 días de descanso y limpieza general de todo, pues luego debía pasar revista a las tropas el Rey Victorio Manuele. Éste nos felicitó por el buen comportamiento, disciplina y grado de instrucción militar demostrados.

Al otro día volvimos a la sede del regimiento. Una vez allí me hizo llamar el coronel y me preguntó por segunda vez si deseaba quedarme y pedir mi incorporación a la escuela militar de oficiales, diciéndome: *“Ya sabes que todos te aprecian y puedes hacer buena carrera allí”*. Contestándole que si bien no despreciaba el ofrecimiento, por el momento no podía aceptar el mismo, pues mis padres y demás familiares me reclamaban que fuera a su lado, y que en la Argentina ya teníamos bienes adquiridos como para trabajar y pasar una buena vida trabajando más tranquila y pacíficamente. Dicho esto nos despedimos como buenos amigos; con el capitán y los tenientes nos confundimos en un cariñoso abrazo mientras me manifestaban que lamentaban perderme, dada la estima y aprecio que me habían tomado por mi buen comportamiento y la ayuda que les había

prestado durante mis tres años de servicios a la patria. Fue para mí una despedida de verdaderos hermanos que no olvidaré mientras viva, ya que ello, se sumaba a la emoción de haber recibido minutos antes las mejores notas del servicio militar, leídas por el coronel, junto al honroso ascenso a Sargento del Reggío Ejército Italiano; con lo que daba término a mi vida militar, para reintegrarme nuevamente al seno familiar en América.

Al salir de baja me dirigí a mi pueblo natal donde vivía mi hermana mayor Elisa, a la sazón joven aún y viuda de Belusso, con cuatro hijos: un varón y tres mujeres. Era la única de la familia que había quedado en Italia. Con ellos permanecí por espacio de casi dos meses mientras esperaba que desde el Chaco me remitieran los familiares dinero suficiente para el pasaje. Tanto mi hermana como el resto de la familia no deseaban que volviera a América, pero teniendo a mis padres allí y sin mayor porvenir en Italia, en cuanto recibí el giro resolví viajar. Por otra parte había dejado un capital regular en sociedad con mi hermano. Con la revolución del 90 las propiedades habían bajado enormemente, estaban en mi ausencia a precio bajísimo, lo que vino muy bien a mi padre que convino con mi hermano y mi cuñado José Bissón la compra de un lote de cien hectáreas, con la condición que a mi regreso me transferirían una tercera parte, lo que así se hizo. El terreno se hallaba casi sobre el límite de la planta urbana de Resistencia, hacia el noroeste de la misma. De esto tuve conocimiento por carta recibida con el giro para el viaje.

MI RETORNO AL SENO FAMILIAR EN AMÉRICA

Con alegría y tristeza al mismo tiempo, como ocurre en toda despedida de los seres queridos, con lágrimas en los ojos y un fraterno abrazo me despedía de mi hermana y sobrinos sin pensar que sería la última vez que los vería. Tomé el tren rumbo a Génova y allí el vapor. Luego de 25 días de navegación llegaba a Buenos Aires, para a los tres días embarcarme nuevamente allí rumbo a Barranqueras, puerto del Chaco, final de mi destino. Allí me esperaban mi hermano y mi cuñado Pedro Barbetti, casado durante mi ausencia con mi hermana Luisa, la menor de la familia de Don Luis Marpegán.

Durante el trayecto de Barranqueras a casa me habían informado de las novedades habidas, enterándome que mi padre hacía ya tiempo no estaba bien de salud. Esta triste noticia me vino a desconcertar toda la alegría y emoción de encontrarme de nuevo en el seno de la familia.

Al asomarme al lecho de mi padre nos abrazamos y lloramos juntos del placer de vernos y el dolor que embargaba nuestros espíritus por la mala y a la vez buena suerte de poder pasar por lo menos unos días juntos.

Fue precisamente así que al conocer bien la causa de su estado, me di cuenta que solamente por un milagro podía levantarse. Su estado se agravaba cada día más, y el médico que lo asistía no daba ninguna esperanza. Así fue que a los once días de mi llegada mi padre nos abandonó a todos para siempre. ¡Qué ingrata es la vida! Y no hay vuelta que dar. Después de once días de agonía nos dejó para siempre...

Los que más lo sentimos fuimos mi madre y yo. Ella por haber convivido durante tantos años, haber tenido siete hijos bien criados y ya todos casados menos yo, que recién volvía del servicio militar en Italia. No podía encontrar la paz para mi espíritu a pesar de tener la satisfacción de haber llegado a tiempo para siquiera acompañarlo y asistirlo en sus últimos días. Recordaba la lucha que habíamos tenido los primeros tres años, diez años atrás en 1885 los dos solitos. Las peripecias pasadas en Las Palmas con su frondosa selva, alimañas e indios, entre los que pasamos algunos días y a quienes tuvimos que vender algunas ropas para poder viajar a Corrientes en busca de mejor suerte. Nuestra ocupación en Resistencia con el Señor Pirán, la cochería de Corrientes, mi viaje a Buenos Aires, el reencuentro con mi madre, etc., etc. Todo pasaba por mi mente con velocidad vertiginosa.

Sólo el tiempo poco a poco iba aliviando las penas de mi corazón, para dar lugar a aprender otra lucha por la vida, puesto que ya contaba con 24 años cumplidos.

Con la ausencia de mi padre la familia quedó constituida por mi madre, mi hermano mayor casado y con dos hijos, y yo. Mis hermanas se habían casado. Mamá contaba por entonces con más de 70 años, y había luchado criándonos a todos con el mayor esmero y amor de esposa y madre cariñosa. Preocupada por el bienestar de todos los suyos siempre. Me di cuenta que necesitaba compañía y cierta ayuda, por lo que pensé que debía buscar una buena chica para que fuera mi fiel y cariñosa com-

pañera de toda la vida y a la vez compañera de mi madre los últimos años.

Luego de unos días de descanso y apaciguamiento por la muerte de mi padre, nos reunimos con mi hermano quien comenzó a rendirme cuentas de nuestra situación económica en la sociedad. Como ya no se pensaba en regresar a Italia, pues ya habíamos echado raíces en esta bendita tierra, resolvimos trabajarla con el mayor empeño para sacarle el mayor provecho posible dedicándonos por entero a la explotación intensiva.

En vista del estancamiento del capital le propuse comprar hacienda de cría, puesto que en aquella época en la zona había pocos animales y todo el campo era cubierto, menos las pocas hectáreas de chacras. De manera que los animales podían pastar en el nuestro en toda la región hasta las costas del Salado, hoy Colonia Sara. Así fue como a los pocos días pudimos comprar una tropa de 60 animales de un colono que abandonaba su chacra. Entre los animales existían toros, bueyes, novillos y vacas. La compra se produjo a razón de 18 pesos por cabeza, de un año para arriba, viniendo *"de arriba"*, los terneros chicos. Como había varias vacas con crías chicas aprovechamos para fabricar queso, el que se vendía a ochenta centavos el kilo. También fomentábamos la cría de aves para el consumo y venta de pollos y huevos.

Para el cuidado de la hacienda compramos dos caballos y dos monturas, y así fue que desde ese día me constituí en cuidador de hacienda, la que dió bastante trabajo para aquerenciara en nuestra casa los primeros días. Luego ya me daban cierto margen de tiempo lo que me permitía trabajar en la chacra y en la quinta con mi hermano y mi cuñado, preparando la tierra para la siembra de alfalfa para consumo y venta ya que tenían un buen precio por su escasez en la zona. También sembrábamos maíz.

En cuanto tuvimos suficiente producción de ambas conse-

guí la concesión para proveer de forrajes a la policía para la caballada. Ello nos dejaba buena utilidad. Esto se hizo varios años en la gobernación del Coronel Luzuriaga, el que duró su mandato tres períodos, siendo uno de los mejores gobernadores de la época.

Luego con la llegada de dos batallones del ejército, los soldados y sus familiares consumían todo lo que se producía y más, dando así más movimiento al comercio y estimulando la producción con sus compras.

Por entonces el Sr Juan M. Rossi compró a Carlos Baggo la casa, el terreno y la pequeña fábrica de azúcar que tenía en la Liguria, convirtiéndola en poco tiempo en fábrica de aceite de maní y ricino, proveyéndose de la materia prima en la zona de los colonos mediante magros contratos. Abonaba el irrisorio precio de 70 pesos la tonelada de semilla de tártago y 40 la de maní, pero al entregarles siempre reducía el precio en un 20% aduciendo cualquier causa, humedad, suciedad, etc.

A mí personalmente me tocó llevar de vuelta a casa una carrada de maní porque tenía algo de polvo de tierra o bien entregarlo con un 30% de descuento. No acepté y preferí lavarlo con un canasto en la laguna y llevárselo limpiito. Era un tipo muy vivo, astuto y mezquino, pues además nos retenía el 2% para la futura Iglesia que nunca se vio porque él murió al poco tiempo.

Lo cierto es que entonces todo lo que se producía era muy barato, como también lo que se compraba. Esto permitía con sacrificio un progreso lento, hasta la llegada del ferrocarril. Trajo un mejoramiento del transporte y comunicación, estimulando en gran forma la producción, el comercio y el progreso de Resistencia.

Con mi constante dedicación al cuidado de la hacienda, ésta iba progresando rápidamente. Todas las tardes iba al campo para vigilar y juntarlas en rodeo donde acostumbraban pasar la

noche. Cuando más trabajo daban era en la primavera en la época de la parición debido a los cuidados que requieren los terneros recién nacidos. Había que llevarlos a la casa para su mejor atención y ordeño de la vaca recién parida, evitándoles las frecuentes abichaduras. Esto significaba que para mí no había ni domingos ni feriados, pues los animales y la chacra no entienden de esto. Muchas veces mientras vigilaba los animales que pastaban, me quedaba a descansar bajo un árbol, en su fresca sombra bienhechora. En una de esas oportunidades me tiré bajo uno grande y viejo, seguramente centenario, planta de algarrobo. Su tronco estaba casi quemado a su alrededor a flor de tierra, causa por la cual se hallaba semi seco. Observé que se sostenía con sus tres ramas entrelazadas con las de un grueso y vigoroso brote del mismo tronco, lo que me hizo imaginar a un padre viejo, decadente, casi moribundo extendiendo los brazos para que los vigorosos y robustos de su hijo lo sostuvieran y pudiera seguir viviendo...

Fue tan grande la impresión que de inmediato lo comparé con tantos cuadros humanos semejantes. Cada vez que pasaba por ese lugar encontraba este cuadro más justo, hermoso e interesante que la naturaleza me presentaba a la vista y me hacía pensar en un pobre de edad avanzada, desamparado de todo recurso pidiendo auxilio a su hijo para gozar de su grata compañía, antes que la nefasta guadaña lo derrumbara para siempre y el tiempo o el fuego lo convirtieran en cenizas. Veinte años después todo había desaparecido para siempre y con él mi cuadro imaginativo.

Nuestra vida de trabajo duro e incesante nos deparaba cierto progreso económico. En una oportunidad me ofrecieron en venta una casa antigua en esquina, que rentaba 60 pesos mensuales. Me pareció un excelente negocio por su espléndida ubicación. El problema era convencer a mi hermano, pues sostenía que era peligroso. Le manifesté que el peligro había pasado, que Resistencia ya comenzaba a tener vida propia y que su

rápido progreso la convertiría en la capital del Chaco.

Luego de ocho días de cavilaciones consintió la compra. La operación se hizo por la suma de 4000 pesos, lo que significaba que rentaba un 7%. Como el terreno era amplio comenzamos a edificar un poco cada año ampliando cada vez más las comodidades y por supuesto las rentas, que llegaron a 600 pesos mensuales de alquiler a un almacén de ramos generales, la "*Casas Fecchio*" que aún existe en la actualidad.

Por un amigo, Don José Aucar, me enteré a los pocos años que se vendía un terreno lindero de 25x50 metros. De inmediato fui a Corrientes y lo adquirí en la suma de 3000 pesos al contado. Con ello nuestra propiedad tenía ahora 50x50 metros, en una de las mejores esquinas de la ciudad de Resistencia, a una cuadra de la plaza principal y sobre la Avenida 25 de mayo, hoy gran acceso norte de la Capital del Chaco.

Con esta operación producto del esfuerzo realizado en la chacra, la quinta y la hacienda que ya había llegado a más de 500 cabezas de vacunos, sus ventas y la de los productos de la chacra, nos habían dejado una buena utilidad. Todas las operaciones de la sociedad corrían por mi cuenta, vale decir estaban bajo mi responsabilidad directa pues mi hermano se ocupaba del trabajo de la chacra, la administración y caja. Así transcurrieron más de dos años y viendo que nuestro porvenir estaba casi asegurado, pensé que debía y creí llegada la hora de contraer matrimonio con la señorita que mi corazón había elegido para ello: Virginia Mauro, hija como yo de una familia de colonos honesta y laboriosa, venida de Italia.

MI CASAMIENTO

Comenté a mi madre y a mi hermano del proyecto de casamiento con mi novia, a quien conocían y apreciaban. Muy contentos aprobaron mi resolución y acordamos que seguiríamos viviendo todos juntos en la casa paterna, lo que redundaría en mayores atenciones a mi madre y un mayor beneficio a la sociedad.

Esa misma noche visité a mi novia y reunidos con sus padres les manifesté el deseo de casarme a la brevedad. Todos asintieron, y como teníamos ya casi todo preparado, se estableció que dentro del mes nos casaríamos.

Rápidamente se terminaron los preparativos y en el día indicado se llevó a cabo mi boda con la señorita Virginia Mauro, en Resistencia, Chaco, con la mayor intimidad familiar y sencillez. Estuvieron sus familiares y los míos como padrinos, realizándose ambas ceremonias el mismo día con escasas horas de diferencia. Finalizada la ceremonia religiosa, al atardecer se reunieron en la casa los familiares de ambas ramas y algunos íntimos amigos invitados especialmente, con los que se brindó varias veces, hasta que aproximadamente a las 24 horas nos despedimos cada uno hacia su guarida sin bombos ni platillos pero con mucha felicidad.

Nuestra luna de miel duró tan solo de sábado a lunes siguientes, sin embargo, fue más que suficiente para encontrarnos con la verdadera felicidad matrimonial, revelada posteriormente en la buena crianza y educación de los hijos que Dios nos mandó.

A los seis meses de casado me ofrecieron en venta un campo de 400 hectáreas o sea 4 lotes de 100 hectáreas, cada una de 500 pesos. Teniendo en cuenta que nuestra hacienda había aumentado en cantidad y se hacía más difícil su cuidado en campo abierto ya que cada vez se alambraba más, y resultando tan baratos, aprovechamos la oportunidad antes de que fuera demasiado tarde.

EL CUIDADO Y EXPLOTACIÓN DE NUESTRO PROPIO CAMPO

Inmediatamente de comprado comenzamos a explotar el monte que había en el mismo, llegando en poco tiempo con la venta de durmientes, postes y leña a cubrir el costo abonado por el campo. Mientras cuidaba los animales, vigilaba y dirigía la explotación del monte. Una vez reunidos los postes necesarios y el alambre, cercamos nuestro campo, disminuyendo con ello el cuidado casi permanente de los animales. Hicimos pozos para surtir de agua a las casas e instalamos bebederos para la hacienda en época de sequía.

Un sábado por la tarde, cuando regresábamos con mi hermano y un vecino que había comprado dos lotes contiguos de haber practicado la mensura para poner los alambrados, casi a la mitad del camino encontramos dos individuos sospechosos que al vernos se alejaron. Ya hacía tiempo que los veía merodeando por la hacienda de los vecinos. Les manifesté a mis compañeros que esos tipos debían ser cuatrerros, porque se apartaban para no ser reconocidos y que seguramente por la noche carnearían alguna vaquillona de las nuestras o de algún vecino, motivo por el cual invité a mis compañeros a que volviésemos más tarde para comprobarlo. Al vecino no lo dejó la

madre y a mi hermano su esposa, y como no era una comisión para uno solo, de noche me quedé pensando con la segura sospecha de que algún animal faenarían. Esa gente no tenía motivos para estar por ahí al atardecer ya que no tenían hacienda propia en la zona.

Como al día siguiente yo debía realizar una diligencia en el pueblo, les recomendé a mi hermano y al vecino que recorrieran el montecito. En un costado tenía un viejo y gran ombú, el que en su grueso tronco tenía un hueco tan grande bajo tierra que permitiría la ubicación de cuatro personas sentadas. Justamente en esa zona del campo es donde pernoctaban los animales, por lo que pensé que ese hueco del árbol sería utilizado por los cuatrerros para esconder sus menudencias, cueros y partes que no pudieran llevarse. Les pedí que cualquier novedad me la comunicaran a las nueve de la mañana luego de la misa frente a la Iglesia. Al salir de la misa encuentro en la vereda al joven vecino, al que interrogo: ¿Hay novedades? Sí, en el ombú encontramos la cabeza, cuero y menudencias, me contesta. ¿Se dan cuenta de mi acertada? Yo tenía la seguridad de que ello ocurriría, ya que otras veces los había visto merodeando por ese lugar entre la hacienda nuestra a eso del atardecer. Lamenté verdaderamente no haber ido esa noche para dejarlos a ellos enterrados en el pozo del ombú.

De la iglesia fuimos con el vecino a la jefatura de policía. Allí me encontré con un amigo, el comisario Floro Díaz, que inmediatamente nos atendió y nos prometió tomar medidas para reprenderlos. Nos manifestó que se daba perfecta cuenta de quienes podrían ser los cuatrerros y que seguramente daría con ellos. Recuerdo que era un día feo, caía una garúa fina y fría. A pesar de eso, el comisario enseguida se puso en marcha. Salió a caballo, con un buen poncho y una botella de caña, rumbo al rancho de los sospechosos debido a los antecedentes que tenían. A las once de la mañana aproximadamente llegaba frente al rancho donde se hallaban sentados los dos gauchos junto a la

puerta. Los saludó, contestándole estos e invitándolo a bajar del caballo y tomar unos mates. Les convidó unos tragos de su caña, les agradeció y les dijo que seguiría viaje hasta la Amelia, una colonia cercana. Los saludó, montó a caballo y se alejó con ese rumbo. Luego de pasar un montecito retomó de vuelta el camino a la jefatura de policía. Al llegar hizo preparar un sargento y tres agentes armados, y con ellos retornó al rancho de los cuatrerros. Una vez llegados lo rodearon y arrestaron a todos. Se llevaron a dos, sus mujeres y cuatro chicos haciéndoles cargar la carne de la vaca carneada.

Quise detallar esto para que observen cómo se confirmó mi sospecha y la del buen policía de esa época, que hizo pasar un tiempo a la sombra a esos cuatrerros, que según tengo entendido eran paraguayos. Luego de esa lección desaparecieron de la región.

Les relataré otra pesquisa llevada a cabo por mí unos meses luego.

Los vecinos Pegoraro se quejaban porque les faltaba del campo de pastoreo una yunta de bueyes de trabajo, siendo vana toda la búsqueda en las intermediaciones. Un tiempito después me comunicó mi cuñado Barbetti que a él también le faltaba una yunta de bueyes. Ninguno de ellos había podido dar con el paradero de sus animales a pesar de la búsqueda. Todos los animales de esta gente pastaban juntos en campo abierto, turnándose en el cuidado de las mismas y apartando cada uno de los suyos lo que necesitaran según el caso. Tras comunicarme las novedades los vecinos, comencé a pensar donde podrían ir a parar esos animales de trabajo. Como a mi no me habían molestado todavía, no me molestaba mayormente.

Un día al anochecer, yo había ido al campo y dejado toda la hacienda junta en una loma donde había menos mosquitos. Ya de regreso hacia casa me encontré en el camino con un tal Roque Sosa, que iba en sentido contrario, vale decir donde

había dejado mi hacienda. Ese hombre no me merecía mucha confianza porque vivía en el terreno de un tal Fulano, el que tenía un almacén y proveeduría que surtía de mercadería al Regimiento Makalle. Allí tenían chacra y carros para repartir la manutención de los fortines que circundaban las colonias.

En conocimiento de todo ello fundé mis sospechas en que el Fulano sería quien valiéndose del poblador de su lote, cercano al nuestro, le haría llevar los animales de trabajo (bueyes) para usarlos en su carro de reparto a los fortines y para los trabajos de su chacra.

LA DESAPARICIÓN DE NUESTROS BUEYES – SU PESQUIZA Y ARDID PARA RESCATARLOS

Un buen día al arrimar la hacienda al corral, noté que faltaba un buey de los más grandes. Como éste andaba manco por tener una pezuña rota, pensé que tal vez se había quedado acostado en el campo por estar dolorido. Más al día siguiente al ir al campo por la tarde me percaté de que no solo faltaba ese sino que dos más, por lo que esa noche encerré los animales en el corral. Pensaba soltarlos a la mañana siguiente y seguirlos sin molestarlos para que me guiaran al lugar en donde habían quedado los faltantes, tres bueyes a los que llamaba osco, maestro y laso.

Una vez salida toda la hacienda del corral y ya al poco de andar mientras pastaban de paso en las proximidades del arroyo Arazá, de repente todos los animales casi al mismo tiempo levantaron la cabeza y comenzaron a correr como asustados. Llegaron hasta las proximidades del lote de Gabardini, siguiéndolo a cierta distancia. Se detuvieron y una buena cantidad se dio vuelta mirándome como queriéndome indicar algo.

Efectivamente, al recorrer unos metros de alambrado, me encuentro con que este había sido completamente cortado. Al bajarme para observar, los animales se pusieron a pastar nuevamente y comenzaron a alejarse despacito y tranquilos. Dejé mi caballo atado y me interné en el monte vecino observando al poco andar una limpieza y rastros de que habían estado allí animales atados a los árboles y algunas “bosteadas” todavía frescas.

Con lo que había observado, más lo que les había ocurrido a los vecinos y ahora a nosotros con los bueyes, me di cuenta de lo que estaba pasando con los robos de animales de trabajo, de quien podría ser el ratero y hacia donde se podría haber llevado a los bueyes.

Esa tarde luego de encerrar mis animales, fui a la casa de mi cuñado Barbetti para ver qué noticias tenía de sus bueyes, manifestándome que ninguna. Le conté lo que me había ocurrido y le dije que estaba seguro de dónde se encontrarían los bueyes robados a todos y que si estaba dispuesto a acompañarme los encontraríamos. Preguntándome seguidamente, ¿Donde piensa usted que pueden estar? Le contesté en lo del Fulano, en Makalle. No puede ser, me replicó, pues es amigo mío, y además su señora nos dijo días pasados que allá no había ningún buey ajeno. Amigo, le dije, ¿Cómo quiere que ella le diga que si, si es la señora del ladrón? Me costó bastante convencerlo de mis fundadas sospechas, al igual que a los vecinos. Al otro día fui a la casa de los peones que Fulano tenía en el lote cerca del nuestro. Éstos de día se ocupaban de sacar leñas del monte, para disimular el trabajo que hacían de noche como cuatreros. Llegué al rancho y pregunté a una señora allí presente por su marido. Me contestó que éste no se hallaba. Entonces para despistarla le pregunté si no había visto por allí una vaca con cría chica, manifestándome que ellos no la habían visto. Me despedí agradeciéndole el informe. En el camino de regreso me encontré con una india que trabajaba con ellos, y le pregunté

por su patrón Don Roque Sosa. Me respondió que se había ido anteanoche con los peones a Makalle y que aún no habían regresado. Con ello había concretado yo mi propósito y confirmado mis sospechas.

Sin pérdida de tiempo me dirigí a la casa de mi cuñado, refiriéndole lo acontecido y los datos recogidos. Con éstos lo convencí a él y al vecino Pezzini, a quien luego acompañaron dos personas más. Les expliqué que el momento era muy oportuno pues el señor Fulano se encontraba en Resistencia por sus negocios, circunstancia que aprovecharíamos para rescatar nuestros animales, partiendo lo más pronto posible.

Así fue que esa misma noche, a la una de la madrugada con provista suficiente para nuestra manutención y dos botellas de caña, salí de mi casa para lo de Pezzini de donde partimos de inmediato llegando al poco cabalgar a lo de Barbetti que nos estaba esperando. Sin pérdida de tiempo, emprendimos la marcha rumbo a Makalle los cinco bien montados y abrigados. Era una madrugada clara y fresca que nos obligaba a pegarle un "*taco*" a la botella de vez en cuando, para no sentir frío y tomar coraje.

La marcha fue tranquila y conversada. Hablábamos de cualquier tema, pero siempre volvíamos sobre las posibilidades de la pesquisa que estábamos realizando y de su probable éxito, que yo aseguraba. Sostenía que con seguridad allí encontraríamos a nuestros animales.

Marchábamos tan distraídos con buenos pingos bien alimentados y cuidados, que pasamos por Fontana, Puerto Tirol, el puente de Bonfanti sobre el Río Negro y cruzamos Colonia Popular casi sin darnos cuenta. Allí me detuve unos minutos para ajustar la cincha, mientras los demás continuaban al tranco de sus corceles por la picada. En ese momento estaba amaneciendo y los punteros ya llegaban al término de la picada frente a la casa de Don Pedro Castelán. En ese momento oigo

gritos llamándome. Habían hallado al buey osco junto a la tranquera del corral. De un galope llego y compruebo que era efectivamente mi buey, que había dormido junto a la tranquera y que estaba buscando llegar de alguna manera a su querencia. Lo arreamos hasta el potrero del amigo Castelán para que lo tuviera allí hasta nuestro regreso. Me puse tan contento al ver que mis presunciones se hacían realidad, que todos los que me acompañaban festejaban alborozadamente mi puntería y que me daban la razón en mi sospecha.

Dejamos el animal a buen recaudo y continuamos la marcha ya más contentos y confiados en el éxito de nuestra empresa, haciendo todos los comentarios del caso. A las doce horas aproximadamente llegamos a la casa de los Polentarutti, quienes nos invitaron a comer algo, lo que aceptamos gustosos pues el hambre nos había empezado a acosar. A las dos de la tarde repuestos con opíparo almuerzo y refrescados los caballos, nos despedimos y agradecemos la atención de estos buenos colonos, prosiguiendo nuestro viaje. Como a las tres de la tarde nos hallamos en las proximidades del Río Negro, cerca del cual precisamente había un cuartel del Regimiento. Le propuse a mi acompañante recaudar datos de lo que andábamos buscando allí. En ese preciso momento un Sargento desensilló su montado, manifestándonos que acababa de rejuntar sus animales, invitándonos a desmontar. Lo convidamos con la caña que llevábamos, de la que tomó unos tragos. Enseguida le pregunté si no habían caído por allí unos tres animales de tal y cual pelo con mi marca, la que dibujé en la pared. Me contestó de inmediato que sí, que la noche anterior habían dormido en el corral, y que por ahí nomás estarían. Le dije que a uno lo había visto cerca de la Popular, a lo que replicó que no se había dado cuenta de que le faltaba y que el tenía la orden de su Comandante de atajar y cuidar de todos los animales que viniesen de Fulano, reteniéndolos con los suyos.

Después de haber mateado un poco ensilló su caballo y salimos juntos. Al poco de andar vi un buey de los míos, era un overo manchado así que de lejos se lo conocía. Seguimos andando hasta que llegamos al Río Negro, ya cerca del puente y del almacén y casa del señor Fulano, allí nos despedimos del sargento encargándole me encerraran mi buey si volvíamos de noche. Cruzamos el puente y enseguida llegamos al almacén. Una vez adentro, pedimos dos cervezas para refrescarnos un poco. Cuando apareció el encargado le dije: “Nosotros venimos por unos bueyes que nos faltan; ayer hablamos con el Sr. Fulano en Resistencia y nos dijo que fácilmente podrían estar aquí ya que los soldados viajan a menudo en busca de provista y cuando se les cansan los bueyes los cambian por los primeros que encuentran sean de quién sean; así es que le rogamos si es posible hacernos acompañar para dar una vuelta al campo”.

Nos contestó que no necesitaba molestarlo porque hacía un rato que habían salido los boyeros en busca de la tropa y de la hacienda.

Barbetti y yo salimos al patio, entonces le dije que yo estaba apurado para salir de allá, porque si hubiera llegado Fulano y nos hubiera encontrado allí, con la mentira que le habíamos dicho al encargado hubiéramos estado bien fritos.

Mientras nuestros compañeros seguían en el negocio muy entretenidos conversando con el encargado, Barbetti y yo montamos a caballo y fuimos a alcanzar la tropa que se veía venir lejos. Grande fue nuestra sorpresa al ver que de punteros venía la yunta de bueyes de Barbetti y en medio de las tropas venía otro de los míos. Luego nos juntamos con los dos indios que venían a caballo, yo le pregunté al más vivo si de cuándo se encontraban allí los bueyes, contestándome él con toda inocencia “este y dos más que faltan, los ha traído el peón del Sr. Fulano de Resistencia el viernes a la madrugada, y los otros dos hace rato que los ha traído el mismo peón”. Le pregunté qué hacían

con ellos y me contestó que trabajaban la chacra. Le dije que faltaba otra yunta más; “tal vez están atados a los carros que llevan la provista a los fortines”. Tomé su nombre el que ya no recuerdo y mientras seguíamos andando la tropa entró en el corral.

Llamé al encargado y le dije “mi amigo, habíamos tenido suerte, pues éste es mi buey y aquellos dos de este señor, sólo nos falta una yunta más, pero como no podemos demorarnos aquí en su busca, si aparecen les pedimos por favor que su patrón nos haga avisar.

“Dígame si podemos apartar los nuestros ahora, para poder partir antes de que se haga la noche”, dije. El hombre parecía haber mordido el anzuelo. Pero me dice, “¿Ustedes pueden decir que todos los animales son suyos y llevárselos?”. A lo que le repuse, “No señor, yo vine en busca de los míos y los que me acompañan de los suyos. No venimos en busca de animales ajenos. Si usted nos entrega los nuestros nosotros firmamos un documento por el que nos hacemos responsables de los animales que llevamos, que tienen nuestra marca y son de nuestra legítima propiedad. Si usted no quiere entregarlos nos firma un documento por los cinco bueyes de tales marcas que quedan en poder del encargado de Fulano, quien luego se hará responsable de entregarlos en el domicilio de los señores Marpegán y Barbetti”. Al parecer se impresionó por tanto compromiso y optó por decirnos que para no andar con tanto líos y papeles podíamos apartar nuestros bueyes y llevárnoslos. Dando así término a nuestra entrevista con el encargado.

Apartamos nuestros animales, los sacamos del corral e inmediatamente nos alejamos del establecimiento del Fulano rápidamente. Ya entrada la noche llegamos al puesto del Sargento, a pesar de la marcha apresurada. Mi cuñado y yo volvimos contentos, no así Pezzini y Pegoraro que no habían encontrado los suyos. Por tal causa, nos recriminaron el hecho de querer volver apresuradamente, a lo que manifesté deteniéndonos todos para ello y haciéndome el ofendido: “¡Eso no se lo

permíto! Encerremos aquí en el corral del Sargento todos los bueyes, uno de nosotros se quedará a su cuidado y los demás nos quedaremos todo el tiempo que sea necesario hasta que regresen los carros de los fortines, o bien que nos haga acompañar hasta encontrar los carros por si estuvieran sus bueyes atados a ellos. ¡Como ustedes dispongan, pero yo no me hago responsable de lo que pueda suceder metidos aquí entre esta gente, que pueden hacer de nosotros lo que quieran! Ustedes son tres y nosotros somos dos, así que decidan si marchamos esta noche o nos quedamos aquí para procurar los otros animales. ¡Vuestra es la responsabilidad, estamos a vuestras ordenes!" Después de un buen rato de haber llegado el Sargento, comido un poco y chupado otro tanto, como para tomar coraje, lo llamé a Pezzini que era el dueño de los animales faltantes y el que llevaba la carabina, mientras yo cargaba mi 44 a la cintura. Le manifesté que tenía que resolver, pues no teníamos mucho tiempo que perder. Eran ya las 23 horas de una hermosa noche de la luna llena que alumbraba casi como de día, y aunque estábamos en verano, el fresco se hacía sentir.

Comenzó por confesarme que era bastante cobarde, que podría haber mucho peligro y que además no había seguridad de encontrarlos. Luego de consultar con sus compañeros resolvieron que saliéramos de vuelta.

Volví a insistirle en que el peligro estaba en que pudiera llegar de vuelta Fulano, sorprendernos y desbaratar nuestra maniobra de rescate al descubrir nuestra treta para llegar a ello. Además como andaba bien con los milicos y era un tipo capaz de cualquier cosa, la tropa probablemente lo defendería llegado el caso. Esto fue más que suficiente para que en contados minutos estuviéramos en marcha, sin más trámites que sacar los cuatro bueyes del corral y despedirnos del Sargento, tomando el camino de regreso. Los animales iban por delante en fila india. Parecían recordar el camino que los llevaría de vuelta a su que-rencia. Caminaban animosos. Nosotros marchábamos con nuestras cabalgaduras tras ellos, conversando animadamente

sobre lo acontecido y de otros temas que venían al caso. Le pegábamos un taco a la caña de cuando en cuando como para no quedarnos dormidos, dominados por el cansancio de una jornada de casi 22 horas de fajina.

Como a las dos de la madrugada, vale decir a las 24 horas de haber partido en una comisión tan especial, algunos venían ya vencidos por el sueño. Sobre todo los que no tenían intereses marchando. Como los bueyes no daban ningún trabajo y solo había que seguirlos, les propuse que si alguno quería apurar el caballo podría llegar a su casa y alcanzar a dormir algunas horas antes de la salida del sol. Todos se pusieron contentos y propusieron quedarse solo Freschi arreando, a lo que me opuse aduciendo que si bien era el más joven no debía quedarse solitario, e insistí en acompañarlo. Pues yo sabía y me lo guardaba, que a este muchacho le gustaba el trago y tal vez podría dormirse sobre el caballo y accidentarse o llegar sin bueyes. Los otros salieron de inmediato al galope y nosotros nos quedamos al tranquito de los animales ya cansados, hasta atravesar Villa Jalón y Tirol todavía de noche y llegar al almacén del Bulfón al amanecer. Allí le propuse a mi acompañante hacer un alto para descansar y abreviar los animales en un zanjón con agua, luego de los cuales se acostaron como cristianos de tan cansados que estaban. Y no digamos que nosotros estábamos menos, el acompañante a los pocos minutos quedó dormido como un trompo. Eso era precisamente lo que había supuesto si se quedaba solo. A mí, en cambio, el sueño no alcanzó a voltearme pues estaba acostumbrado desde mi conscripción a toda clase de sacrificio y rigores.

Después de unas horas y con el sol bien alto desperté a Freschi. Montamos e hicimos levantar los bueyes continuando la marcha lentamente, cruzando por Vicentini, luego por Fontana pasando por lo de Barbetti donde entregamos al hermano sus dos bueyes. Seguimos andando despaciosamente los dos kilómetros que faltaban para llegar a mi casa. Llegados allá los

encerré en el corral y les di una buena ración de alfalfa y agua, y los dejé que descansaran tranquilamente.

Mi señora al vernos llegar vino al corral a recibirnos muy contenta de verme, al igual que los demás familiares que también se aproximaron a saludarnos. Al ver los animales comprobaron que yo con mis sospechas y teorías había estado en lo cierto, diciéndome que era imposible creer que un hombre como Fulano, de muy buena posición económica, pudiese ensuciarse de esa manera por tan poca cosa. Cordialmente despedimos al vecino Freschi, quién de inmediato partió al galope.

Mientras mi hermano se hacía cargo de los animales, fui a higienizarme y a tratar mi vista que venía muy irritada por el sol y la tierra que siempre se levanta por el arreo y que uno aunque no lo quiera siempre lo recibe

Luego de higienizado y un buen desayuno servido amorosamente por mi señora, y por supuesto cambiado de ropa, salí rumbo a la Policía para hacer la denuncia por el caso. De inmediato me atendió el comisario, quién luego de mi relato envió una comisión para traer detenido al Señor Fulano. Éste no se hallaba en su casa, había partido hacia Makallé, supongo que advertido por el encargado de lo acontecido en su establecimiento, mediante un indio mensajero baqueano.

LA REACCIÓN DEL HOMBRE FUERTE DE LA ZONA Y LA ACCIÓN DE LA VERDADERA JUSTICIA

Por la tarde la Policía lo trajo detenido. Su indignación era enorme y su bronca aún mayor por el coraje que tuvimos y la forma en que lo pescamos. Nos amenazaba con hacernos pagar cara la osadía de llegar a su establecimiento y aprovechando su ausencia haber hecho lo que quisimos. Que pagaríamos cara esa acción. Se puede dar uno cuenta de esto, que clase de individuo ladrón sería, que por rescatar lo nuestro tenía la petulancia de amenazarnos con su gran audacia estúpida que lo condicionaba para hacer cualquier cosa.

También nos estuvo diciendo que nos armaría un pleito y que nos haría comer todo lo que teníamos. Indudablemente no le faltaba cuña en el Chaco, con el gobernador Luzuriaga, de quien era compadre. Además conocía a los oficiales del Batallón, de manera que pensábamos que podía haber peligro para nosotros. Por esta causa nos reunimos los cuatro interesados y resolvimos, dadas las amenazas recibidas, consultar a un buen abogado en Corrientes. Nos dirigimos a esa ciudad, Pegoraro y yo y entrevistamos al Dr. Martín Miranda a la sazón reputado

como muy buen profesional. Nos recibió muy atentamente y una vez informado de nuestros problemas, nos manifestó que volviéramos tranquilos, que él sabía muy bien quién era el Fulano, *“Que es un individuo que merece dos grillos que le lleguen hasta el cuello. Ustedes vayan tranquilos y trabajen sin miedo y si pasa algo, me avisan, que yo le voy a enseñar a ese pícaro sinvergüenza y le haré comer a él lo que tiene mediante el robo o el saqueo”*.

Al despedirnos y agradecerle al Dr. Miranda su atención, nos volvió a repetir que volviéramos tranquilos y trabajáramos sin miedo. Ya de regreso informamos a los demás de lo aconsejado por el abogado y todos nos pusimos a trabajar más tranquilos y confiados. Además nos enteramos que a los pocos días lo habían liberado al Fulano, el que ya no amenazaba y parecía haber aprendido la lección, pues se acabaron las carneadas y robos de los animales de la zona.

OTRAS POSIBILIDADES DE PROGRESO Y EL DEBER PATERNO

Poco tiempo después, terminamos de alambrar nuestros campos. Pero con el aumento de animales y la sequía, las pasturas naturales ya no resultaban suficientes, al igual que el agua surtida por los pozos de balde y nuevos bebederos.

En esos momentos estaban mensurando y adjudicando tierras de la nueva Colonia El Zapallar. Solicitamos una legua de campo al Gobierno y resolvimos mandar a los hijos de Juan Piccilli de esa zona. Ellos se encargarían del cuidado de doscientos animales entre grandes vaquillonas, y de la usufructuación de la mitad de lo producido. La legua solicitada al Gobierno estaba ubicada entre los ríos de Oro y Correntoso. Resultó un fracaso nuestro intento de progresar, pues los jóvenes de Piccilli resultaron ser bastante haraganes y poco responsables, no cuidando como era de esperar la hacienda, perdiéndose una parte. Algunos animales volvieron a la querencia, luego de más de un mes y de más de 30 kilómetros de distancia. El balance del primer año de esta experiencia arrojó un resultado negativo, ya que la producción no alcanzó a compensar las pérdidas. Luego nos enteramos por un vecino que encontró por el camino

de El Zapallar a Las Palmas una tropilla de novillos que tenían nuestras marcas, que eran arreados para vender al carnicero de Las Palmas. A los pocos meses después de haber marcado las crías y hecho el reparto correspondiente, les retiramos los animales nuestros y los vendimos para no seguir con esa preocupación y quebranto.

Mientras en nuestro campo alambrado ya habíamos construido un rancho con comodidades suficientes como para una familia, donde ubicamos un buen encargado, que se ocuparía del cuidado de la hacienda. Con ello nos encontramos mucho mas aliviados y nos pudimos dedicar a la explotación de nuestras chacras.

Quiero hacer notar que no solamente la pérdida de los animales en El Zapallar nos hizo desistir de esa empresa, sino que había que hacer por lo menos cuatro viajes al año, cruzando campo y cañadones con mucha agua que no permitían andar mas que al paso a tranquito de los caballos y casi todo el día rodeado por una verdadera nube de mosquitos. De noche dormir a campo raso o bien bajo algún algarrobo. En esas épocas de sequía uno se moría de sed y solamente conseguía agua en algunos cardos, donde nunca era mucho más que unas gotas por planta. La estadía en el campo de pastoreo era un constante campear pues siempre faltaba algún animal y había que buscarlos. Se comía mal y se dormía peor, uno volvía a la casa tan molido y tan cansado que eso ya no era vida para una persona casada y con hijos.

Hasta ese momento pensaba educarlos un poco y mandarlos al campo habilitándolos con tierras y ganado contribuyendo así a su bienestar futuro y porvenir. Luego de nuestra triste y sacrificada experiencia personal en Zapallar, me dió por reflexionar llegando a la conclusión de que la vida en el campo estaba llena de sacrificios y privaciones. Aunque hubiese mejorado económicamente y era más sana, no dejaría de ser triste y

monótona, como si uno fuera a vivir para comer terminando así la vida, al igual que un burro cargado de oro en un desierto, que vive y luego muere sin saber para qué ha vivido. Con estos fundamentos convencí a la que compartía la vida con la mía, a fin de que nos dedicáramos de lleno a la educación de nuestros hijos con el objeto de que pudieran vivir entre la gente y como la gente.

Hoy después de cincuenta años tengo la prueba a la vista y me siento muy satisfecho de haberles elegido e inculcado con mi querida esposa, el rumbo de la felicidad, educación y honrría de bien a nuestros hijos, cuyo bienestar me hace vivir feliz y sentir la satisfacción del deber cumplido como padre. Para constancia de ello acabo de escribir estas líneas, en Río Ceballos, Córdoba, a los diecisiete días del mes de enero de 1954.

LA DIVISIÓN DEL CONDOMINIO Y NUESTRA INDEPENDENCIA FAMILIAR

Luego de esta adquisición continuaré refiriéndoles que luego de unos meses de mi casamiento, y de mutuo acuerdo con mi hermano y cuñado Bissón, se dividió el terreno de la chacra en tres fracciones y se procedió al sorteo para ver con qué pedazo se quedaba cada uno. A mí me tocó el de la quinta con la casa vieja, en la que seguimos viviendo con la familia de mi hermano y mi madre.

De mi feliz casamiento con mi buena Virginia, les diré que la cosecha no fue tan mala, pues la naturaleza nos brindó al año un rico nene.

Y como buenos productores once meses después recibíamos la segunda cosecha constituida por un segundo varón, el que hacía falta para formar la primera yunta. Al oír los comentarios por tan rápida producción, les diré que sostuve que la culpa no era nuestra, sino producto de la rica tierra virgen de la selva chaqueña y su naturaleza.

Allá por el año 1900, Resistencia comenzaba a adelantar rápidamente debido a la explotación cada vez mayor de su riqueza forestal y agrícola-ganadera que iban en constante aumento de los precios que estimulaban la producción. Así las co-

sas, el terreno que habíamos comprado en la Avenida 25 de Mayo ya se había valorizado en forma, tanto que resolvimos tirar abajo la casita vieja y edificamos unos salones para negocio y vivienda de los que obteníamos una renta mensual de trescientos pesos, ampliándola cada año un poco más hasta cubrir todo el frente y obtener una renta de 600 pesos.

Mi hermano luego de un tiempo del sorteo y adjudicación de su tierra edificó una casa en la misma, la que una vez terminada le sirvió de motivo para trasladarse con su familia para vivir en ella, deseando independizarse y explotar así su propia chacra. Se repartieron todos los enseres de trabajo y de la casa, quedando en sociedad solamente los bienes raíces y la hacienda.

Mi madre se quedaría con el hijo que ella quisiera y el otro contribuiría con una media pensión para su sostén

Mi hermano tal vez pensó que iría con él por el hecho de tener dos hijos ya criados. Pero mi madre cuando le preguntó que haría, le contestó: *"Ya que estoy aquí, aquí me quedo"*. Les diré que mi esposa se había hecho acreedora de su cariño y afecto, que la convencieron.

Propuesto por mi hermano de sufragar gastos de media pensión el que se hiciera cargo de mi madre, nunca recibí un centavo ni tampoco lo reclamé o pedí nada cuando tuve que afrontar los gastos de su enfermedad. Será por ello que sus últimos años los pasó con nosotros contenta y feliz, hasta que una noche al ir a arrimar una puerta pareciera que resbaló, cayendo al suelo a los gritos por el dolor. *"¡Hay mi pierna!"*, decía. La levantamos y acostamos, pero al hacerlo noté que la pierna no respondía como debía y que seguro tendría un hueso roto. Luego de bien acomodada se le calmó el dolor. Para colmo en ese momento llovía a cántaros y eran más de las 23 horas, de manera que no podíamos pensar en traerle al médico sino a la semana siguiente bien temprano. Cuando vino, constató que

realmente tenía fractura en el hueso del muslo. El Doctor Per-rando Julio, la entablilló pensando que el reposo y la quietud la harían soldar nuevamente el hueso. Pasó así muchos días, más luego comenzó a tener dolores en las caderas y a no sopor-tar los vendajes, así como a decaer. Se le habían formado unas llagas en las caderas que le causaban grandes molestias que de a poco la llevaron a la muerte, después de haber sufrido lo in-decible. En esa época no había ni calmantes y los tratamientos no eran como hoy. Tenía entonces 76 años cumplidos.

Se fue de este mundo sufriendo, pero rodeada del cariño, atención y afecto que le prodigábamos constantemente con mi esposa y nietos que no la abandonaron un instante. Transcurría el año 1914 cuando ello ocurrió, más hoy al recordar tan triste episodio y volcarlo en este relato he sentido como entonces una profunda pena en el alma que me acongojaba y revive el amor y cariño que siempre he tenido para ella y ella para conmigo. Creo que todo lo que hice por ella, es una obligación que con-trae el hijo al nacer hacia los autores de su existencia.

Recordé las tribulaciones de mi padre en su larga agonía, y que fui el último que pudo acompañarlo hasta el último aliento. Cómo no iba a hacerlo si había sido yo quien lo acompañó siendo niño aún en su viaje a América y su peregrinaje por las selvas de Las Palmas, por Corrientes y Resistencia en 1885. Cuando a mi regreso del servicio militar en Italia, tuve la suerte de encontrarlo grave pero aún con vida, conversar con él en al-gunos momentos, asistirlo espiritualmente y acompañarlo en su agonía final en que parecía que no se iba de este mundo por no poderse despedir de mí. Me arrodillé frente a su lecho pi-diéndole a Dios que hiciese el milagro de devolverle la salud o se lo llevara de este largo purgatorio.

Me siguió mirando fijamente un rato y finalmente cerró sus ojos para siempre. Dios me había escuchado y se lo llevó consigo, quizás para premiarlo por sus sacrificios. Así lo creo.

Luego de la separación de mis socios, mi trabajo intensivo en la chacra, las buenas cosechas y la venta de las frutas de la quinta me permitían educar y hacer estudiar a mis hijos. Mi hermano en cambio no los hizo estudiar y eso que eran solamente dos. Es más, los instaló con un negocio de almacén en un barrio próximo, donde progresan, pero se casan y necesitan cada vez más dinero. Debido a ello y deseando mi hermano dejarles en vida lo que les correspondía a cada uno, me propuso poco tiempo después la venta de la hacienda pretextando que rendía poco. Me opuse tenazmente, pero la crisis de postguerra también repercutía desfavorablemente en el Chaco y la hacienda y los campos se vinieron abajo, por lo que poco tiempo después mi hermano insistió en la venta de ambas cosas, a lo que accedí luego de muchas discusiones y ya cansado de litigar con él. Se vendieron unos setecientos animales a razón de unos 20 pesos por cabeza y los lotes que totalizaban 400 hectáreas, alambradas, con casa para el encargado y peón, corrales, pozos, molino y bebederos también prácticamente se quemaron por nada. El poco dinero obtenido con esas ventas lo dediqué en parte a préstamos hipotecarios, que en esa época era lo más seguro y lo que más rendía.

Luego de esas ventas lo único que nos quedaba en sociedad con mi hermano era la propiedad de la Avenida 25 de Mayo, esquina Necochea.

Pasado un tiempo cuando le fui a llevar la parte correspondiente al alquiler del negocio. Me ofreció la venta de su parte, sabiendo de antemano que la educación y crianza de mis hijos no me permitirían ahorrar como a él, por lo tanto no podría afrontar una situación como esa. Traté de persuadirlo con que esa propiedad no nos daba ningún dolor de cabeza, que por el contrario nos rendía mensualmente una renta respetable que nos permitía vivir con cierta holgura por cuanto era fija y segura. Quedamos en que ambos lo pensaríamos.

Un buen día viene a mi casa a ver qué había resuelto al respecto. Contestándole que nada, que el asunto era bastante complicado, me propone mi parte por treinta mil pesos. Lo miro fijo y le digo: *"yo sin plata te doy cuarenta mil por la tuya"*. Me contesta que no, que vale más luego de pensarlo. *"¡Cómo!"*, le digo, *"si yo te ofrezco diez mil más de lo que vos me dabas a mi"*.

Luego de tironear por ambas partes se la vendí en la suma de cincuenta mil pesos, como tenía temor de que me arrepintiera, me invitó a subir a su coche para ir al escribano a formalizar la operación.

Tiempo después con ese dinero obtenido compré sobre la Avenida 25 de Mayo al 400 un lote de doce por cuarenta, donde hice edificar dos casas gemelas para familias y negocio, que aún hoy me producen buena renta. Con ello y lo obtenido de la chacra y la quinta nos permitían educar a los hijos y vivir bien, ya sin mayores sacrificios.

MI INGRESO Y ACTUACIÓN EN LA COOPERATIVA AGRÍCOLA “RIO ARAZA”, HOY COOPERATIVA AGRÍCOLA “MINISTRO LE BRETON LTDA.”

Una vez desligado de la sociedad con mi hermano, y habiéndome hablado de antemano el señor Antonio C. Canella, presidente provisional de la recientemente formada cooperativa agrícola, para que me hiciera socio fundador con la adquisición de diez acciones de 5 pesos moneda nacional, cada una. Como ya había dispuesto dedicarme por entero a la explotación agrícola intensiva de mi chacra y quinta, no tuve inconveniente alguno en aceptar y además al poco tiempo comprar otras diez acciones, esta vez a un socio que las vendía por ausentarse definitivamente de la zona. Ese mismo año sembré unas tres hectáreas de algodón, del que obtuve buen rendimiento, por supuesto entregándolo a la cooperativa. En la primera Asamblea que se celebró para la constitución del primer Directorio, fui nombrado Vocal suplente, cargo que aproveché para asesorarme de la acción cooperativa, aunque no tuve mayor oportunidad de actuar activamente, hasta dos años después. A pesar de ello comencé a desarrollar la idea

de que debíamos reunirnos todos los colonos en defensa de nuestra producción, pues los comerciantes del algodón entre ellos Bunge y Born, Anderson y Clayton, Dreyfu y Cía., Comerro, etc., nos hacían la guerra con sus acopiadores y no querían que levantáramos cabeza. Felizmente mis prédicas y las del resto del Consejo surtieron efecto entre los colonos, que cada vez engrosaban más el número de socios afianzando la cooperativa.

En la Asamblea del 24 de enero de 1926, fui electo Presidente del Consejo Directivo y el Sr. Gregorio Licca, secretario. Inmediatamente de hacerme cargo de la presidencia, comencé a hacer comprender a los socios la necesidad de hacer propaganda entre los colonos agricultores para que se dedicaran al cultivo del algodón en forma más intensiva y al mismo tiempo la conveniencia de unirse a través de la cooperativa haciéndose socios de las mismas para obtener mayores beneficios. Además la explotación del quebracho y sus derivados iba declinando y sería reemplazado por la riqueza algodонера que engrosaría las arcas del territorio y daría ocupación a mucha gente.

Al año siguiente al no haber precios oficiales para el algodón, tuvimos que hacer toda clase de piruetas para defender nuestros productos fibra, semilla, linter, etc., frente a la voracidad de los acopiadores de las distintas casas comerciales que no querían pagar casi nada por el producto de nuestro esfuerzo. Personalmente y con la ayuda del secretario, trabajando afanosamente, defendimos y conseguimos algunos beneficios para nuestros socios. El entusiasmo de los colonos fue grande que en poco tiempo más contábamos con unos mil socios, no solo del Chaco sino de Formosa, norte de Santa Fe y hasta una cooperativa de Misiones. En Octubre de 1927 fui electo secretario, cargo que desempeñé hasta febrero de 1937. En parte de este lapso, debo por nombramiento de asamblea desempeñar funciones de encargado de compras y ventas de la cooperativa, con una asignación del 1% sobre éstas últimas. Años antes de ter-

minar este período, ya había conseguido con mi dedicación, entusiasmo y astucia cada vez mayor para los negocios. Debía actuar con los acopiadores de las casas antes mencionadas y algunas de Buenos Aires. Tomando la iniciativa de hacerles entrar en competencia entre ellas, lo que significaba a veces puntos de ventaja, que se traducían al final de la campaña de cada año en miles de pesos de beneficios para nuestros asociados. Pero ninguna fue tan provechosa como la del año 36/37, que podemos considerarla récord de la época, por la gran producción y por los precios récord obtenidos en la venta de fibra y semilla; tanto que al presentar la liquidación en la reunión del Consejo Directivo, éste quedó admirado y sumamente satisfecho de la labor cumplida por mí, pues el total de las ventas había alcanzado la suma de doce millones doscientos cincuenta mil pesos, cifra nunca alcanzada hasta entonces. Como de ello a mí por convenio me correspondía el 1% o sea 12.250 pesos, y me pareció una suma demasiado elevada, les manifesté en la misma reunión, que hacía renuncia y cedía a la cooperativa a favor de los socios un sesenta por ciento de ello, o sean 7.350 pesos, y que aceptaba como justo honorario la suma de 4.900 pesos. Al oír esto que les manifesté, el Consejo unánimemente y de viva voz me agradeció el gesto, premiándome con un voto de aplauso por mi gesto y labor cumplida. Ello fue para mí una gran satisfacción y les manifesté que les agradecía la demostración y que mi afán fue siempre el favorecer y proteger a los trabajadores de la tierra.

Poco antes de levantarse la sesión les manifesté que lamentaba pero que debía retirarme de la vida activa del consejo, pues debía dedicarme a otras actividades particulares que no me dejarían tiempo para cumplir debidamente mi cometido en esa sociedad, como era mi norma y que por lo tanto no aceptaba integrar el nuevo Consejo.

Al levantarse la sesión y darme la mano para despedirme, me dice el Presidente Sr. Valentín Pértile: *"Su acto de generosidad*

se llama hacer Patria". Lo que me hizo emocionar y agradecerle estrechándolo en un abrazo de despedida.

Con el enorme progreso que significaron buenos años de cosecha y administración, la cooperativa había tomado gran auge, contemplándose ya tiempo antes de mi retiro del Consejo, la posibilidad de ampliar las actividades de la misma, llevándose a cabo todos los estudios para la instalación de una fábrica de aceite y derivados, aprovechándose justamente las semillas del algodón desmotado. Como había terreno suficiente, ello se llevó a cabo poco tiempo después, adquiriendo con esta ampliación la sociedad una gran importancia económica-comercial, pasando a denominarse en lo sucesivo Cooperativa Agrícola-Industrial "*Ministro Le Breton Ltda.*".

Como aún seguía siendo socio y consultado en más de una oportunidad por mis amigos miembros del Consejo, y ya resuelto mis problemas particulares, volví en 1942 a ser electo vicepresidente en 1943, con cargos activos hasta 1945, nombrándoseme entonces Presidente Honorario en mérito a la labor cumplida en la sociedad.

MI ACTUACIÓN COMO ADMINISTRADOR DE VILLA PICCILLI

Pocos meses antes de mi retiro del Consejo Directivo de la cooperativa, por intermedio de mi esposa me enteró que mi concuñado Don Bernardino Piccilli iba a vender a un señor Walker unas doce manzanas del lote n°214 de la colonia Resistencia, donde él vivía. Quedaba lindando con la zona urbana de la ciudad. Avenida Coronel Avalos por un lado y 25 de Mayo por otro. El Sr. Piccilli pedía sesenta mil pesos y el Sr. Walker le ofrecía sesenta mil. Casi estaba por cerrar el trato cuando lo fui a ver, diciéndole y ofreciéndome para fraccionarlo y formar una villa y venderla a plazo. Le dije que de esa forma sacaría mucho más que lo que le ofrecía ese señor, que en dos días de plazo me comprometía a sacarle los cálculos de los que podrían obtener de esa forma.

Cuando voy a verlo a los dos días le manifiesto que en lugar de los setenta mil pesos que él pretendía, le aseguraba que vendiéndolo loteado a mensualidades, sacarían aproximadamente unos 180.000 pesos libres de gastos y del 10% de mi comisión sobre las entradas.

Los dos viejos quedaron muy contentos con mi proposición y la aprobaron. Máxime que no necesitaban el dinero al

contado, sino el suficiente para vivir, de manera que les venía mejor una entrada casi permanente y prolongada. Y para que estuvieran más conformes les ofrecí instalar la administración de la villa en su propia casa, lo que les gustó más aún pues les haría compañía casi todos los días, varias horas y por varios años.

Se hizo ante escribano un pequeño contrato para formalizar lo tratado, y de inmediato hice aprobar los planos en la municipalidad, mensurar los lotes y trazar las calles. Una vez abovedadas y colocado el cartel anunciando el fraccionamiento y venta, di comienzo a mis labores administrativas. Como la ubicación era muy buena y la tierra y el agua también, y el precio barato (pues oscilaban según la ubicación entre dos y dos pesos con cincuenta el metro a 80 meses), se vendieron rápidamente una cantidad bastante grande de lotes. Algunos al contado porque gozaban de un descuento razonable. A los pocos meses de iniciada la venta y ya satisfechas todas las necesidades fundamentales, y como les quedaba un saldo positivo regular, a su pedido les hice edificar dos casas gemelas sobre la Avenida Avalos.

Dos años más tarde construí un negocio de panadería completo con horno y casa habitación para familia sobre la Avenida 25 de Mayo y calle 2, que les dejaba una renta mensual de 550 pesos para una hija. Finalmente me encomendaron la adquisición de un terreno y construcción de un panteón en el cementerio de Resistencia, que en total salió costando 10.500 pesos.

Casi a los diez años de iniciada la administración de la villa Piccilli les presenté la liquidación final de la misma que arrojó una entrada total de 215.000 pesos, cifra que habla a las claras de que mis cálculos no fueron erróneos, y que les permitieron a los viejitos Piccilli pasar sus últimos años sin penurias de ninguna especie, gracias a mi honrada y eficiente administración.

DESARROLLO FAMILIAR

Mi familia con los años iba aumentando en número y en estatura, al mismo tiempo que se iban educando y dándome una mano en caso de apuro en mis labores, tratando en lo posible de no interrumpir sus estudios.

Como no había en el Chaco en esa época más de una escuela normal, todos se recibieron de maestros menos una hija por estar enferma de la vista, la que una vez terminado el ciclo primario, estudió y se recibió de modista; y el tercer hijo que interrumpió sus estudios en la normal para ingresar en el preparatorio de la Escuela Naval Militar.

Con nuestra constante preocupación por su formación, nuestros nueve hijos, seis varones y tres mujeres, han constituido nueve familias que están en buenas posiciones. Esto me hace vivir orgulloso por el concepto que merecen y los cargos que ocupan, habiendo respondido con creces a nuestros sacrificios de crianza y educación.

Para completar la semblanza de la evolución de nuestros hijos haré una breve reseña de la trayectoria seguida por cada uno de ellos:

El primero: Luis Pedro José. Nació el 13 de Mayo de 1899, en Resistencia, Chaco. Cursó sus estudios primarios y secundarios en la misma ciudad. Ejerció el magisterio dos años en Villa Ángela, Chaco. Ingresa a la Universidad del Litoral, Facultad de Veterinaria de la ciudad de Corrientes, donde es becado al segundo año por méritos y estudio.

Recibido de Veterinario, es nombrado profesor de esa casa de estudios y al segundo año ocupa el cargo de Secretario. La Revolución del año 30 clausura la Facultad de Veterinaria dejándolo cesante. En Resistencia, poco tiempo después, es nombrado veterinario municipal, puesto que desempeña por varios años. En ese ínterin junto con el señor Linch Arribáizaga y otros maestros crean en esta ciudad, la Universidad Popular de Resistencia, constituyéndose en uno de los principales organizadores de la misma, sin reparar sacrificios de toda índole que debió afrontar para ello. Cuando justamente la misma había tomado los carriles del normal funcionamiento, abandona sus funciones para trasladarse a Buenos Aires en busca de mejores horizontes ingresando al Jockey Club como veterinario. Desarrolló aquí una carrera meritoria y como no podía ser de otra forma, obedeciendo a sus inclinaciones de maestro, crea en esta institución la Escuela de Hipología, donde ejerce la docencia hasta su jubilación. Escribió para esta escuela dos libros, uno para los cuidadores de caballos y otro para los conductores o jockey.

En 1940 contrae matrimonio con la señorita María Teresa Monasterio con quien vive muy feliz hasta la fecha.

El segundo: Mario Emilio. Nació el 22 de julio de 1900 en Resistencia. Hizo sus estudios primarios y secundarios en esta ciudad, recibiendo de farmacéutico en la Universidad de La Plata. Se instala con farmacia en Villa Ángela, Chaco, donde ejerce su profesión por varios años, contrayendo matrimonio al

poco tiempo de instalado. Al tener la mala suerte de perder a su esposa, vende su negocio. Varios años después de deambular por Buenos Aires y La Plata, regenteando farmacias, adquiere en Resistencia la farmacia La Estrella, bien ubicada en la que trabaja varios años, hasta trasladarse a un edificio propio, de negocios y casa de familia frente a la plaza 25 de Mayo, en Mitre y Santa Fe. Allí también ejerce su profesión de odontóloga su esposa Ana María Benschinski, con la que había contraído matrimonio meses antes. Luego de varios años de trabajo proficuo y de haber aumentado su familia, pues tiene dos hijos, vende su negocio y se traslada a Buenos Aires en 1949, donde poco tiempo después ejerce el cargo de Jefe de farmacia y su esposa odontóloga de la Dirección General de Asistencia y Previsión para el personal ferroviario, cargos que le permiten vivir decorosamente, mientras se preocupan de la buena crianza y educación de los hijos.

El tercero: Julio Ernesto. Nació como todos en el Chaco, el 30 de julio de 1902. Cursó el ciclo primario y hasta segundo año del secundario en Resistencia. Este hijo parecía no haber nacido para el Chaco, pues desde niño quería ir a Buenos Aires a estudiar y como era muy chico no le llevaba el apunte, hasta que un día ya en segundo año me dice que el Doctor Julio Perrando deseaba hablarme y que lo viera mañana sin falta.

Concurrí a verlo y me dice: *“Mirá Marpegán, tenés que mandar a tu hijo a estudiar a la marina, y nada de milico; estos no sirven para nada. Allá te va a salir hecho un hombre como la gente”*. Le manifesté que para mí era lo mismo, que tal vez la que se oponga sea la madre, prometiéndole que lo mandaría a la marina. Esta sorpresa para mí se debió a que el hijo lo había ido a consultar con el doctor previamente y ya prácticamente había hecho las gestiones pertinentes, inscribiéndose en el curso preparatorio para asegurar su éxito posterior. Así fue que en Barranqueras lo

embarco en el vapor Bruselas, una vez que pude convencer a su madre de su porvenir. Partió solito y contento hacia su destino.

Luego de aprobar los exámenes físicos ingresa a los preparatorios para los que hube de cumplir ciertos requisitos y abonar una cuota mensual de 80 pesos. Estudió y a fin de año aprobó el ingreso y posteriormente terminó su carrera sin tropiezos de ninguna especie, recibéndose su despacho de Guardiamarina una vez finalizado su viaje por el mundo en la famosa fragata Sarmiento en 1922.

Luego de dos años debe abandonar por razones de salud renal con pena su carrera que había abrazado con tanto fervor y entusiasmo. Pero los estudios realizados en la marina y sus relaciones hacen que poco tiempo luego sea nombrado en el control de la hora del Observatorio Naval, donde llega a ejercer las funciones de segundo Jefe por muchos años. Fue enviado a Estados Unidos de Norte América por el gobierno e inventó para la corrección de la hora oficial un aparato, el manipulador, que corrige hasta el milésimo de segundo.

Tiene tres hijos con su esposa Elida Zelmira Delghi. El segundo de los cuales se recibió igual que su padre de Guardiamarina. La mayor también este año se recibe de dentista. El menor solo tiene nueve años. La esposa es directora jubilada del magisterio- Viven en perfecta armonía en Villa Ballester, provincia de Buenos Aires.

El cuarto: Mario. Nacido el 8 de diciembre de 1904. Luego de cursar el ciclo primario y secundario en Resistencia, ingresa a la Universidad de la Plata donde se recibe de abogado y contrae matrimonio con la señorita Elena Bott, también docente en ejercicio en esa ciudad. Luego de varios años se traslada a Resistencia donde instala su estudio, al mismo tiempo que ejerce la docencia al igual que su esposa. Tiempo después es nombrado Director del Colegio Nacional de esta ciudad, y finalmente

al constituirse esta provincia del Chaco y organizándose el Poder Judicial Provincial, es nombrado Camarista de la Corte Suprema, cargo en el cuál se acoge a los beneficios de la jubilación.

Tiene cuatro hijos muy educados, inteligentes y estudiosos, así que se les pinta el buen porvenir, que harán felices a sus padres.

El quinto: María Lucinda. Nació el 22 de agosto de 1908. Hizo igual recorrido que los anteriores en el primario y secundario recibiendo de maestra normal. Ejerció su profesión durante varios años en un pueblito del interior del Chaco, Lapachito, luego de lo cual y poco tiempo después contrae matrimonio con el Sr. Pablo Luis Boschetti, poseedor de un buen estudio fotográfico en la ciudad de Resistencia que está muy acreditado y trabaja intensamente. Se ha jubilado como maestra a fines de 1953. Tiene tres hijos, el mayor de los cuales estudia derecho en Santa Fe. El segundo colabora con su padre en el negocio y el tercero de trece años cursa estudios secundarios en el Colegio Nacional, así que viven holgadamente y con mucha felicidad.

El sexto: Carlos Alberto. Vio luz el 22 de diciembre de 1910. Luego de terminar los estudios en el Chaco, ingresa a la Universidad Nacional de Tucumán de donde al cabo de tres años egresa como Farmacéutico, estableciéndose primeramente en un pueblo del interior del Chaco, Makallé, donde por rara coincidencia muchos años antes yo había recuperado los animales que me habían robado. Allí ejerció su profesión varios años contrayendo matrimonio al poco tiempo de instalado con una docente, señorita María Adela de las Mercedes Fernández, la que también ejerció su profesión en ese pueblo.

Trasladándose luego a Resistencia, instalándose en Pellegrini y Brown donde además vive su familia, su esposa y dos hijos que actualmente cursan estudios secundarios. La señora ejerce la docencia en Resistencia, y tuvieron dos hijos.

El séptimo: María Amanda. Nacida el 3 de enero de 1913. Cursó sus estudios primarios y no pudiendo continuar los secundarios por una afección a la vista que le duró unos meses. Se dedicó luego al estudio de alta costura y economía doméstica. Se casó con el Sr. Elvio E. Gómez, que entonces prestaba servicio en Vialidad Nacional; pasando luego a la gobernación y finalmente con la provincialización, a ejercer funciones en el Poder Judicial de la Provincia, donde alcanza un alto puesto administrativo.

Tiene cuatro hijos, tres en el ciclo secundario y una niña de dos años. Viven en casa propia, bien felices y contentos.

El octavo: Humberto Segundo. Nació el 10 de Mayo de 1915. Luego de cursar estudios en Resistencia, ingresó en la Universidad de Buenos Aires, graduándose de Doctor en Medicina, luego de haber efectuado sus prácticas en los hospitales Torcuato de Alvear y Rivadavia. Ejerce varios meses su profesión en Buenos Aires, e ingresa a la Gendarmería Nacional, asimilando el grado de Comandante. Cumple funciones de Jefe del Servicio Sanitario en varias unidades del interior: Las Lajas (Neuquén), La Quiaca (Jujuy), Las Palmas (Chaco), Paraná (Entre Ríos) y Corrientes, para ser trasladado a la Capital Federal, al Servicio Sanitario central en 1953. En 1951 hallándome en su casa pasando unos días de visita en Paraná, Entre Ríos, mientras le refería algunos aspectos de los tantos episodios de mi vida, este hijo encontrando que sería una historia interesante para conocimiento de todos mis familiares y descendientes, me sugirió que la escribiera poco a poco, facilitándome para ello

una vieja agenda en desuso de su consultorio, en la que comencé a volcar mi relato, a los pocos días.

Alcanzó en su carrera, el grado de Comandante Mayor Médico, estando muy acreditado en su profesión por sus conocimientos. Casado en 1944 con la señorita Elida Rosalía Karlen. Tiene a la fecha 1954 un hijo varón y dos nenas mellizas.

El noveno: Dora Virginia. Nacida el 2 de Marzo de 1923. Como casi todos se recibió de maestra normal en Resistencia, a la edad de 15 años. Luego ingresó a la Universidad de Buenos Aires recibiendo con medalla de oro en la Facultad de Filosofía y Letras, en esta última rama. Profesión que nunca llegó a ejercer pues al año siguiente se casa con el Sr. Carlos Keunecke, profesión Escribano Público, con registro en la localidad de Henderson, provincia de Buenos Aires y con quien colabora en la escribanía. Está muy acreditada en la zona por la rectitud y eficiencia del escribano, lo que les proporciona abundante trabajo y bienestar económico.

Con su trabajo viven muy bien, tranquilos y felices con su rica nenita de corta edad. Poseen dos propiedades de bastante valor.

Hoy 22 de enero de 1954, a los 81 años de edad, terminé de escribir este resumen de mi vida, y algo de la de mis hijos volcándolas en estas páginas para recuerdo y conocimiento de mis descendientes.

Los días que me quedan son un regalo de Dios, seguramente como premio al deber cumplido en vida en este mundo. Con ello me despido de todos los míos, a los que ruego portarse bien y nos veremos en el Paraíso.

PALABRAS FINALES

Yo, Dora Virginia Marpegán, con recién cumplidos 85 años de edad y por esta circunstancia me he convertido en la última descendiente directa y con vida, del querido y admirable Don Humberto que nos ha dejado este hermoso y emotivo relato de su larga y fructífera vida.

Me siento obligada con mucho placer, por cierto, a rendir merecido homenaje a mis padres, tanto Don Humberto como Doña Virginia por el admirable ejemplo de vida que nos legaron, además de capacidad intelectual y prestancia física, y del innegable valor de haber considerado el tema de la educación como una obligación primera y excluyente en nuestras entonces jóvenes vidas. En nuestra casa estudiar era una opción ineludible, como las buenas notas y la excelente conducta.

Hoy, a tantos años de distancia, todos los Marpegán: nietos, sobrinos nietos y biznietos, así como los cónyuges de las nuevas familias formadas, podemos disfrutar del orgullo que significa llevar el apellido Marpegán heredado de nuestro Don Humberto.

En Buenos Aires a los 9 días del mes de marzo del año 2008.-

Dora Virginia Marpegán

APÉNDICE

REPORTAJE A DON HUMBERTO MARPEGÁN

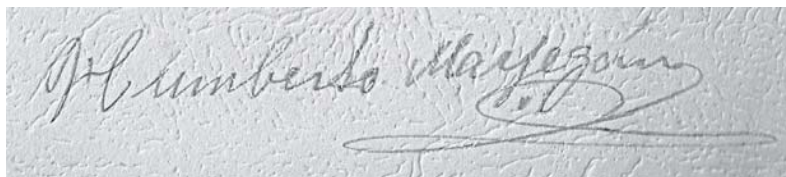
Nombre y Apellido: Humberto Marpegán

Edad: 77 años

Domicilio: Pellegrini 65

Cedula de Identidad:

Firma: *(hay una firma autógrafa que se lee: Humberto Marpegan)*



Hay un logo que reza:

**MUSEO HISTORICO REGIONAL
"ICHOALAY"**

RESISTENCIA-CHACO-ARGENTINA

Cierto es que “en la vida de los pueblos Cada época tiene sus exigencias y cada situación sus Peligros”. Supieronlo de manera indudable los hombres que se arriesgaron a colonizar este Chaco incierto y salvaje y con sus brazos, “brazos de gringos” cimentaron la grandeza económica y cultural, conduciendo a nuestro territorio a un constante progreso, guiados por altos ideales y profundo sentimiento.

Con la curiosidad y el espíritu de investigación propios de la juventud, tratando de conocer los primeros años de vida de la que con el tiempo habría de ser Resistencia, resolvimos visitar a uno de esos valerosos hombres, antiguo vecino de esta Ciudad: el señor Humberto Marpegán.

Una vez que llegamos a su casa sita en Pellegrini 65, solicitamos hablar con él, expresando el motivo que nos llevaba. Pocos minutos después, apareció Don Humberto, de apariencia bondadosa y, podría decir muchísimo más joven de lo que nos habíamos figurado.

- ¿Qué les trae por aquí? – Preguntó sonriendo.

- Pertenecemos al Seminario Ichoalay y deseamos hacerle un reportaje, para lo que responderá a un interrogatorio , si no constituye una molestia para Ud...

- Y bien ...- dice, mientras nos invita a sentarnos.

- ¿Podría decirnos cuando llegó al Chaco?

- Arribé en Noviembre de 1885 y les aseguro que la llegada fue espantosa y desoladora por la impresión que esto nos causó y no exageraría si les dijese que era para tomar un barco y volver...

- Nárrenos algo referente a su viaje de Europa a América.

- Partimos de Génova, Italia, en el barco “Cirio” y llegamos a Buenos Aires después de cuarenta días de travesía; recuerdo que poco después ese barco naufragó.

- ¿Con quién venía?

- Me acompañaba mi padre, pues el resto de la familia quedó en mi patria, de ahí que sufriera tanto al partir, y mientras lloraba por las noches, maldijera a Colón por haber descubierto el “Nuevo Mundo”.

- ¿Cuántos años contaba usted?

- Acababa de cumplir los trece, por eso, -agrega con una sonrisa - comencé a luchar desde muy niño, como “Don Fulgencio”, no tuve infancia.

- ¿Viajaban como inmigrantes?

- No. Nosotros nos pagamos el pasaje lo mismo que trescientas personas que venían a bordo. En realidad entonces la inmigración se realizaba más a Brasil.

- ¿Cuándo llegaron a Buenos Aires?

- No recuerdo con exactitud, pero se que antes de desembarcar, realizamos cuarentena en la Isla Martín García porque se había propagado la fiebre tífus.

- Una vez en la capital ¿dónde se alojaron?

- Estuvimos varios días parando en el Hotel de Inmigrantes, pues nos hallábamos desorientados al no conocer a nadie.

- ¿Qué ocurrió para que vinieran al Chaco?

- Conseguimos pasaje para el Puerto de Las Palmas. Viajamos en un barco acompañados por dos milaneses. Después de remontar el Paraná, llegamos a destino.

- ¿Qué aspecto presentaba?

- Era solo un pajonal en medio del desierto. No había fábricas ni nada por el estilo. Las Palmas en esa época se hallaba en un estado embrionario.

- ¿Habían familias?

- Sólo se encontraban un capataz y un mayordomo, ambos extranjeros. Recuerdo, cuando al primero mi padre le preguntó dónde estaba el pueblo, señaló un bosque tupido como toda respuesta. Allí se refugiaba una toltería de quinientos indios pacificados que ayudaban en la colonización talando bosques.

- ¿Permanecieron mucho tiempo en Las Palmas?

- No deseábamos quedarnos. Trabajamos quince días; durante este período cavamos la primera zanja para iniciar el edificio de la fábrica.

- ¿Consiguieron así el dinero necesario para alejarse de ese lugar?

- Trabajamos con ese objeto, pero después de tanto, no nos remuneraron y emprendimos la marcha hasta el puerto, a pie, durante toda la noche.

- ¡Habrán llegado cansadísimos!

- Sí. Por suerte, en el puerto se hallaba una canoa a vela que traía naranjas periódicamente desde Corrientes. Nos alzaron y condujeron a la orilla vecina.

- ¿Hicieron bien el viaje?

- Llegamos perfectamente. Allí buscamos terrenos alrededor de la ciudad, con el propósito de ubicarnos y trabajar la tierra. Transcurrieron tres o cuatro días, no encontrado ubicación que nos agradara, ya que las tierras circundantes a Corrientes son arenosas, poco propicias a la agricultura y sabiendo que al

otro lado del río se estaba formando una colonia italiana, resolvimos venir aquí.

- ¿Dónde desembarcaron al llegar?

- En Barranqueras; de allí en volanta, tirada por cuatro o seis burros, después de salvar una serie de escollos, ya que no había carreteras y el terreno estaba salpicado de lagunas y bajíos, conseguimos llegar a Resistencia.

- ¡Ya llegamos a la ciudad! ¿Dónde se alojó?

- En el Hotel Roma, quedaba frente a la Plaza, donde está ahora el Sorocabana. Allí permanecimos unos días hasta adquirir conocimientos, pues como imaginarán, nos encontrábamos desorientados. Luego pasamos a la Gobernación, para pedir, si había, algún terreno fiscal para colonizar.

- ¿Dónde estaba situada? ¿Cómo era?

- La Gobernación estaba en la manzana que hoy ocupa la Jefatura. El “edificio” – dice en tono burlón el señor Humberto – era un rancho de estantes y barro con techo de paja.

- ¿Había otras casas?

- Había cinco o seis casas por toda edificación. La Iglesia que tenía una capacidad de 5 X 7, estaba situada el lugar actual. Era de ladrillos y tejas de barro.

- ¿Eran numerosas las familias pobladoras?

- Había varias: Andriani, Corsi, Vicente Pérez, Ameri, Barbeti, Freschi, Carlos Boggio, Rodolfo Gabardina, etc. Ya estaba el Coronel Avalos.

- ¿Y qué les ocurrió en la Gobernación?

- ¡Ah sí! Habíamos ido a la Gobernación.

- ¿Quién era el Gobernador?

- Creo era el General Obligado; nos respondieron que estaban todos ocupados excepto dos lotes, sobre el camino que va a Colonia Benítez.

- ¿Lo visitaron con su padre?

- Fuimos a verlos. Sin duda, dada la mala calidad del terreno, no fueron ocupados por los primeros colonos. Eran pantanosos, bajos, llenos de esteros. Es la zona que ahora se llama El Tropezón.

- ¿Por qué se denominó así?

- El nombre se originó en lo siguiente: en el borde del camino había un almacén y todos los que viajaban “tropezaban” con él e iban a tomar algo allí.

- ¿Qué hicieron cuando no encontraron tierras?

- Vinimos a poblar un terreno de V. Pérez, en la curva del camino que va a Barranqueras.

- ¿Qué puede decirnos de la Plaza 25 de Mayo?

- No constituía más que un campo de pastoreo para el ganado. La gente transitaba por los senderos que los animales naturalmente trazaban.

- ¿Cuándo comenzaron a cuidarla?

- Cuando se constituyó la Municipalidad, de la que fue presidente con carácter honorario, durante veinte años, Don C. Boggio.

- ¿Dónde quedaba?

- Su solar quedaba donde está ahora la Escuela Zorrilla.

- ¿Quién cuidaba de la Plaza?

- Codutti fue capataz de la Municipalidad y con una cuadrilla de siete obreros, se dedicaba a esa tarea.

- ¿En cuanto a la ciudad, qué más recuerda usted?

- Fue edificándose con lentitud, por la falta de recursos. Sin embargo, todos los habitantes extranjeros, trataban de invertir sus escasas ganancias en forma utilitaria a fin de que sus hijos pudieran, en lo sucesivo, gozar de una situación mas holgada que la actual.

- ¿Y los criollos?

- Ayudaban y eran muy bien pagados, aunque se ha dicho con frecuencia que se los explotaba, y no era así, pues si bien los salarios no eran como los de ahora, alcanzaban cubrir los gastos que en ese entonces eran reducidísimos.

- ¿Y los indios? ¿Estaban pacificados?

- Los indios son de carácter más bien sumiso y leal. Creo que jamás hubieran tratado de robar o carnear reses, a no mediar la influencia de los criollos correntinos que acostumbrados a los saqueos, los habituaron a esta clase de fechorías.

- ¿Cómo detenían sus ataques?

- Existían numerosos fortines con tropas del regimiento ubicados en puntos estratégicos, Zapallar y otros, que sofocaban los avances.

- ¿En caso de accidentes cómo se curaban?

- Tanto los soldados, como las familias atacadas eran atendidos por dos médicos, uno particular y el otro, militar.

- ¿Alguna vez le tocó actuar en uno de estos encuentros?

- Era demasiado joven, pero muchísimas veces tuve que permanecer de guardia durante largas noches, con la carabina bajo mi almohada, "Y respecto a este asunto les recordaré que en el Chaco no solo había serpientes, fieras, mosquitos, piques, sabandijas o tábanos y toda clase de bichos dañinos, sino que

entre los pobladores había gente de alma y espíritu elevado y noble, como el que habla, que en las largas horas de la noche, mientras permanecía vigilante a los indios, se dedicaba a escribir versos de amor”.

- ¡No le conocíamos esa habilidad!

- Los hice en italiano, se los daré si desean. Además estoy escribiendo mi vida desde los tres años hasta hoy. Tal vez pueda facilitarles con él más datos en la próxima oportunidad.

- ¡Con muchísimo gusto! Nos agradaría contar con eso y si usted nos permite lo agregaremos al reportaje...

Como ya lo hemos hecho hablar demasiado y suponiendo que ello lo pueda fatigar nos dirigimos a él con el propósito de despedirnos.

- Sr. Humberto, constituyó para nosotros un verdadero placer conversar con usted. Con las Informaciones que usted nos ha suministrado, podemos aumentar nuestros conocimientos. Pero no obstante ello, le prometemos una nueva visita que será sin duda pronto...

- Oh! Vengan cuando deseen. Siento no haber podido decirles más...

- ¡Es suficiente! La próxima vez hablaremos también extendidamente.

Con apretones de manos cordiales, sinceros y respetuosos, nos despedimos de Don Humberto, quien cautivó a todos los visitantes y nos brindó un momento de interesante y amena distracción.

SIGUEN TRES FIRMAS AUTOGRAFAS DE LAS QUE PUEDEN LEERSE:

GUARINO - DINA M. BARBETTI - ISOLINA FERNANDEZ -

ALGUNOS DE LOS POEMAS ESCRITOS POR DON HUMBERTO MARPEGAN

Río Ceballos, Córdoba, Diciembre 25 de 1953.

DEDICATORIA AL MERITO

Para recuerdo de la que fue mi fiel y cariñosa esposa, dedicando su vida entera para mí y para sus hijos:

VIRGINIA

Mi dulce amor, acuérdate de mí
que me dejaste pensando en ti.
Invoco tu nombre sin poderte ver.
Amor, dulce amor, ya no sé dónde estás,
tal vez junto a Dios velando por mí.
Recuerdo los sueños de nuestra juventud,
sueño contigo que me hablas de amor,
aquél amor que siempre vive en mí
por eso me desvelo pensando en ti,
Me es triste la vida en este valle solitario,
Volveré una noche en busca de ti.
Será la nostalgia que invade mi ser
rondando este valle por última vez.

LA VIOLETA

Violeta amable, qué flor gentil,
que perfuma el aire en el mes de abril.
Porque eres tímida vives tan solita
Siendo tan suavísima, mi querida violeta,
tuyos son los méritos, entre las otras flores,
del arte y del genio, tus primeros honores.
Estrellado y cándido es el jazmín
pero pronto sacia y muy mezquino es.
El doble cáliz abre la rosa pero pincha y se eleva
demasiado orgullosa,
mientras tú, humilde violeta
que siempre vives escondida
con tu suave aroma tonificas a uno la vida.
con tu grata presencia y tu fragancia exquisita,
grandes son tus méritos aunque eres chiquita
Oh! Mamá, Oh! mámola,
ambas a mí queridas,
que Dios me permita
amarlas toda mi vida
y que por último pudiera
verte brotar Oh! mámola
sobre mi cabecera.

MEDIDAS DIVINAS

Dios siempre premiará al hombre
que hacia el hermano pobre
le conduce el corazón,
acudiendo en su auxilio
para remediar su gran dolor,
seguro que con él estará el Señor,
pero si en cambio el hermano

procede con dura crueldad
en el día de su miseria
Dios que es justo le dirá:
“Si tú fuiste cruel con los pobres
yo seré cruel con la Piedad,
tu injusto proceder te condenará”.

FOTOS



Virginia Mauro de Marpegán.



Con parte de sus hijos y nietos en su quinta.



Humberto Marpegán y Virginia Mauro en sus bodas de oro.
26 de Julio de 1948.

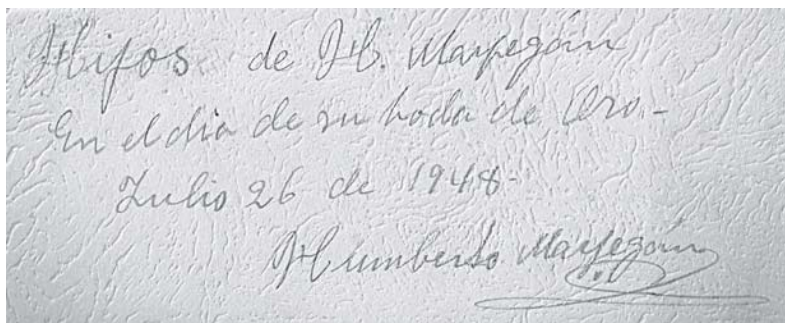


De izquierda a derecha:

Arriba: Carlos, María Amanda, Mario, María Lucinda, Julio.

Medio: Luis, Virginia, Humberto, Emilio.

Abajo: Humberto Segundo, Dora Virginia.





Con toda su familia en la fiesta de las bodas de oro

SÍNTESIS DE SUS ACTIVIDADES EN LA COMUNIDAD

Don Humbeto Marpegán. Socio fundador de la Cooperativa "Ministro Le Breton LDA.", fundada el 5 de diciembre de 1920, siendo electo como vocal suplente del primer Directorio.

El 24 de enero de 1926 es electo Presidente, función que desempeñó hasta el 1ro de mayo de 1927 y siguió desempeñándose como secretario y encargado de Compras y Ventas de la Sociedad.

El 31 de mayo de 1942 es electo nuevamente como Presidente hasta el 3 de abril de 1943 en que es electo Vice-Presidente, función que desempeñó hasta el 27 de febrero de 1945.

Ejerció la presidencia de la Sociedad italiana en el año 1931.

SOCIEDAD ITALIANA

Tres Epocas en la Vida de la Entidad



Don Gaspar De Nicola



Don Angel Desimoni



Don Camilo Mozzati

V LOS PRESIDENTES

NO obstante nuestra laboriosa búsqueda, aunque no exhaustiva, en los documentos fragmentarios muchos de ellos, que fueron puestos a nuestra disposición, no nos ha sido posible confeccionar una lista completa de las personas que ejercieron la presidencia de la entidad. De la primera época, sólo podemos decir con seguridad que lo fué don Carlos Boggio, llegado a Resistencia en 1881 y que, en 1893, aparece adquiriendo, en su carácter de presidente de la Sociedad, el terreno en que se levantó, luego, el primer Edificio Social.

Por las razones expuestas al comienzo de esta reseña, no poseemos constancias — fuera de las pocas citadas ya — del movimiento de la Sociedad hasta 1906. Las anotaciones iniciadas en esta fecha se interrumpen en 1910, para reanudarse sólo en 1914. Ojalá, como hemos dicho, estas líneas hagan aparecer los libros y demás papeles que, indudablemente, han existido, pero que nosotros no hemos tenido la suerte de encontrar, los cuales, a parte de su valor documental, permitirían llenar las lagunas de que adolece, al principio, la nómina que — de acuerdo con las actas archivadas de las asambleas y sesiones de la Sociedad y de su Consejo Directivo, respectivamente — damos a continuación:

Presidentes anteriores a 1914

1892-1893, Carlos Boggio
.....
1906-1907, Hipólito Briolini
1907, Santiago Pereno
1907-1908, Enrique Volpi
1908-1909, Hipólito Briolini
1909-1910, Hipólito Briolini
1910-1911, Hipólito Briolini
1911-1912, Hipólito Briolini
1912-1913, Angel Desimoni
1913-1914, Angel Desimoni

Presidentes de 1914 en adelante

1914, Angel Desimoni
1915, Alfredo Guerrero
1916, Francisco Gualtieri
1917, Juan M. Rossi
1918, Angel Desimoni
1919, Gaspar De Nicola
1920, Gaspar De Nicola
1921, Ing. Roberto Campolieti
1922, Ing. Roberto Campolieti
1923, Gaspar De Nicola
1924, Hugo Briolini
1925, Angel Desimoni
1926, Gregorio Licca
1927, Gregorio Licca
1928, Francisco Huber
1929, Dr. Francisco Pereno
1930, Gaspar De Nicola
1931, Humberto Marpegán
1932, Adelson Bennato
1933, Adelson Bennato
1934, Santiago Pereno
1935, Santiago Pereno
1936, Santiago Pereno
1937, Vicente Nigro
1938, Vicente Nigro
1939, Juan Moro
1940, Gildo Casella
1941, Ing. Oscar Sassoli
1942, Santiago Comini
1943, Pedro Puppo
1944, Pedro Puppo
1945, Pedro Puppo
1946, Pedro Puppo
1947, Camilo Mozzati
1948, Daniel Salvatelli
1949, José Serra
1950 y 1951, Camilo Mozzati

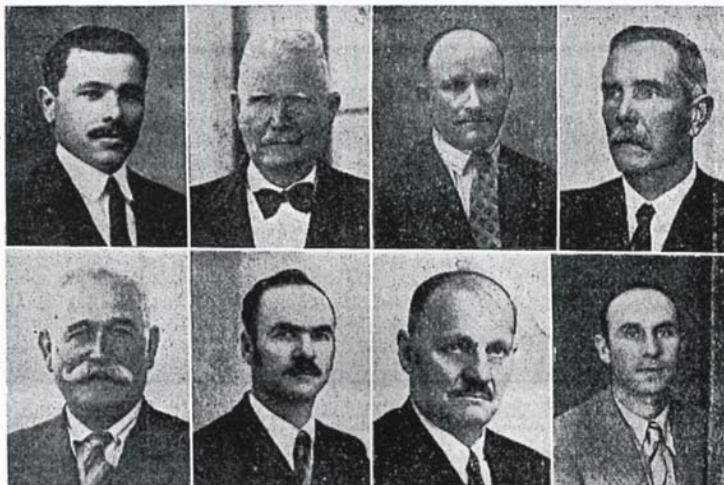
Observaciones

—Para mejor comprender, las fechas expuestas debe tenerse presente que los periodos societarios con relación al ejercicio de la presidencia y del Consejo Directivo — que es el que realmente go-

DE LA BELLA ITALIA A LA SELVA CHAQUEÑA ARGENTINA

COOPERATIVA "MINISTRO LE BRETON LTDA".

PRESIDENTES DE LA PRESTIGIOSA INSTITUCION CHAQUEÑA



Los hombres guías que, desde la presidencia, a través de treinta años de lucha fecunda, han sabido consolidar y prestigiar la institución. Por su orden, de izquierda a derecha: Antonio Cimbaro Cenella, Enrique Motter, Donato Panzardi, Venancio Simoni, Pedro Castellón, Emilio Bandoa, Humberto Marpegán y Valentín Pártida

COPLAS PARA EL ABUELO

(Coplas a Don Humberto)

Si te hubiera conocido
habría trabajado contigo la tierra;
subido al arado, o arrojado
semillas a diestra y siniestra
según lo indicaras,
con gesto ordenado.

Habría aprendido a cabalgar
aquel potrillo, que sin duda a mi cuidado,
habrías encargado;
buscado leña en el monte,
naranjas del árbol bajo
para el dulce que la abuela
estaría preparando.

Si te hubiera conocido,
me habrías subido a tus hombros
para alcanzar tu caballo.
Te habría sacado el sombrero
con picardía de santo
para jugar en la siesta
de esos veranos del Chaco.

Habría cosechado algodón,
trabajado en el establo,
ordeñado aquella vaca
que del ternero apartaron,
y manejado aquel sulqui
llevando la leche en tarros
como se hacía en aquel tiempo.
Orgullo de nieto bueno,
trabajar con abuelo al lado.

Si te hubiera conocido
hubiera esperado tanto
la llegada del domingo
cual si fuese un día Santo;
ir preparando las botas,
llegado con sol temprano
para saltar la tranquera
y estrecharte en un abrazo.

Pero no pude tenerte,
te fuiste cuando yo estaba llegando;
sólo me han quedado historias
que en un libro fuiste enhebrando:
¡Para mis nietos!, dijiste,
como bisnieto he tratado
de imaginar tus consejos,
contemplando tu retrato.

Y aunque no te he conocido
he leído tus relatos
con tanto interés y orgullo
como que Humberto me llamo.

Anécdotas de tu vida, pasión,
estudio y trabajo,
respeto por la familia,
¡Qué sano que es recordarlo!
cuando a mis hijos les cuento
la vida de Don Humberto,
mi bisabuelo italiano.

Lic. Humberto Boschetti

(Nacido en 03/10/1962)

*Escrita por un bisnieto de Humberto Marpegán, en Resistencia
provincia del Chaco, a los tres días del mes de octubre de 2003.-*

Este libro se terminó de imprimir en Moglia S.R.L.
en Corrientes, Argentina – Octubre de 2019

Don Humberto Marpegán, nacido el 2 de Julio de 1872 en Merlara, Provincia de Pádova, Italia. Vino a la Argentina el 22 de Septiembre de 1885. Llegó al Chaco el 15 de Noviembre del mismo año y volvió a Italia en Enero de 1892, para cumplir con el servicio militar. Cumplido este servicio con fidelidad y honor, retornó a la Argentina definitivamente en Septiembre de 1895.

En un fragmento de sus manuscritos hace referencia a las primeras familias de inmigrantes italianos, arribados a la Colonia Resistencia en el año 1878:

“...de esta manera embarcaron las ochenta familias en dos vapores rumbo al Chaco. Así es cómo llegaron y desembarcaron en el puerto San Fernando, cuyo recuerdo nuestros descendientes no deberían olvidarlo jamás, porque esos grandes héroes que al venir del mejor Jardín del Mundo, se encontraban en ese momento en un horrendo desierto. ¡Válgale la gran raza titánica, sabia, luchadora y laboriosa!, resolvieron afrontar todos los peligros con tal de ubicarse un día en su propia casa”.

El presente libro es su autobiografía desarrollada desde que Don Humberto hace memoria hasta la fecha en que la escribe pisando los ochenta años. En su ciudad adoptiva y muy querida, Resistencia, fallece a los 87 años rodeado del cariño y afecto de sus familiares y amigos.

